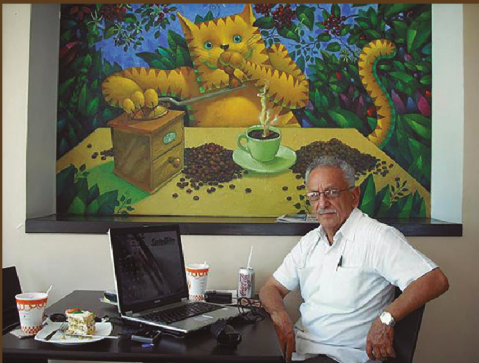


Relatos de la pandemia

Gonzalo J. González Calzada





Gonzalo J. González Calzada, escritor, médico, político y periodista. Nació el 25 de diciembre de 1938 en Villahermosa, Tabasco. Inició su obra literaria como narrador: *Mi cuento* (1989); *Puras mentiras y algo más* (1998); *La pequeña Margot* (2002); *De la inundación y otros cuentos* (2013); *Botella al mar* (2013) y *Buena persona* (2017). Integró el libro colectivo de cuentos *Casa llena* (2001). Asimismo, ha publicado ensayos: *La pluma en el blanco, reflexiones y otras cosas* (1996) y poesía: *Cuando llueva* (2002). En 2004, su proyecto de novela *La muerte de Celia Cruz*, mereció ganar la beca para escritores con trayectoria, del FECAT. Su obra narrativa ha sido incluida en varias antologías de cuentos. Fue miembro fundador de la Sociedad de Escritores "Letras y Voces de Tabasco, A.C" (1987), ocupando en tres ocasiones la presidencia de la misma. Como político, fue el primer candidato

de oposición al Gobierno del Estado de Tabasco (1988). Docente de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco desde 1966, donde fue distinguido con el reconocimiento por sus 50 años de trayectoria en la División Académica de Ciencias de la Salud. Hoy goza de su feliz jubilación y se dedica a la escritura de tiempo completo.

Relatos de la pandemia

C O L E C C I Ó N

MANUEL SÁNCHEZ MÁRMOL

Narrativa y Estudios Literarios

Guillermo Narváez Osorio
Rector

Relatos de la pandemia

Gonzalo J. González Calzada



UNIVERSIDAD JUÁREZ
AUTÓNOMA DE TABASCO



Santander

Primera edición, 2022

D. R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura
Colonia Magisterial, C.P. 86040
Villahermosa, Centro, Tabasco

Para su publicación esta obra fue aprobada por el sistema de “revisión abierta” por pares académicos. Los juicios expresados son responsabilidad del autor.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

ISBN: 978-607-606-605-8

Diseño de portada: Fredys Pérez Ruiz

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

Índice

Gonzalo J. González Calzada, narrador. <i>Sergio RAM</i>	7
El aislamiento	11
Admiración	41
Miedo	43
Terror	45
El perro	47
La fiesta	49
La sentencia	55
Gracias	57
Trío frustrado	59
Los viejos	67
El satélite	79
La entrevista	85
Atento aviso	91
La “Coronavirus”	93
No tan malo	95
La cárcel	97
Antes y ahora	99
Encerrados	109
El confinado	115
Una familia de tantas	117
Amor del bueno	125

El complot	133
La dupla	135
Junto a la cama	137
El “Limpiador”	141
La bailarina	147
La vieja	149

Tiempos violentos

Una ciudad violenta	153
La salida del callejón	157
El juramento	163
Otro secuestro	165
Terrible intento	175
Señales de peligro	181
El río	185
El cadáver	187
El duelo	189
La balacera	191
En el hospital	193
La cicatriz	197
La mata viejitos	203
Un solo tiro	211
La balacera	219
La herencia	223
Quince años	231
Emilio “Cuero”	239
Somos chavos	249

Gonzalo J. González Calzada, narrador

Sergio RAM

Gonzalo J. González Calzada es uno de los literatos tabasqueños importantes no sólo por su prolífica obra, sino también por su contenido. Sus textos abarcan el cuento, la novela, el ensayo y la poesía, de los cuales su punto fuerte es el primero. Y si se considera que cierto perfil de la literatura incide dentro del género periodístico, sus artículos sobre cuestiones sociales y culturales habría que tenerlos en cuenta también en su tarea creativa.

Las temáticas de su obra develan una preocupación por el ser humano desde una plataforma progresista. En sus textos emerge la vida cotidiana de una sociedad en constante transformación, incluyendo las agudas contradicciones que ello genera. No en balde su trabajo está plagado de referencias claras con su ser personal y social, donde es manifiesta su vocación académica, médica y de lucha social. Su mirar armado con conocimientos de las ciencias de la salud, ciencias políticas, sociología, historia, moral y filosofía, entre otros, construye mundos ficticiales que no únicamente hablan de él como autor, sino de Tabasco, México y el mundo. En este sentido, Gonzalo González es un escritor universal.

Para aproximarse a la obra de todo autor es necesario observar su entorno, tanto presente como histórico. González ha vivido en nueve décadas hasta la fecha. En este tiempo ha acumulado múltiples cambios en la conformación social, política y económica. Su visión del mundo que lo circuye ha sido filtrada por la brecha entre grupos hegemónicos y subalternos, entre ricos y pobres, entre lo justo y lo torcido. En estos menesteres su postura ha sido crítica, aunque su literatura no es meramente de denuncia, es más bien creativa, tejida con hilos estructurales tramados con su propio fondo sociocultural.

En este orden, la mayoría de sus escritos plasman el estatus provinciano de su contexto inmediato: Villahermosa. Su hábitat y el proceso de cambio que ha sufrido a través de varias décadas se huele en las páginas de sus creaciones. Allí está la provincia tranquila y el borbotar de la modernidad impetuosa, presurosa e injusta. Allí mismo fluye su pensamiento abierto y progresista en ese mundo creado. Mundo con el cual se podrá estar o no de acuerdo, pero decididamente incita al debate, tan necesario en una democracia.

Los relatos contenidos en estos sendos libros: *Relatos de la Pandemia* y *Tiempos violentos* muestran una paleta con la cual colorea en matices apesadumbrados el tiempo de la segunda década del nuevo milenio. Las tramas de las historias urbanas contadas presentan a veces con crudeza el encierro al que obligan los efectos de las pandemias de salud física y social, debida al COVID 19 provocadas por la extendida inseguridad. El enclaustramiento que las narrativas señalan de manera velada y a veces abierta, alteran la vida cotidiana y con ello asoma lo desesperanza, la angustia y el desconcierto. En este contexto, la muerte tanto física como psicológica se halla presente.

El libro *Relatos de la Pandemia* traza historias de personajes comunes a través de un ojo escrutador de las vidas trastocadas por el bicho letal: “un enemigo silencioso e invisible”. Son biografías contadas desde el confinamiento y el obligado cambio de los usos y costumbres usuales en la cotidianidad anterior. Las narraciones devendrán trágicas, la muerte las domina. El sentido de ellas configura consecuencias irremediables y funestas.

Al respecto, los movimientos en las tramas trenzan el amor profundo o simulado y el destino fatal, el goce y el dolor, vida y muerte, felicidad - desgracia. En este punto, la perspectiva desde la cual se narra encierra una panorámica desalentadora provocada por la pandemia, ante la cual no hay salida, solo desesperanza por una pérdida, ya sea física, psicológica o social.

En cuanto a *Tiempos violentos*, es un conjunto de relatos donde Gonzalo González escudriña los complejos recovecos de la mente humana con el bisturí de la aguda mirada creativa. Así registra cómo la

inseguridad social injerta la angustia en los individuos. En el fondo narrativo del libro aparece una falta de cobijo que resuena en cada una de las capas sociales, aunque por motivos diferentes. El autor parece buscar la solidaridad social perdida en el océano de la prostitución del lenguaje realizado por la política.

Los recursos del prolífico escritor adquirieron un tono cotidiano para quien habita el aquí y ahora del siglo XXI y su dislocamiento de las estructuras sociales y culturales propias de la nueva modernidad, pos-modernidad o hiperrealidad, según se vea, que ha redundado en actos violentos desde la plataforma de la delincuencia organizada.

Este vivir en ambientes hostiles, atravesados por un contexto de corrupción exacerbado, se resiste a incorporarse a la nueva cotidianidad que supone en los relatos del libro, que expresan esta realidad de manera crítica y a veces moralizante. Esa resistencia se arma en las narraciones con el juego optimismo – pesimismo, en el cual, como en *Relatos de la Pandemia*, el destino fatal impera. De este modo, la visión del mundo narrado es cercana a la ventana del escritor a través de la cual mira su propio mundo.

La escritura de González funda su conquista de lectores en la naturalidad de su prosa y en hacer sentir los ambientes como propios. Contados con elocuencia, los relatos se estructuran con juegos de pensamiento y de palabra. Dispositivos que hacen operar la hilaridad o el desconcierto. Mecanismos que dejan ver dos cualidades de todo buen escritor: el raciocinio y la sensibilidad, como él mismo lo afirma.

A veces, al leer sus relatos, como lector me siento como en una mesa de algún café escuchando el hablar de Gonzalo. Lo cual sería un estupendo discurrir del día.

El aislamiento

Un aislamiento autoimpuesto siguiendo las indicaciones de las autoridades sanitarias del estado, lo tenía intranquilo, nervioso, enojado. En el celular muchos mensajes enviados con recomendaciones múltiples para hacerse la vida menos pesada, menos agobiante. Memes insistentes a lo largo del día, siendo muchos de ellos ingeniosos con su carga de distracción en intentos de escapar de la realidad, sin ser el consuelo necesario pues al recuperar esa misma realidad, lo hacían caer de nueva cuenta en el mar de su vida enajenada por el encierro, con duro desgaste personal, capaz de desesperar al más ecuánime, alguien de mayor autocontrol.

En esa situación no lo llenaba ni la comunicación habitual con Sofía su “noviecita santa” como él mismo la nombraba, pues ella estando en una condición semejante, la plática larga y tendida no era el consuelo necesario por ser realizada a una desesperante distancia, y por ende poco suavizante del aislamiento que ya se prolongaba por varias semanas que le parecieron meses, años, y no poder adivinar el final del sacrificio.

En el trabajo le aseguraron que podía permanecer en su domicilio todo el tiempo que durara la pandemia, sin asistir a sus obligaciones laborales como funcionario público de segundo nivel hasta nuevo aviso, solo cumpliendo con las guardias asignadas y desde la casa por medio del internet. Al recibir esa oportunidad se alertó con entusiasmo pues de esa manera podría dedicarse a realizar actividades que siempre había deseado hacer como leer, pintar, practicar ejercicios físicos, sobre todo esto último, pues al llegar a su casa después de concluir el turno laboral, lo único que deseaba era comer e irse a descansar durante un tiempo suficiente y por un rato en la noche, prender la TV y enterarse del teje-maneje del mundo exterior fuera de su domicilio en donde pasaba día

y noche, con ocasionales escapadas al café solo o acompañado de uno que otro pariente o amigo. Desde luego, salidas ocasionales por motivos familiares y desde el inicio de su noviazgo, los escapes convenientes y necesarios.

En la actualidad, las únicas salidas eran las idas al supermercado y hacerse de lo indispensable para la sobrevivencia, con la protección personal aconsejada por la autoridad correspondiente, todo eso que se repite con insistencia en la tele y en las redes sociales: el cubreboca, los guantes desechables y demás indicaciones inquietantes, incómodas y sin agrandar su uso. Por eso mismo, el disgusto a usar esos cachivaches, después de terminar la prepa, no se decidió a cursar la carrera de medicina ni alguna otra que se le pareciera.

Ahora por las vueltas de la vida y sus tragedias, no le quedaba otra que aceptar el uso de los protectores, en los momentos estrictamente necesarios o muy ocasionales, como abandonar su departamento a menos que quisiera firmar su sentencia de muerte, por lo que significaba retar al bicho de la actual pandemia.

Los medios de información en busca de noticias escandalosas insistían en lo peligroso de la plaga con desaforada repetición, y advertían con exageración, que la actual pandemia a la fecha, con dos o tres meses de evolución, estaba llevándose a los crematorios a cientos de personas, es decir, mataba a muchísima gente en cuestión de días, de semanas, en un suspiro, el último suspiro de los afectados al morir por asfixia, sufriendo una muerte horrible, indeseable para nadie, ni siquiera para el peor delincuente aunque se lo mereciera.

Su depa como él lo nombraba, al no ser grande, más bien pequeño (unos cincuenta metros cuadrados con sala comedor; una recámara con baño integrado; un estudio biblioteca; cocina y lavadero, localizado en el primer piso del edificio y un balcón asomado a la avenida, que podía ser utilizado como sitio de lectura y descanso, ahora por cierto con el ruidajal del tránsito de vehículos y paseantes, con mayor o menor prisa por llegar a su destino, bastante disminuido), aunque bien distribuido y con el arreglo que dejaba ver el gusto femenino por la visita frecuente, antes de la contingencia sanitaria y hoy por hoy espaciada de su adorada

novia o noviecita o simplemente “Amor”, su querida Sofía, Chofy para sus conocidos, (a ella le gustaba escribir su diminutivo con “y” final).

Desde que lo vio por vez primera le gustó, en especial la ubicación por estar cerca de su trabajo, el domicilio de los padres y en especial a unas cuantas cuadras de la vivienda de su pareja, favorable para los encuentros con ella, inolvidables e insustituibles, momentos que jamás lamentaría, olvidando mínimos desacuerdos y discusiones sin pasar a mayores consecuencias.

En pocas palabras, su vida, incluso con los enojos y contradicciones presentes en las tareas de la oficina, transitaba suave por una autopista vital al haber logrado armonizar todos sus quehaceres superando por difíciles que fueran los problemas que nunca faltan, con habilidad y paciencia.

Esto último le era difícil de conservar con razonable dosificación hasta el final de la pandemia, pues apenas transcurridas unas semanas, ya sentía que la voluntad y la fuerza se le iban agotando al tener por cárcel domiciliario su “depa”, escapando de manera ocasional por unos cuantos minutos, desde luego bien protegido con el indeseable disfraz, para surtir cada semana su despensa.

No sabía cuanto tiempo más podría tolerar semejante situación. Solamente aguantaba como los buenos pensando en la presencia también semanal de su novia, su “amor”, que le permitía respirar profundo, tomar nuevos bríos y recuperar el ánimo por lapsos de minutos.

También lo ayudaba como antes se ha dicho, realizar actividades no relacionadas con su rutina laboral, sin embargo como dice el refrán, “aunque la jaula sea de oro no deja de ser prisión”, y era cierto, pues el fastidio nada se lo quitaba, y más que fastidiado, decía, estoy desesperado sin saber hasta cuando el malestar se prolongaría, la cifra en días, en semanas, en meses era indefinible, y así lo establecían las noticias oficiales hablando de duración probable, nada definitivo sin poder ofrecer fechas exactas, Eso es comprensible, sin embargo la zozobra está allí y va en aumento conforme pasa el tiempo.

“Me disculpo por olvidar una cuestión muy importante para mí y es aclarar, más bien platicar sobre mi personal situación sin tratarse de una telenovela barata o algo por el estilo. Soy joven con apenas 25 años de

edad, contador público de reciente examen profesional, carrera cursada en una universidad pública debido a las escasas posibilidades económicas de mis padres, a quienes reconozco el esfuerzo que hicieron para darme educación universitaria.

Desde hace cinco años ya no dependo de ellos pues logré conseguir un trabajo burocrático que hasta hoy, he desempeñado en forma satisfactoria habiendo logrado algunos ascensos. En las últimas semanas debido a la contingencia sanitaria, he tenido que realizarlo de manera virtual y haciendo guardias no presenciales semanales. De todas maneras los jefes no dejan de exprimerte con el pretexto de que este tiempo en casa no son vacaciones, sino disposición superior por las medidas impuestas por las autoridades sanitarias, muy oportunas y que muchos desafortunadamente no han observado en lamentable desacato.

Hace unos tres años mi situación económica me permitió alquilar el actual “depa” muy a mi gusto, sin imaginar que un día menos pensado estaría en él como en una cárcel domiciliaria. A veces la imaginación por más insólito que el asunto sea, no es capaz de armar historias tan reales que los mismos actores no alcanzan a creer estar actuando en ellas como protagónicos, en el centro de un remolino imprevisto y devastador, con la descomposición social y económica presente, sin saber cuándo veremos la cola del monstruo.

Por las noticias recibidas el actual fenómeno biológico tan agresivo, va para largo, quizás meses de duración con muchos lamentables ajustes de consecuencias inimaginables.

Me llamo Rogelio (se me había olvidado decir mi nombre, perdón). Familiarmente me dicen Roge, y así también me trata mi novia Chofy por agregación, o para seguir la costumbre de los amigos y los compañeros de trabajo, siendo fácil y pegajosa la contracción del nombre.

A un lado de dicha referencia que se introdujo antes, continuo con el recuento de otras cuestiones en el ambiente y evolución de actividades personales, como pueden ser las labores diarias no profesionales, esas necesarias para sobrevivir en las estrecheces del confinamiento malvado e indispensable.

Dejando de lado para otro momento mi noviazgo con la Chofy, mi amor de siempre y aceptando que otros machos la puedan ver con algún interés sin tomar la duda en cuenta, quiero decir que jamás pensé pasar un tiempo tan difícil, agrio y estresante como el que estoy padeciendo hoy en día.

Dirán que soy un llorón, de queja en queja, pero en mi defensa puedo asegurar que el sufrimiento inducido por la actual desgracia que nos azota, nunca había padecido algo semejante, ni cuando me extirparon las amígdalas siendo ya un jovencito, por enfermedad crónica infecciosa, ni cuando niño me encontró mi papá en la bolsa del pantalón, una caja de cigarros a medio consumo y la reacción violenta de una cueriza, sin tener disculpa creíble que la evitara. Va, ni siquiera cuando estudiaba la secundaria, donde un compañero grandulón me puso una golpiza por no haberle dado dinero para la compra de droga en la escuela, maña que aplicaba a otros compañeros sin que ellos pudieran cobrar la cancelación de las deudas. Ese chamaco era una persona realmente transa y abusiva a lo bestia.

Pero recupero cuestiones más importantes como lo es mis ingresos que hace pocos días amenazó el gobierno en disminuirlos en un treinta por ciento, Como ven, esa medida de tipo autoritario resulta terrible, pues es la pérdida de un dineral ya comprometido, y la obligación de hacer algunos recortes a los gastos personales, que tocan también a mis padres y de manera indirecta a mi hermana menor que todavía depende del hogar paterno por ser estudiante universitaria.

Esa inesperada situación de déficit monetario ha obligado a la inmediata limitación en todos los gastos y aparejado, bajas en la adquisición de insumos hogareños, todo gracias a la maldita pandemia y según dicen no nos libraremos de ella por mucho tiempo.

El tira y afloja que trae consigo toda emergencia y aquél que no tome con tranquilidad y organización el golpe, o se vuelve loco, o cae en depresión peligrosa, o toma las cosas con irresponsabilidad y se abandona al “venga lo que venga”, se deja arrastrar por el tsunami del importadurismo y este no ha sido mi caso.

Advierto que soy respetuoso de las indicaciones oficiales, sin embargo el confinamiento que se nos ha impuesto aunque necesario y así lo considero, es algo fuera de serie, inédito y lo siento muy duro, despreciable, acostumbrado al ir y venir solo o en compañía de amigos o familiares por donde se nos diera la gana, sobre todo rolar con mi novia sin impedimento o miedo, en encuentros cuerpo a cuerpo de película, de intenso gozo y felicidad.

Hoy todo se ha trastocado, un cambio demasiado brusco imposible de asimilarlo de inmediato. Nuestras citas se han espaciado o se hacen on “line” como los quehaceres del trabajo. De manera virtual hágame usted el favor. Lo no vivido jamás. Un noviazgo lamentable de lejito, no tan cerquita, siendo en el pasado todo lo contrario, con el disgusto presente y la nostalgia como siempre de compañía.

Pero bueno, para suavizar las penas he estructurado un programa de realización diaria de la siguiente manera, muy sencillo y práctico:

- Levantarse a las ocho de la mañana, una hora más tarde que de costumbre.

- Hacer mi desayuno, coctel de frutas de la estación, huevos, un par al gusto y una taza de café con leche.

- Más o menos a las nueve y media me conecto a la oficina y me informo del trabajo y los chismes recientes de la gente.

- Aproximadamente a eso de la una de la tarde, hay desconexión laboral y del celular.

- Después es el momento de la hora del ejercicio físico y el baño.

- Alrededor de las tres de la tarde el infaltable almuerzo preparado un día sí y otro no, por la señora que me atiende y ayuda con la limpieza del depa, la utilización de la lavadora y la preparación de la comida. Se llama Alicia; le digo doña Licha, buena persona, servicial, atenta y trabajadora. Más adelante platico de ella. Sigo con el programa diario.

- Avanzada la tarde retomo mi lectura a medio empezar durante unas dos horas.

- A continuación la cena muy light y de fácil digestión.

-Lo que sigue es ponerme la pijama, el lavado de la boca y sentarme a ver las noticias en la TV, Allí me quedo hasta incluso la media noche dejando un tiempo, si no he llamado antes a mi “amor” para tal fin.

-Por último solo resta tenderme en la cama y si no tengo alguna pesadilla golpeadora, dormir hasta el siguiente día, si es que aún no me ha llegado el agresivo virus, causa de todas mis desdichas actuales.

Este programita desde luego no es rígido por lo que puede ser modificado parcialmente de acuerdo con el momento y las necesidades imprevista. Por ejemplo me puedo bañar dos veces al día; prolongar la lectura; dejar de ver la TV por cansancio y sueño temprano, y algunos otros motivos que no rompen el esquema general establecido. Lo hacen flexible.

En ocasiones en lo que puedo excederme es en la revisión del whatsapp, por acumularse muy rápido los envíos de mensajes, memes y videos, chistosos, interesantes o no, fakes news, que hablan del ingenio, el conocimiento, y la maldad de los remitentes, levantando o destruyendo el ánimo de los receptores. Desde luego, la saturación del tiempo disponible, puede ocurrir sea dejado de lado por fastidio y pérdida de interés, con posterior recuperación cuando llegue la oportunidad.

O sea, la película de mi vida diaria puede devenir en la rutina con el paso de los días, y para que tal cosa no suceda, debo mover con alguna frecuencia las piezas del desarrollo de acciones y saltar la posibilidad del fastidio o el deseo de mandar al carajo todo y cruzarme de brazos que sería lo peor que me pasara.”

Sin duda doña Alicia, la mujer que lo visitaba en el departamento con la intención de hacer los quehaceres domésticos, es una señora con sus años encima, pues cumpliría en fecha próxima sesenta y cinco años, pero aún se sentía fuerte a pesar de los kilitos de más que la acompañaban, aunque como lo dijo Roge antes, se distinguía además por ser una persona trabajadora y hacer su trabajo con responsabilidad y eficacia, sin tener que repetirle sus obligaciones ni escucharle quejas permanentes, y menos tolerarle la verborrea inquietante de otras sirvientas.

De lo que sí había dado muestras era de tener una firme opinión que mostraba con discreción y en oportunos momentos. Llegaba a las ocho

de la mañana en punto o un poco antes al trabajo, y se retiraba alrededor de las tres de la tarde, llevando un bulto de comida a su propia casa para compartirla con su esposo, los lunes, miércoles y viernes, con el fin de semana libre.

En verdad no daba pie a su patrón para reclamos o quejas. Tampoco el joven tenía motivos que lo indujeran a sentirse a disgusto con ella y su desempeño, sin necesidad del señalamiento de deficiencias o errores de la empleada. Por tal razón el joven no sentía como una molesta carga económica el pago del sueldo a su sirvienta.

Dicha relación laboral tan bien llevada duraba ya unos tres años, cuando fue el alquilar del departamento, y sentían que se podía prolongar por largo tiempo debido a la armonía existente entre ellos.

Doña Licha, como le agradaba a la mujer que la nombraran, tenía muchos años de casada con su marido, un señor de setenta y cinco años, habiendo procreado dos hijos, una mujer y un varón ambos mayores de edad, también casados viviendo con sus parejas y los hijos propios en domicilios aparte, que los visitaban de vez en cuando con gran alegría y felicidad de los abuelos.

Los señores no dependían económicamente de sus hijos porque sintiéndose sana, la mujer con haber cursado solo la educación primaria, se dedicaba a tareas domésticas como las realizadas en el departamento de Roge y otros domicilios.

El señor a su vez tenía ingresos propios provenientes de su jubilación de parte de la Secretaría de Educación, por haber cumplido con el tiempo necesario en el desempeño de su labor como docente de nivel primaria.

De esa manera uniendo los dos ingresos, podían cubrir sus necesidades básicas y además darse el gusto de otras no tan básicas y así no estar de pedigüños ni con sus hijos ni con ningún otro pariente sea cercano y menos con cierta lejanía.

Era un orgullo para ellos no depender de nadie más que de ellos mismos y así lo hacían saber. Eran personas de trabajo y a lo largo de su vida lo habían demostrado.

Con la llegada de la actual pandemia se trastocó la vida de vecino y medio, rompiendo la rutina de todos alcanzando tanto a la familia de Roge como a la de su empleada y de su novia.

Uno de esos días doña Licha llegó al departamento el lunes a la hora acostumbrada, cuando el joven tomaba su desayuno habitual. Traía el rostro con el cubreboca puesto, dejando ver los negros ojos, brillantes, húmedos y lo infrecuente en ella, disculpándose y en queja lastimera por lo mal que se sentía.

Roge al ver la situación inexplicable de su sirvienta, de inmediato le solicitó que le platicara su pena. La mujer con lágrimas rodando por sus mejillas y con escurrimiento nasal que la obligaba a humedecer la cobertura y la inducía a la limpieza con un pañuelo, aceptó la invitación sentada en una silla del comedor para tranquilizarse y estar cómoda.

-A ver Licha –dijo el joven preocupado-, trata de calmarte y dime con franqueza lo que te pasa. Estoy para escucharte.

Ante el permiso no solicitado, a la señora se le soltó la lengua de inmediato sin ser su costumbre.

-Hay joven, una desgracia, una verdadera desgracia. Fíjese que este viernes que pasó, me fui a la casa bien contenta después de hacer algunas compras en el super, pero al llegar a ella encontré a mi marido postrado en la cama con una tos de perro, fuerte y gran dificultad para respirar, y al tocarlo lo sentí muy caliente como con temperatura alta. Asustada y sorprendida pensé, Dios mío no es posible que se haya enfermado con el virus ese, que tantas muertes lleva en su haber. Le pregunté cuando le aparecieron esas molestias y me contestó que en la madrugada, sin decírmelo para no inquietarme.

-¿Después qué hiciste? –le preguntó intrigado el joven-. Habrá sido terrible para ti esa situación.

-Verdaderamente horrible, y todo indicaba que el contagio provenía del muchacho encargado de entregar el periódico todos los días. Mi viejo guardaba la cuarentena de forma muy responsable. No salía de la vivienda nunca, pues yo hacía las compras del mercado y él no asomaba la nariz ni a la puerta.

-¡Ah caray! –exclamó el joven con sincero asombro-, sí que es una situación peligrosa y por las molestias que presentó tu esposo, puede haberse contagiado con el virus. Y luego ¿qué hiciste?

-Sospechando eso mismo, de inmediato busqué el teléfono del Secretario General del Sindicato de Maestros, amigo de mi marido y le pedí que por favor me ayudara con el traslado del enfermo a un hospital recalando lo grave de su estado. Eso hice porque usted sabe cómo es el trato para la gente si no se cuenta con dinero o con el apoyo de alguien bien parado. A mis hijos les hablé después, pues no deseaba implicarlos de inmediato en el problema, teniendo sus familias con posibilidad de contagio. Esa decisión y con enojo, me la reclamaron después y con justa razón creo yo.

-Me parece que hiciste lo correcto sin más. Entonces tu esposo está internado...

-Así es y según me informan se encuentra grave pero estable lo que me trajo algún consuelo. Solamente lo he podido visitar y verlo de lejos a través de un cristal por estar aislado y guardar lo de la sana distancia. Pobre viejo, lo hubiera usted visto, demacrado, tirado en la cama, de dar lástima con ese tubo para respirar con franca dificultad, con los ojitos cerrados, rodeado de frascos conteniendo su comida, el desayuno, el almuerzo y la cena, los tres juntos administrados por sus venas. De verlo en esas condiciones se me parte el corazón. Sufre él y sufro yo de veras. Abandono el hospital bañada en lágrimas a punto de perder la realidad. En pocas palabras con el alma hecha pedazos. ¿Puede usted imaginarlo?

-Te comprendo. Todo eso debe ser muy doloroso para ti, pero mejor verlo con algo de optimismo y esperanza. No hay mal que por bien no venga...

-Pues eso debe ser cierto. Por fortuna mis análisis resultaron negativos.

-Eso te quería preguntar por el trato que tuviste con el enfermo y las medidas que te recomendaron tomar para tu protección. El hecho de haber resultado con el diagnóstico negativo en tus análisis es formidable y te felicito por haberla librado hasta aquí, y de paso también a mí que pude haberme contagiado. Te lo digo con sinceridad. Otra situación que

quiero definir contigo es si seguirás asistiendo a mi “depa”, por el problema que te afecta seriamente.

-No se preocupe joven. Todo está como debe de estar. Estoy tranquila por la atención que recibe mi viejo en el hospital. Por eso yo voy a seguir trabajando como hasta ahora si me lo permite, pues el dinero lo necesito y no deseo que sea para el pago del funeral de mi marido.

-Cálmate, cálmate –sugirió apenado Roge-, no quise ofenderte. Es muy bueno que los cuidados ofrecidos en el hospital sean los correctos, y de esa manera esperamos que el enfermo salga pronto del terrible transe por el que pasa. Lo que resta por hacerse es la espera y rogar por su recuperación pronto.

-Lo mismo deseo yo joven y le agradezco sus alentadoras palabras, su preocupación.

-Nada tienes que agradecerme Licha y sabes que por mi si tienes necesidad de alguna ausencia, cuenta con mi permiso porque te lo has ganado. Por lo pronto ve al lavabo, lávate bien las manos y la cara, échale dilución de cloro a los zapatos, déjalos afuera y ponte las chanclas de trabajo para seguir con las medidas de prevención.

-Muchas gracias joven –aceptó la mujer-. Usted es una buena persona y comprende bien mi situación.

-Nada, nada, a trabajar –ordenó con sonrisa leve el patrón-. Tú a lo tuyo y yo a lo mío, en espera de mejores momentos.

Pasaron los días en la rutina del trabajo diario, hasta una mañana de llegada de la sirvienta a sus obligaciones laborales. Su semblante estaba transformado sin la seriedad habitual, sonriente, relajada y más espontánea y parlanchina que de costumbre.

-Buenos días joven –saludó alegre la mujer-, usted qué cree...

-No sé. Dime, no soy adivino.

-Pues nada menos que hoy temprano me informaron en el hospital de la probable alta de mi viejo, en unos dos o tres días cerca del próximo fin de semana cuando puedo dedicar todo mi tiempo en su cuidado. ¿No es maravilloso? También me dijeron que eso no es frecuente en personas de su edad.

-Me alegra muchísimo la noticia, por él y sobre todo por ti mujer. Muy buena noticia. Te felicito y es cierto, no siempre ocurre así y te tocó como una lotería.

-Gracias joven. Además le prometió todo el personal del hospital una despedida con música y aplausos, por sentir como propio el triunfo a su esfuerzo que realizan día con día en la lucha contra la muerte. Eso dicen.

-¿Sabes lo que significa tal actitud? No doblarse y menos caer. Esto es, no dejarse doblar por el pesimismo y siempre seguir con mucho optimismo.

-Lindo ha dicho lo correcto y estoy de acuerdo en todo con usted. Muchas gracias por sus palabras sabias.

-Pues muy bien. Fue un final feliz de tan desgraciado momento. Y superado el problema, es la hora de ponerse a trabajar como festejo.

-Usted lo ha dicho patrón.

Sofía, Chofi para su novio, los parientes y los amigos en general, es una chica de 20 años de edad habiendo celebrado su cumpleaños varios meses antes de iniciada la actual pandemia, cuyos padres viéndola formal, responsable y cursando los años de la carrera universitaria con muy buenas calificaciones, la celebraron con un regalo que les agradeció con satisfacción dilatada, nada menos un carro del año, pequeño pero cómodo, necesario a esas alturas para trasladarse al colegio y a donde se le antojara, sin el inconveniente de tener que utilizar el transporte público y sobre todo en la época del calor con temperaturas abrasadoras, renegando de haber nacido y soportando la convivencia con un ejército de personas, y el ahogo insoportable atravesando el cuello, todo el cuerpo, viajando en la incomodidad extrema.

Ese regalo le dio un vuelco a su vida y así lo expresaba.

Grandes cualidades poseía la joven y nadie dudaba en reconocerlas: alegre, inteligente, de piel morena clara, muy guapa, cuerpo de formas envidiables, ojos café, pelo castaño largo deslizándose sobre sus hombros y la espalda, ondulado, manos finas y bien cuidadas, de suave y rítmico andar, pero lo más importante, el gesto sonriente, el hablar pausado con clara entonación y de conversación fluida y agradable.

Todas esas cualidades casi enloquecen a Roge desde el momento que la conoció en la universidad, motivo por el cual vio escasas posibilidades de convencerla de aceptar ser su novia, pues con seguridad tendría un montón de pretendientes con semejantes intenciones, sin embargo, no se achicó frente al reto ya que su persona también contaba con atributos dignos de celebrar, como ser un muchacho bien parecido, de físico cuidado, de trato amigable, dedicado a sus estudios, especialmente caracterizado por ser terco, insistente y cuando se proponía lograr algo o alcanzar una meta, no cesaba hasta sentir el gusto del triunfo en el intento. Así, con esa terquedad como característica se hizo novio de la bella joven.

En armoniosa pareja habían convivido hasta la llegada de la actual desgracia, que todo lo ha trastocado y a ellos les ha obligado a modificar planes de un futuro matrimonio sin saber por cuanto tiempo. Son cosas imprevistas e indescifrables del destino, sobrellevando los inconvenientes de la plaga lo mejor posible, jurándose no ceder en su deseo y menos dejarse arrastrar por el río de los tropiezos, en lucha justa por su amor y esperanzados en un futuro de felicidad. Estaban seguros de triunfar contra la adversidad que retaba su decisión, y hacer realidad lo planeado, pues como jóvenes eran dueños de la fuerza suficiente para salir adelante.

A la joven le faltaban poco más de dos años para concluir la licenciatura en la Facultad de Economía, pero Roge tenía un futuro más definido y prometedor en el campo laboral por contar con un buen empleo, y gran voluntad de continuar alcanzando mejores cargos debido a la calidad de su trabajo, y lograr mejores ingresos económicos y en paralelo, mayor bienestar y seguridad en los años próximos.

Una vez que Chofi terminara la carrera, de inmediato procederían a la unión matrimonial cuestión que no era la opinión del joven pues por el lado económico, no habría problema ni la edad tampoco era impedimento, justificando la premura por el irresistible deseo de hacer realidad la intimidad permanente, y la integración de una nueva familia. La joven con prudencia insistía en su intención de terminar sus estudios antes de dar ese paso para satisfacción personal, orgullo de sus padres y gusto de los amigos y la familia.

Con las dificultades que la pandemia había impuesto, obligaron a la pareja a la sana distancia y a la comunicación limitada “on line”, y solamente para satisfacción inaplazable de ambos, decidieron un encuentro semanal los sábados durante unas horas a partir de las tres de la tarde, cita que iniciaba con una copa para entrar en calor, la plática de contenido ligero y alegre, el apapacho inevitable, seguido del baño después de un tiempo en el intercambio de caricias y besos, preludio de la entrega mutua.

El baño lo disfrutaban con diversión, sonrisas y carcajadas de celebración. El joven ansioso después de una semana de no verse y menos tocarse era el de mayor apremio en la acción, y el que primero tomaba el jabón para recorrer con suavidad y sin dejar un solo centímetro libre del bellissimo cuerpo de su pareja, al alcance de sus inquietos dedos y su deseo desbordado.

Hacer un lento recorrido por aquella piel de color moreno claro, lo enajenaba, lo expulsaba de la vida real, angustiante por naturaleza, para transportarlo al cielo soñado y de dudosa existencia, que se hacía realidad todos los sábados en el departamento.

Sin decir palabras por sobrantes, solamente se dejaba escuchar los susurros, quejidos, frotos del estrujamiento de los labios en continuos besos, acompañando el recorrido dérmico firme del joven hacia la pareja, y el realizado por ella con más lentitud como si sus manos saborearan con indudable deleite esos instantes de placer.

Con la caída del agua sobre sus cuerpos, se acentuaban las sensaciones eróticas y los intensos suspiros de ambos con el aumento del deseo de terminar el baño sin haber llegado a más por decisión mutua, y la premura de abandonar el sitio, y continuar el feliz encuentro en la recamara sobre el lecho bien condicionado, los cuerpos entrelazados en movimientos permanentes, con incluso brusquedad sin necesaria agresividad, vueltas y revueltas en alternancia continua hasta lograr el momento de mayor gusto, del éxtasis soñado, el salto sin pensarlo e inevitable hacia un abismo de gozo deseado eterno.

En los minutos siguientes, daban gracias a la desgracia, pues valoraban lo valioso de los encuentros espaciados, y con ese programa evitar

caer en la rutina y menos en el fastidio de la vida en común. De todo se aprende y se adquiere experiencia, y eso representa franca ganancia en favor de la convivencia feliz, y la permanencia de la relación de pareja. La consigna es el continuo agrado y escapar del tropiezo que amenaza con presentarse tarde o temprano y buen argumento que por lo pronto justificaba su proceder.

Durante el trayecto del baño a la recámara, hubo un corto intercambio de abrazos, caricias, tocamientos inusuales, risas y un diálogo de complacencias y cumplidos mutuos.

-Te amo y te amo muchísimo –en tono convincente afirmaba la joven-. Estoy muy enamorada de ti. Eres mi vida, mi sol, mi cielo, mi todo. No imaginas cómo deseo que muy pronto nuestra unión se haga realidad...

-El deseo es mutuo y que nuestra felicidad sea permanente.

-Ojalá se nos cumpla, mientras tanto vivamos la felicidad que nos ofrecen estos minutos juntos.

-Espero que pronto se termine la amenaza presente...

-Ojalá, pero mientras tanto vamos a olvidarnos de la tragedia, y solo pensemos en nuestro amor, lo más importante para nosotros

-Así es mi vida, y creo que estamos cumpliendo con lo nuestro...

Se acercan a la cama sin precipitaciones innecesarias acomodándose en el borde, no dejan quietas las manos reconociendo territorios previamente explorados, descubriendo nuevas oportunidades, y los labios haciendo su tarea con intenciones de lograr la fusión perpetua.

En un momento inédito el frote intenso de los labios cambia de objetivos y se deslizan hacia zonas también muy sensibles y receptoras, hasta que en movimiento brusco extenderse las pieles en estrecha unión sobre el lecho receptor, en agitación mayor buscando el tan ansiado éxtasis amoroso.

El tiempo indetenible se deslizó más rápido de lo deseable por los jóvenes, quienes tuvieron que aceptar la realidad, pues Chofi tenía las horas contadas para regresar a casa no tan tarde por lo peligroso de las calles desiertas, y la amenaza de la delincuencia activa e incluso más

agresiva que en meses pasados, y lo conveniente de respetar las indicaciones de la Seguridad Pública.

Todo lo humano tiene su final y los momentos de amor no escapan a esa sentencia, aunque se quiera hacerlos eternos por lo maravilloso que son sentidos, como los logrados por la pareja de jóvenes de la reunión de los sábados, colmados de ambiciones y aspirando a un futuro de triunfos y felicidad.

Desde luego y siendo personas de buena educación y firme responsabilidad, evitaban el embarazo por los inconvenientes que tal situación tendría, dado el costumbrismo y la religiosidad de sus familias siendo lo mejor la espera de un tiempo propicio para la maternidad después del matrimonio formal, además no tenían prisa en lograr la paternidad.

Al finalizar la batalla cuerpo a cuerpo, los contendientes en franca recuperación fisiológica, dijeron salud con sendos vasos de refresco sabor a gloria en intento de volver al equilibrio orgánico, y sellando con un último beso el adiós de la jornada erótica, o mejor, el hasta luego. La joven abordó su vehículo, dejando a su amante en un suspiro y la añoranza de la experiencia amorosa vivida, con la esperanza de repetirla el siguiente sábado fuera como fuera y costara lo que costara.

Era habitual entre los novios la comunicación virtual cuando menos una o dos veces diarias o cada tercer día una vez cumplidos sus quehaceres. Roger atento a las obligaciones de su oficina, estando alerta si algo fuera de lo común sucediera, para resolver el problema correcta y oportunamente, y Chofi empeñada en cumplir con las tareas de las clases virtuales, y de esa manera salvar el semestre próximo a concluir, recomendación que solían repetir los profesores.

Durante la semana transcurrida después del sábado de la última cita Roge había intentado comunicarse con su novia por todos los medios disponibles inútilmente, con la duda y la desesperación en constante aumento, sin poder lograrlo, imaginando como siempre alguna tragedia, lo menos un accidente con impensables consecuencias, pero en dicha situación nada le habría impedido a ella cruzarle una llamada o un mensaje, con tal de aclarar el suceso y develar el misterio de aquél silencio

desesperante del cierre de la comunicación entre ellos, nunca clausurada a lo largo del noviazgo.

Fue hasta el viernes que la angustia del joven se disipó al escuchar la voz de Chofi en su celular, anhelante, temblorosa, pidiendo disculpas por el descuido involuntario de la brusca incomunicación alargada hasta un día antes de la cita acordada.

-Me tenías en ascuas –intento un reproche suave Roge.

-Perdón, perdón mi amor –sugirió la voz de la muchacha como disculpa-, pero tuve razón para no llamarte, pues no era cuestión de preocuparte con problemas familiares...

-Tu silencio me tenía muy nervioso y debiste imaginarlo ingrata...

-Lo sé mi vida, pero las circunstancias me obligaron. Te explico...

-Amor con oír tu voz me ha vuelto el alma al cuerpo. A ver qué fue lo sucedido. Te escucho.

-Mira, ya sabes que mi hermano mayor trabaja en Pemex, donde lo ingresó a trabajar mi papá quien labora como ingeniero petrolero, hasta la fecha y tú lo sabes, siendo jefe de sección y con buenas relaciones de amistad en la empresa...

-De acuerdo, ¿Y?...

-Calma. Resulta que en una de esas revisiones médicas realizadas al personal en el inicio de la semana, a mi hermano le hicieron la prueba del Covid-19, el famoso bicho asesino, y salió positivo. No te imaginas la que se armó en la familia. Al pobre de mi papá le causó un enojo elevado al cubo y por milagro no le dio un infarto. De inmediato exigió en la empresa una investigación y conocer el foco del contagio por ser un peligro para el personal. Aunque no tenía molestias, los médicos aconsejaron se le pusiera en aislamiento con el retiro provisional del trabajo, señalando las medidas indispensables para evitar contagios. Se desinfectó todo lo relacionado con el enfermo, y esperar la reacción con el paso de los días.

-¿Y cómo siguió?

-Para mi madre fue un susto mayor y claro para mí también. Mi hermano más pequeño ni se inmutó. No comprendía bien el drama y no lo

golpeó la noticia y mejor para él. Su cuarto sirvió para recluir al contagiado y aislarlo del resto de la familia. En eso estamos. Nos hicimos la prueba diagnóstica y por suerte en todos resultó negativa. Como dicen en las noticias los jóvenes son más resistente al bicho ese, y esperamos que mi hermano salga con bien del problema, mientras tanto a nosotros nos está taladrando la cabeza la inevitable duda.

-Oye amor, me has dicho una noticia terrible...

-Horrible pero es la verdad y no nos queda más que digerirla. Te hable una vez tranquilizada y en espera del transcurrir de los días para valorar la evolución del enfermo. Además para disculparme por no poder asistir a la cita de mañana sábado debido al apoyo necesario a mi familia.

-No, no te preocupes mi vida. Es algo terrible lo que me has contado. Que oportuno fue la detección del mal en tu hermano, aunque una vez declarada la enfermedad, con frecuencia es mortal por no existir tratamiento específico ni vacunas, pero muchas personas se han estado recuperando sin secuelas. Eso es alentador, muy alentador.

-Es un buen consuelo lo que me dices y te lo agradezco...

-El que no se va a recuperar de tu ausencia soy yo, pues tanto tiempo sin verte nunca había sucedido,

-Mira amor, me doy cuenta que este trastorno no va a durar y una vez que pase todo volverá a ser como antes.

Te lo aseguro.

- Ojalá. También soy optimista.

-Mi vida te entiendo. Nos veremos pronto. Te amo. Cuídate.

-Lo mismo para ti mi amor. Quiero pedirte que me mantengas informado en detalle de los acontecimientos que se vayan dando, y sabes que en lo que pueda ayudarte estoy a tus órdenes.

-Te lo prometo. Chao.

Todo plazo se cumple y la recuperación del hermano de Chofi ocurrió para beneplácito de ella y su familia. La satisfacción por el buen resultado en la evolución de su futuro cuñado, le alcanzó a Roge el siguiente

sábado, pues al no haber obstáculo o disculpa válida, la cita de la media tarde pactada, fue una fiesta en donde los invitados fueron en exclusiva ellos dos.

El gusto regresó para la alegría del mundo reducido al encierro del departamento del joven, y con ello la recuperación de la buena estrella, mientras afuera la vida daba vueltas.

Las noticias son cada vez más desconcertantes y las cifras de los desagradables sucesos en permanente crecimiento, como para poner los pelos de punta por lo nunca esperado. En verdad durante más de un siglo transcurrido, no se había conocido una plaga tan amiga de la muerte, actuando con terrible saña, capaz de tumbarle los calzones al más pintado, al más machito.

Todos los habitantes de la región estaban asombrados por los estragos ocasionados en tan poco tiempo, unas cuantas semanas y los cálculos hacían pensar en que la pandemia no cedería hasta acabar con lo grueso de la población, empezando y terminando con las personas mayores, los viejos pues, y los que tuvieran alguna enfermedad agregada como la diabetes, la presión elevada, la obesidad, el cáncer y otras patologías igual o peor de dañinas, que los convierte en presa fácil del contagio y fuertes candidatos a morir. Esas personas no cuentan con un sistema inmunológico funcionando bien que los pueda proteger, haciendo frente y repeliendo la agresión, lo contrario de otras con buena salud y sin enfermedades agregadas.

Había curiosidad por conocer el avance de la pandemia mediante los modernos medios de comunicación, como las solicitadas redes sociales con carga enorme de datos inmediatos en donde también bailaba a placer la desinformación, las llamadas “fakes news”, que más de un perverso usuario cargaba sin pensar en el mal que su maligna acción podía provocar agregado a los destrozos de la emergencia, siendo que con estos últimos era suficiente para dar y repartir.

Cada nuevo día que llegaba se movían de manera escandalosa las cifras en aumento, y lo trágico cada vez mayor, el número de muertos y de personas en estado grave, con el temor de que en algún momento no deseado, no poder contar con suficientes camas en los hospitales,

muchos de ellos habilitados, sin tener suficiente personal médico y de enfermería con la habilidad y la experiencia indispensables en el tratamiento y manejo de ese tipo de pacientes.

También como problema agregado a lo antes señalado, la saturación inevitable de funerarias y crematorios, y el número de muertos cada vez mayor obligaba a las autoridades encargadas, habilitar como sitios de entierro fuera de los cementerios, a terrenos baldíos abriendo múltiples fosas comunes, con el dolor y el enojo de los probable deudos quienes tenían que despedirse de sus difuntos, después de verlos agonizar y sufrir el proceso de la muerte, anclados en la duda de si realmente eran los parientes fallecidos.

Espantoso en verdad y todo transcurriendo con la impotencia del personal médico y de las autoridades institucionales, al no contar con tratamientos eficaces o la posibilidad de una vacuna en promesa por la investigación científica trabajando a marcha forzada, sin embargo el elusivo bicho causal se resistía a ceder, persistiendo el contagio acelerado con una agresividad incisiva jamás vista en anteriores amenazas.

Se hablaba y se seguirá hablando de miles de cientos de contagios, y con desesperación de los humanos vivos también de cientos de muertos, incluidas familias completas, en masacres nunca presenciadas antes. Las autoridades actuando con prontitud y oportunidad, alertaron a la ciudadanía, y conociendo la letalidad del virus repetían hasta el cansancio las medidas higiénicas necesarias para contener la pandemia y con frecuencia machacona repetir la recomendación, ¡Quédate en casa!, como prevención insoslayable y efectiva contención de la diseminación del causante de la desgracia presente. O sea, la necesidad del aislamiento domiciliario y guardar la sana distancia entre las personas, de variable aceptación entre los grupos sociales según el nivel educativo y las diferencias culturales.

Agregado a lo anterior la puntual conveniencia del uso permanente del cubreboca, del tosido y del estornudo realizado en el ángulo interno del codo o en pañuelo expofeso, y desde luego no menos importante el lavado de las manos con agua abundante y jabón hasta hacer espuma, la higienización con solución de hipoclorito de sodio de objetos personales

y otros de uso cotidiano, sin olvidar el baño para ya no salir de la casa de las personas asignadas a realizar las compras indispensables.

Las medidas protectoras se intensificaban en el personal encargado de tener a su cuidado a todos los enfermos hospitalizados y en cuarentena absoluta en los domicilios por la posibilidad cierta de estar más expuestos al contagio y en tal situación, siendo asintomáticos, ser agentes de propagación intensa de la pandemia, que en muchas regiones de la tierra se sentía y lamentaba.

Según la difusión del mal, los jefes de estado de algunos países, aunque enterados a tiempo y sugeridas las medidas de contención de manera general, se han sentido asombrados por la propagación de la pandemia entre sus conciudadanos, al soslayar la letalidad y la intensa actividad del contagio sin precedente en lo inmediato, por no darle la importancia exigida a las medidas preventivas antes enumeradas, con las consecuencias lamentables no solamente en pérdidas humanas, sino en especial para algunos sectores, de tipo económico, familiar y social que conlleva el fenómeno biológico en terrible multiplicación.

Se aseguraba una innegable recesión económica de alcance catastrófico con pérdida de miles de empleos, quiebra de empresas pequeñas y medianas, sobrellevando la emergencia las grandes empresas cuyos dueños intentan por medio lícitos y algunos manipulados, salvarse de la debacle inducida por el ventarrón viral.

Nadie se daba el lujo de imaginar el final de la tragedia, y sí asegurar a futuro por parte de los sobrevivientes, el recuerdo del desastre por ellos sufrido, de lunes a viernes agregando ocurrencias y exageraciones, y prolongando los fines de semana el olvido temporal de aquella desgracia humana.

El actual suceso de desastre era tan asombroso y destructor, como una guerra de años de duración, según el recuerdo de los viejos, los más viejos, cuando ellos se desarrollaban niños, y ese recuerdo lo confunden con un sueño, con descripción de hazañas personales entrecruzadas, en situaciones parecidas a la actual, en las reuniones con sus descendientes.

Rogelio, Roge pues, se sentía golpeado cada vez con mayor intensidad igual o más que el resto de los condenados al encierro, dirían los

radicales, sin poder palear su justo enojo, ese disgusto de la propia incomodidad en constante incremento, aún con la distracción expresada a las actividades laborales en línea, las pláticas virtuales y ni el impacto enajenante del placer excelso en las horas de los sábados, cuando se ponía a navegar en los dulces brazos de la mujer amada, no queriendo el término de ese encuentro, alargando el tiempo disponible para la entrega, en inútil burla de la realidad temporal.

Cada día que se iba se llevaba consigo a mucha gente conocida y desconocida, con la compañía del dolor y la añoranza de los que aún quedaban por las pérdidas de continuo. Las camas de los hospitales se estaban agotando por la afluencia de enfermos con la recepción de los pacientes graves, además de no contar con el suficiente equipo, ni el personal médico y de enfermería, quienes con el mayor interés y su mejor esfuerzo, no daban abasto por el trabajo exigido olvidándose del peligro real para ellos.

Las noticias también apuntaban el hecho de la saturación de funerarias y crematorios, lo mismo del agotamiento de la superficie disponible en los panteones civiles para pobres, que en los “Jardines del sueño eterno”, para la clase económica privilegiada. Ni se diga el relleno por acumulación de cadáveres de personas no identificadas en las fosas comunes, por lo que las autoridades responsables se han visto en la necesidad de adquirir terrenos extras como antes mencionamos, haciendo excavaciones inusitadas, y en ellas amontonar restos humanos, sin que nadie se preocupara por su destino, ni les alcanzara el consuelo de deudo alguno, en el rocío de la hierba con lágrimas sinceras u obligadas.

En ese vaivén se movía con las noticias Roge, dudando del futuro inmediato a pesar de ser un muchacho con muchas cualidades en su favor que lo defenderían del destino frustrado y de la duda previa.

En tal incertidumbre lo azotó una noticia devastadora: la muerte de un compañero de universidad y profesión de nombre Sergio, a quien estimaba como un verdadero hermano, pues habían cursado la carrera juntos y se apoyaban con mucha frecuencia, no solo en los trabajos presenciales, sino en la actualidad del trabajo virtual.

Fue para el joven una noticia desastrosa a tal grado de no poder evitar derramar lágrimas y sentirse confuso, con deseos de que lo informado fuera mentira, de que no hubiera ocurrido tal desgracia, dejándolo indefenso anímicamente, sin saber la manera de sobrellevar su asombro.

Y no era cuestión de sensiblería o emotividad trivial y de débil impacto, que se estuviera tomando demasiado a pecho ese deceso. No, por lo contrario el estado de desestabilidad personal era producto de varios años viviendo una amistad sincera y de mutua ayuda que no la tenía con nadie más.

Una desgracia no deseable para nadie que lo mantuvo en un voluntario silencio con suspensión transitoria por necesidad, de la comunicación al exterior, incluso fugaz con su novia quien con ese tino propio de la mujer, imaginó el estado de ánimo de su amado por alguna causa estresante, y con la insistencia obligarlo a confesarle la realidad de la muerte de su amigo Sergio.

A Roge lo golpeó con más intensidad, no poder acudir al hospital y saludar a su gran amigo aunque fuera de lejos por las disposiciones oficiales. Solamente se permitió una escapada para darle el pésame a los familiares en un funeral armado en presencia de la urna con las cenizas del fallecido, gesto que le agradecieron en especial los padres de la víctima que sabían lo bien que se llevaban los amigos.

Con intentos de superación de su ánimo maltratado, poco a poco fue recuperando su estabilidad emocional, y retornando su vida cotidiana en el confinamiento obligado, en especial por el apoyo y las palabras de aliento de su novia, en improvisado papel de paño de lágrimas, infundiéndole ansias de superar el tropiezo con el devenir del tiempo, y el suave declinar de la pandemia.

Como solía decirse, nadie estaba preparado para contender con realidades de semejante calaña, imprevistas y jamás esperadas, y menos poder actuar con indiferencia ante acontecimientos que por su impacto en las personas, se imaginaban imposibles de superar ni a largo plazo por la innegable emoción acompañante, sin embargo el ser humano es totipotencial y por ende, con increíble capacidad de superar desastres extremos.

“Esta vida me va a volver loco. En nada se compara por ningún lado que se le quiera ver a la que se llevaba antes de la aparición de la actual plaga, sin saber la causa de tan terrible cambio para fastidio propio y de otros, de todos. Nunca soñado o imaginado como algo posible. Nos ha revuelto nuestras costumbres, nuestro trabajo, nuestros gustos (solo algunos afortunadamente), nuestras alegrías y tantas cosas más que añoramos hoy con patética nostalgia, y en su momento las valoramos muy poco por considerarnos merecedores absolutos en el diario devenir de la existencia.

A ratos me desespero pero recapacitando pienso que esa situación no me favorece, y solamente abona en favor de mayor sofoco y de intranquilidad en aumento.

Me distraigo con el trabajo en línea, también con la plática que con cierta frecuencia establezco con mis padres a quienes les recuerdo que por su edad están más expuestos que el resto de la familia al contagio, y les insisto que si ellos no se cuidan, nadie lo hará, pues mis hermanas ni en cuenta por estar enrolladas en sus propios problemas, lo mismo que yo. Se les ha dicho en varias ocasiones que la pandemia va en serio y estamos entrando a la fase tres, en donde el contagio será intenso, que ocurrirán muchas muertes, acarreando sufrimiento y dolor, sin contar con vacunas o tratamiento eficaz, y solamente ofrecer medidas paliativas y agonía desesperante, no deseable ni para el peor enemigo.

Lo mejor es cargar siempre a la mano un paquete de paciencia y buscar la manera de quemar el tiempo en actividades en las que el único jugador es la misma persona, y si hay espectadores, que se mantengan alejados o jugando su propio juego en distracción egoísta como nunca se había dado.

Otra ocupación muy importante para mi gusto es la lectura y la conversación con Chofi, quien también se queja de lo desolado de su vida en los momentos en curso, con excepción maravillosa de los ratos pasados durante los encuentros cuerpo a cuerpo, prescindiendo con descuido injustificable de los cuidados higiénicos tan trillados, pues en un abrir y cerrar de ojos, podemos caer en el contagio.

Retomando lo dicho, a la lectura le dedico dos o tres horas por día, siendo un especial entretenimiento para aliviar los destrozos personales inducidos por el encierro. ¿Qué me interesa leer? Además de libros y apuntes propios de mi carrera, me agradan obras trascendentes de la literatura universal, sean novelas, ensayos y cuentos de autores famosos de distintas nacionalidades, rusos, franceses. Ingleses, japoneses, españoles y latinoamericanos, algunos maestros en su oficio con obras fuera de serie, y desde luego algunos mexicanos de nivel mundial.

Tengo predilección por los cuentos de todos tamaños, largos, medianos, cortos y mini cuentos algunos geniales, insustituibles, y me aboco a ellos con singular entusiasmo pues en ellos encuentro mucho de lo que me atrae y estimula al descubrirlos ingeniosos, humorísticos, ocurrientes, con mensajes de impacto, sin poderles quitar o agregar algo, ni una coma por la deformación que se pueda inducir.

Además, el interés y la curiosidad por ese tipo de libros me llevó desde estudiante, a la compra de algunas publicaciones de precio variable, que he ido acumulando en mi pequeña biblioteca, llamando así a una estantería con el acomodo de las obras, de acuerdo a la primera letra del apellido paterno del autor, que a mí me ha dado resultado a la hora de la búsqueda, pues es una sencilla manera de organización, ya que yo no tengo noción alguna de bibliotecología, ni cosa parecida. En mi opinión algunos de esos libros deberían pasar de mano en mano, de ojo en ojo o más claro, de lector en lector y disfrutarlos como si se tratara del postre más sabroso jamás degustado, y si se evita probarlo, nunca se sabrá el valor de la pérdida.

También, en su momento, le dedico un tiempo a ver televisión, y escuchar noticias dadas por comunicadores tradicionales, convenientemente condicionados por sus empresas, por lo que es obligación estar con los oídos alertas y los ojos bien abiertos, con el fin de no dejarse embaucar por lo que presentan o dicen, en una comunicación manipulada y en ocasiones mentirosa. Eso es algo parecido a lo que pasa en las redes sociales. Es decir, en ambos medios de comunicación existe de todo, y lo importante es barrer la basura de lo recibido, y no dejarse llevar al baile por el pastoreo incisivo y machacón.

No intento decir con lo anterior que soy muy salsa en esos menesteres, pero con un poco de duda y algo de imaginación, se puede evitar la trampa y no dejarse llevar por la corriente, y así como sucede con el contagio del coronavirus, propagar mentiras entre familiares, amigos y conocidos y sean ellos los que paguen los platos rotos.

Con dicha advertencia se tiene la posibilidad de estar informado de los principales acontecimientos del día a día, en el mundo exterior, en especial de la manera que se está comportando la pandemia, valorando cifras, siempre relativas aunque procedan de fuentes oficiales, sin dejar de ser una oportunidad de abonar nuestro optimismo, mantenerlo en igual nivel, o bien en indeseable condición, dejarlo a nivel del suelo o incluso más abajo.

Un principal motivo de mi preocupación son mis padres, mi familia a la que abandoné, un decir, al independizarme y fundar mi propio espacio. No solo fui yo sino que mi hermana mayor se casó y formó otra familia fuera de la casa paterna y en la actualidad vive en otra ciudad no muy lejana con su marido y dos pequeños hijos. Mi hermana menor en estudio universitario permanece con los viejos, sirviéndoles de compañía.

Platico con alguna frecuencia con ellos para recordarles que estamos en tiempos de crisis, que deben guardar las medidas higiénicas recomendadas para evitar contagios, y señalando lo peligroso que es adquirir la enfermedad, por no contar aún con medicamentos eficaces para tratarla o vacunas que la prevenga, siendo mortal sobre todo cuando se trata de personas de la tercera edad, y de gente con una patología previa como diabetes, hipertensión, cáncer y otras.

En ese aspecto mis papás han sido muy cuidadosos debido a estar bien enterados por sus trabajos de lo que pasa.

Mi madre es enfermera de muchos años de laborar en el hospital civil de la ciudad, estando bien consciente de las reglas establecidas para el manejo de los enfermos de Covid-19 hospitalizados. Mi padre trabaja en una compañía con sucursal en el estado, realizando trabajo de administración sin haber terminado la carrera por falta de recursos, no obstante, se ha desempeñado muy bien por la experiencia adquirida durante años, siendo muy puntual y disciplinado, de tal forma que en la

actualidad tiene un sueldo bastante bueno, y uniendo ambos ingresos les alcanza para vivir con cierta comodidad, y les permite pagar los estudios de mi hermana que así la lleva bien. Por otra parte, mi papá no se quejaba de dolencia alguna, a pesar de haber cumplido setenta años de edad estando orgulloso de su salud, de su resistencia y seguir trabajando sin aceptar la jubilación ofrecida por su empresa.

Los ayudo con algún apoyo que no me representa mayor sacrificio, y sí me da gusto hacerles llegar dicha ayuda.

En los últimos días todo se deslizaba con relativa calma en el revoltijo propiciado por un enemigo silencioso e invisible, y pensaba que por allí seguiría la cosa. Ni en cuenta tenía la posibilidad que la situación se complicaría de un momento a otro, pero sucedió lo inesperado, ya que con inocencia imaginaba que nuestra familia seguiría intocable o inalcanzable por ese bicho maligno.

Un jueves estando en el departamento en plena talacha virtual, recibí una llamada de mi hermana la pequeña, quien con aflicción y nerviosismo inocultable, y voz temblorosa, me dijo sin más:

-Roge hermanito, ocurrió una desgracia...

-Cálmate chamaquita y dime de qué se trata.

-Mi mamá anoche comenzó a presentar molestias propias del contagio del coronavirus –apenas podía articular las palabras-, tos, dolor de cabeza, temperatura y todo eso que dicen les da a esos enfermos.

-No me mates y ¿no había dicho nada?, porque debieron practicarle un análisis en el hospital. A todo el personal se lo hacen por ser obligatorio...

-Sí se lo practicaron, pero el resultado lo retuvieron por más de ocho días y se lo entregaron poco antes de que le llegaran las molestias, dijeron que debido al exceso de trabajo en el laboratorio -se lamentó llorando-. Imagínate descuido tan grande, y mi mamá para no alarmarnos ni a papá, no dijo haber salido positivo el resultado. En qué cabeza cabe, ¡Por Dios!...

-¡Terrible! ¿Y qué han hecho? ¿Por qué no me avisaron de inmediato? Era una emergencia...

-Así fue. En el inicio pensamos que se trataba de un simple cuadro gripal, hasta que las molestias se intensificaron, y por fin dijo mamá que a lo mejor estaba contagiada del mal por haber atendido a muchos pacientes en el hospital...

-¡Increíble, increíble!, ¿y después qué hicieron?...

-Mamá nos dijo el teléfono de su lugar de trabajo en el hospital, y tan pronto nos comunicamos y dijimos de quien se trataba y los malestares que tenía, enviaron una ambulancia. Luego de rápidos trámites una vez en el hospital, la internaron para valoración y practicarle otros análisis...

-¿Tú dónde estás ahorita?...

-Estoy en la casa y mi papá en el hospital muy enojado por haberle ocultado mi mamá la verdad de su estado. Dijo que fue una ingratitud de su parte, pero según ella, su decisión había sido lo mejor con tal de no alarmar a nadie...

-Voy por ti y vamos a verla...

-No, no, te digo que mi papá está allá, y no admiten más de un familiar en la espera.

-Voy de todas maneras...

-De acuerdo pero no te exaltes. Mi mamá es de temple y tú lo sabes. No ve bien la desesperación en la familia.

-Lo siento pero esta es una situación inédita capaz de doblar al mejor plantado. Te dejo y luego te llamo”.

Rogelio muy nervioso, no se terminó la taza de café y partió para el hospital en un ahogo que le dificultaba la respiración. El sacudión fue duro no cualquier cosa. Se veía tembloroso, pálido y la piel sudando. Se imaginaba lo peor y no abandonó la idea de una cercana desgracia para todos.

Al llegar a la sala de espera encontró a su padre compungido y muy triste, como nunca lo había visto, pues presumía de estar sano y fuerte a pesar de sus setenta años cumplidos, sin decir palabra alguna, solo en sollozos y lágrimas. Un cuadro desgarrador ante otros familiares de

enfermos en circunstancias parecidas a la de la señora, con un dolor callado pero que allí estaba.

Pasado el shock del encuentro y con más calma, en plática apagada con el cubre boca aplicado, se dijeron los pasos a seguir. Como la madre era enfermera del hospital y estaba enferma por cumplir con su obligación de atender pacientes con el mismo padecimiento, las autoridades permitieron que un familiar pudiera quedarse de compañía, pero la paciente en aislamiento total, y así esperar los informes médicos y enterarse de la evolución de ella.

La enferma se agravó y fue trasladada de su cuarto de aislamiento a una cama de terapia intensiva, aplicándole todas las oportunidades terapéuticas disponibles, incluyendo un respirador artificial y con esos cuidados pudo pasar la noche en condiciones que hacían dudar al equipo médico que pudiera lograrse la recuperación de la paciente.

El informe correspondiente a los familiares indujo el sufrimiento y la desolación en la familia de manera inmediata, y no era para menos. Con ellos se encontraba ya la hermana mayor de Roge después de llegar sola, pues su marido tenía obligaciones laborales y a sus hijos creyó prudente no llevarlos para no exponerlos a un peligroso contagio.

Chofi pronto se enteró del lamentable suceso, diciéndole a su novio que para ella también fue una terrible sorpresa, algo imprevisto, pero no imposible dada las circunstancias que estaban viviendo. Roge, con la voz entrecortada y baja intensidad, le dijo que lo perdonara por pedirle la anulación de la cita del sábado, dado el grave estado de su madre estando de acuerdo ambos sin necesidad de pedir disculpa alguna.

Debido al ocultamiento de las condiciones médicas de la señora por decisión personal, la familia estuvo de acuerdo en actitud sensata, practicarse la prueba para detectar contagios, y de esa manera estar seguros de su propia condición y salir de dudas, debido a que todos estuvieron en contacto con la enferma y entre ellos. Esa decisión a Chofi le pareció muy responsable sin darlo a conocer por supuesto, pues el temor es una sensación de defensa de todo ser humano sin que valga la crítica por legítima que sea.

Lo esperado y dado a conocer por un boletín médico oficial sucedió. En la madrugada del día viernes la mujer entró en fase agónica y falla respiratoria irreversible hasta fallecer. El golpe para sus familiares fue devastador con depresión intensa y lamentos desgarradores por parte del marido, agregado a la pérdida de su orgullosa fortaleza, que lo obligó a consulta médica y psicológica.

Roge decía estar destrozado y ni las palabras en plática virtual con su novia lo alentaba a superar la pérdida materna. El cadáver de la señora fue cremado de inmediato y sus cenizas fueron entregadas a sus familiares en un cofre hermético difícil de violar. El funeral se realizó de lo más sencillo, con la presencia de algunos vecinos de la casa paterna y por supuesto los familiares próximos. En el centro de la sala sobre una mesa cubierta por un mantel de color gris se colocó la urna y al frente de ésta, la foto de la señora con cuatro veladoras alrededor. Se invitó a una señora conocida por su habilidad en ceremonias religiosas para el rezo obligado.

Superando el duelo poco a poco con la resignación paralela, la buena noticia que recibieron pasados los días, fue el resultado negativo de los análisis del padre y sus hijos. Aunque dicho informe no compensaba la pena que los tenía atrapados, al menos les permitía superar la duda del contagio posible.

Dicho resultado agradó de inmediato a Chofi al hacer cierto su deseo de que Roge no tuviera nada que ver con el temible virus, o sea, estar libre de la maldita enfermedad, y poder pensar en sus propios planes a futuro.

El sábado no hubo reunión en el departamento, en cumplimiento de lo acordado. Dejarían pasar los momentos de mayor dolor del duelo, en espera del siguiente sábado

Admiración

Terca admiradora de su propia juventud, obligaba a los años a largarse y no quedarse con ella.

Miedo

Era tanto el miedo a la vejez que cada día de su cumpleaños desaparecía hasta el siguiente día.

Terror

Un terror insano sentía de la muerte, tanto que al presentirla decidió en orden notarial, no ser cremado después de morir, por la imposibilidad de escapar.

El perro

Bello animal, se desgañitaba a intervalos con ladridos lastimeros, al intentar con desesperación irse a recorrer el mundo, sin haberle pedido permiso a la cadena.

La fiesta

Apenas tres semanas antes de la fecha probable del parto, se realizó un “baby shower” con la asistencia de muchas mujeres (en contra de lo aconsejado con insistencia por la pandemia en curso), no solamente familiares cercanos a la futura madre, sino amigas casadas, madres también, incluso jóvenes solteras con firmes intenciones de seguir el ejemplo de la festejada en turno.

Con varios días de anticipación se corrieron las invitaciones, muy elegantes por cierto, a nombre de las dos futuras abuelas que por vez primera lo serían, en donde se anotaba la cuota por asistente y se daban las gracias anticipadas, prometiendo una reunión al gusto.

En verdad resultó una fiesta alegre, bullanguera, original, que dio comienzo relativamente temprano, alrededor de las nueve de la mañana con tiempo soleado y fresco, y se prolongó unas cuatro horas con el deseo de algunas personas de quedarse más tiempo, por lo entretenido de la celebración y la variedad de juegos gozados con mucho entusiasmo, y muestras de gran creatividad por parte de las organizadoras, que en esos menesteres las damas se pintan solas, habiendo desplegado su ingenio con la intención legítima de ofrecer a las asistentes, momentos de agradable estancia, como en realidad sucedió.

En esa ocasión y con frecuencia así sucede en este tipo de festejo, ocurrió un verdadero desfile de prendas de vestir con estilos, colores y formas de la más reciente línea de la moda femenina. Lucieron las damas los más estilizados maquillajes, peinados originales, elegantes zapatillas y joyas dignas de ser lucidas por cualquier princesa de casa reinante en la actualidad.

El salón donde se llevó a cabo el evento y con tal de que estuviera a la altura de la realización, fue adornado con guirnaldas y flores de

colores intensos, figuras de bebés y objetos alusivos adheridos a las paredes, muy originales por cierto. Las mesas cubiertas con manteles largos blancos, y en el centro, la colocación de un maceterito con un ramo de flores naturales de variados y vivos colores. En la zona central del salón se localizó la mesa de honor reservada para la futura madre y sus familiares próximos.

Durante el desarrollo del evento abundaron las pláticas y comentarios de muy diverso contenido, induciendo caras de asombro, de duda, sonrisas, carcajadas y miradas incisivas, escrutadoras, de negación o franca aceptación, acompañadas de cambios de posturas y movimientos de manos con intención de negar o afirmar algo.

Sobre todo se dejó ver el ingenio y la vivacidad de las damas al echar andar los juegos y las adivinanzas. Una señora muy entusiasta solicitó a la concurrencia un poco de silencio para empezarlos.

Se reinició la algarabía y pasado un tiempo, la voz cantante anunció:

-Ahora vamos con la tómbola...

Se les pasó a cada una de las invitadas una cartilla en donde estaban impresas doce figuras, relacionadas con los motivos de la celebración: una mujer de perfil embarazada; otra señora alimentando en su regazo a su nene; una más mostrando a su niño sonriendo; la foto de un biberón; un paquete de pañales; una cuna; una chambrita, y demás objetos alusivos.

En el transcurso del canto de la lotería, alguien levantó la mano y gritó:

-¡Lotería!...

Se comprobó el acierto de la afortunada y se le entregó el regalo logrado, seguido de un nutrido aplauso, gritos de ¡Bravo!, risas y felicitaciones.

Vino la adivinanza de la medida en centímetros del abdomen de la embarazada, realizada previamente y en secreto por las jueces. Cada una de las participantes escribió su nombre y la cifra calculada en una pequeña tarjeta, y la depositó en un recipiente de cristal. Terminado el recuento se obtuvo la papeleta con el número más cercano al real de la medición, seguido de la necesaria entrega del regalo correspondiente.

Se multiplicaron los juegos como por arte de magia, y parecían no terminar hasta que una dama con firmeza ejecutiva exigió el fin de esa parte de la diversión.

Durante el desarrollo de la fiesta se sirvió un desayuno estilo Tabasco (tamalito de chipilín, rebanadas de plátano frito, huevos revueltos con chorizo, frijol negro, y de tomar, café y jugo de naranja), elogiado por la concurrencia, con solicitud de aplausos para la futura madre y los organizadores del evento.

Avanzada la reunión, la mamá en ciernes fue quien decidió el final de la misma al sentirse cansada y obligada a guardar reposo, aunque con cara de satisfacción y sensación de gran felicidad. Las damas asistentes aceptaron la sutileza de la invitación no expresada del retiro necesario, con intercambio de miradas y gestos, para dar por terminado el agradable festejo y ser suficiente el entretenimiento y la diversión.

El embarazo evolucionó de manera normal hasta alcanzar el término y así lo hizo notar el gineco-obstetra tratante. Todos los análisis practicados habían ofrecido datos dentro de límites normales. El último ultrasonido corroboraba los hallazgos clínicos tanto en la madre como en el producto.

La futura madre cursaba la semana treinta y ocho, una semana después de haberse realizado el festejo descrito antes, y se hacían los preparativos a tiempo en espera de la presentación de un parto normal.

El feto en la última exploración médica se encontraba con la cabeza abocada a la pelvis, fija que pronosticaba ausencia de desproporción cefalopélvica, calculándosele un peso de tres kilos y medio.

Sería el primer hijo de la pareja y por ello se esperaba con gran expectativa y anhelo, no solamente de parte de los padres sino también de toda la familia, pues ambos eran hijos únicos. Los abuelos, por supuesto, estaban muy esperanzados en vivir esa realidad desde que fueron informados de la gran oportunidad. Igualmente fueron los tempraneros compradores de enseres propios de la ocasión, para satisfacer las necesidades de los dos protagonistas principales del esperado y feliz nacimiento.

En plena semana treinta y ocho de evolución del embarazo, todo marchaba bien y parecía que por esa senda continuaría hasta el desenlace como un parto normal y la felicidad familiar colmada.

Después de la más reciente consulta, durante la media noche de ese día, la mujer se despertó con dolor de cabeza, tos frecuente y seca, y sensación de cuerpo cortado. Preocupada se lo comunicó a su marido, quien opinó llamar de inmediato al médico, decirle lo que ella estaba sintiendo y esperar sus indicaciones.

El responsable médico al escuchar la queja de sus pacientes, sin explorar, les dijo que dado el estado avanzado del embarazo y tratándose de una infección del tracto respiratorio alto, les solicitó trasladarse al hospital elegido para la atención del parto, y hacerle a la mujer un estudio clínico completo y dar un diagnóstico seguro.

Con la rapidez que la situación ameritaba, previa llamada a los futuros abuelos para enterarlos, abordaron su automóvil llevando lo indispensable, pues pensaron que se trataba de algo no peligroso como para necesitar internamiento.

Una vez en el interior del consultorio médico y después de un examen integral, previas medidas sanitarias y en presencia de una enfermera con la protección necesaria de cubreboca, gorro, bata y guantes debido a la pandemia que azotaba a la región desde hacía varias semanas, el médico además del cuadro respiratorio infeccioso, diagnosticó pródromos de trabajo de parto con la presencia de contracciones uterinas irregulares que no había mencionado la paciente, sin embargo, se optó por el internamiento hospitalario de la madre y su puesta en cuarentena obligada.

Se ordenaron análisis de urgencia incluyendo prueba PCR, ya que a pesar del tratamiento prescrito, la dificultad respiratoria no cedía, y en cambio se hacía más intensa. Se ordenó aislamiento total de la paciente que se justificó al tener el resultado de dicha prueba: positivo, para dolor y sufrimiento de toda la familia.

En espera de la regularización del trabajo de parto y el agravamiento de los síntomas a pesar de la prescripción indicada, se requirió la intubación y la sedación permanente de la mujer. El médico tratante en consulta con otros facultativos especializados, anestesiólogo, intensivista,

neumólogo y otro ginecólogo, previa autorización del esposo y la firma de dos testigos, decidió practicar operación cesárea dada la condición de peligro de la madre al exigírsele doble esfuerzo, como también para el producto de entrar en sufrimiento fetal intrauterino.

Con el extremo cuidado desde el punto de vista sanitario que la situación exigía, la intervención quirúrgica no representó mayor problema, obteniéndose un niño de tres kilos y medio de peso, con ligera depresión respiratoria, controlada de inmediato y buena recuperación. Fue enviado a cunero en aislamiento obligado y vigilancia estricta. La madre pasó a terapia intensiva con intubación y sedación permanente conectada a respirador artificial, y signos vitales dentro de parámetros aceptables.

Al niño se le dio de alta comprobada su integridad orgánica, fisiológica e inmunológica con separación absoluta de la paciente y entregado al padre, quien con llanto abierto lo estrechó entre sus brazos para luego pasarlo a los cuidados de las asombradas y asustadas abuelas.

Después de cuatro días de dolorosa agonía, la paciente falleció y de forma inmediata su cuerpo fue cremado, y las cenizas entregadas a los familiares en lamentos continuos y en voz suave, maldiciendo la mala suerte de los jóvenes esposos, y la lucha perdida contra un enemigo invisible y mortal.

Días después del trágico suceso y como resultado de una investigación sanitaria oficial, se logró saber que durante el festejo en homenaje a la persona fallecida, ocurrieron tres contagios más, dos jóvenes asistentes quienes lograron superar el problema infeccioso, y uno de los meseros quien por desgracia también murió, y se consideró haber sido el origen del foco trasmisor.

No se tuvo noticias de otras desgracias relacionadas con la desafortunada fiesta.

La sentencia

Fue clara: condenados por orden natural al encierro, durante tiempo indefinido.

Gracias

Al coronavirus, estoy encerrado y navegando en mí, con libertad nunca antes lograda.

Trío frustrado

“Todo iba bien, muy bien, hasta que nos llegó la desgracia. Fueron unos años muy bonitos. No voy a decir que los más felices de mi vida, pero fueron muy agradables. Mi viejo y yo la pasamos muy contentos. No es cierto que se necesite mucho amor como sucedió con mi primera pareja, con quien estuve casada durante ocho años, en los que procreamos un hijo, mi pequeñín adorado que cuenta con siete años en la actualidad.

Después del divorcio debido al alcoholismo de mi marido, no volví a saber de su paradero ni me importó. Lo nuestro terminó para siempre y creo que el hombre se fue al extranjero sin saber exactamente a dónde.

Nos dijimos adiós sin pleitos ni reproches, y eso sí, lo acusé de malos tratos y pude retener la casa que habíamos comprado durante el tiempo que duró la relación. Fue ese el acuerdo a que llegamos para la firma del acta de divorcio, quedando a mi cuidado el niño.

Superado el trauma de la separación, pues en esta vida todo problema tiene solución y no existe tropiezo que no podamos superar, me dije, tienes la responsabilidad de sacar adelante a tu hijo, pues ese niño no pidió venir al mundo, y además, fue concebido con amor. Que se haya terminado la emoción de los padres, es otro boleto.

¿Ahora qué hacer con apenas la prepa terminada? La respuesta no era otra que sin cruzarse de brazos, era ponerme a buscar chamba para sobrellevar la vida propia y la de mi hijo, al no contar con ningún apoyo. Mis dos hermanos estaban en situación económica muy difícil exigiéndoles las familias, no excesos sino lo indispensable para ir pasando nada más. Mis padres por su lado subsistían con una ayuda que recibían de parte del Gobierno por ser adultos mayores. Mi papá al caer enfermo fue liquidado de la casa comercial donde prestaba sus servicios, con una miserable cantidad de dinero que se le fue en médicos y medicinas. Mi

madre siendo más joven, se dedicó a coser ropa ajena y con ese ingreso poder comer y hacer gastos mínimos.

Es decir, en su caso la restricción en los gastos, era cuestión de no poder resolverse y querer recurrir a ellos, no hubiera tenido perdón del cielo con la culpa dentro de mi cabeza.

Joven de buen ver y mejor mirar, con un poco de arreglo, algo de soltura y con lo parlanchina que soy, me dije, aviéntate a la calle pero no tirarme a la perdición, pues eso no era de mi parecer, sino buscar trabajo decente, con muchas ganas de lograrlo y con ganas se logra lo que se quiere. Con eso, un poco de suerte y otro tanto de labia, entré a trabajar en una compañía distribuidora, y por mi desenvoltura y buen trato con los clientes, alcancé el puesto de secretaria de uno de los subgerentes a un paso de la oficina del gerente general.

Con ese señor establecí buena relación no solo de trabajo sino también personal. Tendría unos sesenta años sin representarlos, bien plantado, con elegancia en su vestir, luciendo siempre una sonrisa de película y con plática espontánea y educada, y desde que lo empecé a tratar me pareció un buen prospecto para el futuro. Dije, veremos cómo me va en la intención.

Me di cuenta que no le era indiferente porque lo noté más que atento, bien zalamero conmigo. Así llegó el momento en que se descaró y dejó ver su interés en mi persona, que yo era muy eficiente en el trabajo, además alegre y muy guapa, talentosa, ¿de dónde?, me pregunté con extrañeza, también joven y estuve de acuerdo. Llegado el tiempo surgió la invitación a salir una noche que estuviera libre del trabajo y de sus compromisos familiares (por supuesto era casado, y la esposa cincuentona, y los hijos ya mayores, pensé, le llegó la rutina y quiere cambio a gritos).

Con un negocio en plenitud, me dije, este ejemplar está hecho para mí, desde luego acatando las limitaciones impuestas por la familia. Con no meterme en problemas tontos y dedicarme a lo mío era suficiente.

Después de darse varias salidas, surgió la propuesta del cambio de trabajo y me hizo su secretaria. Acepté de inmediato y sin pensarlo en lo más mínimo. Hubo un aumento de sueldo y la relación entre nosotros se hizo más estrecha e intensa. Suertuda que fui y aquella oportunidad me llegó como anillo al dedo y de tonta la dejaba pasar.

Así estuvimos a lo largo de cinco años ininterrumpidos, excepto algunas épocas de dedicación a su familia, a su esposa sin ser ella muy exigente pues la menopausia la tenía con achaques, inconvenientes aceptados por mí con muy buen talante y sin forzar la situación.

A veces algo que consideraba normal, era la visita de la señora al negocio de su marido sin anuncio previo, en los últimos meses de nuestra relación y a pesar de haberla llevado con la discreción debida.

Sin desearlo nadie, comenzaron a filtrarse rumores en el negocio que a la larga tal vez alcanzaron los oídos de la tal señora, sin que de pronto hiciera escándalo, quizás con la intención de buscar pruebas, cerciorarse pues, de si aquello era cierto o simples suposiciones. En eso estaba la cosa, cuando nos llegó la pandemia desgraciada que hasta la fecha está causando estragos en todo,

Marchaba bien la relación entre el viejo y yo, miento no era viejo, madurón sí pero aguantaba un saco de cemento encima, y algo más. Buen hombre y me cumplía no con la frecuencia exigida por los antojos, pero eso se compensaba con lo romántico del señor, por la suavidad de su trato y nunca lo vi enojado conmigo, desde luego no teníamos tiempo que perder y el poco que pasábamos juntos, no era para desperdiciar en tonterías, y solamente emplearlo hasta el último segundo en nuestra relación, con la enorme satisfacción para los dos.

En el otro lado bondadoso del hombre, estaba la facilidad con la que me complacía; regalos frecuentes y chequecitos extras aparte de mi sueldo como secretaria. Tres años antes de soltarse la dichosa pandemia se alcanzó la puntada de remodelar mi casa, teniendo que cambiarme a un departamento durante el tiempo de duración de la obra, sin que yo gastara un solo centavo.

De que era desprendido mi viejo, lo era, ah pero solamente conmigo su amante adorada. Además a mi pequeño le compró un seguro de educación incluyendo secundaria y prepa. Mayor desprendimiento de alguien, no había conocido nunca y quedé agradecida con sinceridad.

Alguna vez le dije, eres el hombre más adorable del mundo. Ni mi padre me trató con tanta consideración, sin olvidar que me dio la vida”.

“No hombre, una hermosura de mujer. Desde el momento que la conocí me dije, toda una mujer. Nomás no me aloqué. Pensé, con calma y no dar lugar a una nueva aventura, pues no era esa mi intención, y lo demostré. Así lo entendió ella. Nada de imposiciones u órdenes bruscas (era mi secretaria). Ante todo trato amable, suave y esperar las ganancias que deberían llegar tarde o temprano. Y llegaron.

Nos hicimos amantes y nuestros encuentros los hacíamos en su misma casa, sitio un poco descuidado por no alcanzar su sueldo para el arreglo y eso me obligó con sumo agrado echarle una “manita de gato” al inmueble, y dejarlo cómodo y con mejor imagen.

Yo con tal de estar con ella inventaba excusa y media como reuniones de negocio, cenas con proveedores y cuestiones parecidas. Mi mujer, entretenida con sus reuniones sociales, no recelaba de mis actividades profesionales, pues bastaba con cubrirle todos sus antojos y así mantenerla contenta y complacida.

Llevamos por varios años una relación agradable sin mayores problemas. Entre mi amante y yo nunca hubo un altercado, quizás sí momentos aislados de discusión y enojo, superados de la mejor manera y sin resentimientos. En pocas palabras, nos entendíamos muy bien.

Con mis hijos ni en cuenta. Ellos por su lado y yo por el mío. Les tenía satisfechas sus necesidades, además que teníamos poco tiempo para la convivencia familiar, debido a los negocios, los compromisos sociales de la madre, y el cuidado de tres buenas mujeres que los atendían en todo, haciendo las obligaciones del hogar.

No dejo de regodearme con el recuerdo de los encuentros con mi amante. Verdaderas batallas de placer entre ella y yo. La mujer en plenitud de condiciones personales y deseos de entrega, pues aunque no me consideraba el gallo más poderoso del mundo, todavía cantaba fuerte y le demostraba mi amor por ella.

No quiero contar lo que compete a la intimidad en la entrega mutua, pues es fácil imaginarlo. Después del recorrido mutuo previo a la celebración de nuestro amor con una copa de vino, seguido del baño en pareja, la continuación del juego amoroso antes de entrar a la plenitud del lecho cómodo y limpio.

Resultaba un gozo extremo para ambos, con el deseo sincero de la repetición en fecha muy próxima.

En esa relación ya durábamos más de cinco años sin habernos cansado y menos agotado. Por supuesto las reuniones y las fiestas íntimas no se daban tan seguido por las obligaciones familiares y laborales de ambos, pero a pesar de dichos inconvenientes, las ganas se intensificaban y el sentimiento amoroso se multiplicaba en vez de disminuir como la cerveza al profundizar en el vaso.

La llegada de la pandemia actual vino a entorpecer y alterar el desarrollo bondadoso de nuestra relación, pues nos vimos obligados a espaciar las citas, tomando en cuenta sobre todo las recomendaciones de las autoridades sanitarias, como lo dicho de “quédate en casa”, sin ser un capricho sino una necesidad por lo agresivo de la enfermedad.

Me vi obligado, por razones que se entienden a alejarme del negocio y aceptar la baja en las ventas, y lo más lamentable, darles de baja a varios empleados, sin contar en esa decisión a mi querida secretaria por motivo que se entiende. Tuvo que abandonar el negocio más de la mitad del personal, pobres pero no hubo de otra, con la promesa de volver a su empleo tan pronto pasara la contingencia que nos llegó. Ni modo.”

En un café de cierta elegancia en la avenida donde se encontraba la casa familiar, dos señoras en animada conversación, disfrutaban de un café acompañado de algún dulce, unos meses antes de declararse la pandemia..

-Oye amiga, ¿cómo le va a tu marido en su empresa este fin de año? Seguro bien como es su estilo.

-Así es amiga. Le espera un buen fin de año, gracias a dios –agrega con presunción-. Me ha dicho que las ventas se duplicarán o irán más allá, y qué bien porque se nos vienen gastos fuertes y tenemos que contar con buenas ganancias para solventarlos.

-Nosotros también esperamos un fin de año con buenos logros, según mi esposo, y espero que esté en lo correcto. Siempre se gasta mucho en los fines de año, pero es divertido porque las familias nos unimos y se pasan momentos muy felices.

-Lo mismo digo yo querida amiga...

-A propósito –con la disculpa inmediata-, y perdona ser un tanto indiscreta, ¿cómo vas con tu marido? ¿Es solo negocios y más negocios?

-Él está entretenido con lo que le interesa...

-Pero, ¿y la relaciones entre ustedes van bien? Ya ves que vamos para la cincuentena de años, y se suelen dar desajustes inevitables.

-Sí, es cierto. A mí me ha golpeado un poco la edad con molestias aceptables. A mi marido tampoco le apetece mucho a estas alturas, el sexo. Al menos no como cuando era joven.

-No me importa pero mejor no confiarse. Los hombres maduros es frecuente que tomen su segundo aire. En mi caso yo siempre vigilo de cerca a mi marido aunque confío en él y en mis propios encantos,,

-No me metas dudas, y ahora que surge ese asunto, me doy cuenta sin darle importancia que cuando vamos caminando por la calle, le hecha el ojo a las damitas que se cruzan con nosotros, sin embargo lo hace con discreción y respeto.

-Te repito, en nuestra condición no debemos bajar la guardia. No soy mal pensada, pero ellos tienen muchas oportunidades por varias razones: están todavía en plenitud; tienen recursos económicos; pueden hacerse de compromisos con facilidad, y las busconas y oportunistas abundan. Las más terribles son las secretarias y peor si son nada despreciables las abusivas.

-No me calientes la cabeza amiguita y mejor cambiar de tema...

-Como tú quieras amiga, pero el asunto debemos tomarlo con precaución.

“Esta calamidad sanitaria ha puesto de cabeza al mejor plantado, en especial a nosotras las mujeres al no poder realizar nuestras actividades habituales, y la obligación del confinamiento casero, aunado a la plática virtual que jamás será igual a la plática presencial. Mi esposo se da el lujo de ir con alguna frecuencia a su empresa y con ello distraerse, en cambio yo, tengo la casa por jaula y tener que lidiar con las muchachas del servicio.

Me han llegado por Whats noticias inquietantes de sospechosas salidas de mi marido, o más bien, escapadas en unión de su secretaria, por cierto de buen ver, quien sabe a dónde. Se conoce la existencia de gente chismosa y con deseos de fastidiar a las personas solo por hacer la malidad e inducir problemas al interior de las familias. Egoístas y envidiosas que son.

Sin mayor inquietud ocasionalmente en las últimas semanas, me he acercado al negocio de mi marido, con algún pretexto y cerciorarme del trabajo de la secretaria, encontrando a la muchacha muy metida en su actividad y muy atenta conmigo, ofreciéndome toda clase de atenciones con una sonrisa permanente. Claro que dudo de que sea sincera, pero en verdad no me da pie para el reclamo y mucho menos para el desprecio. En mi marido tampoco he notado interés por ella más que el puramente laboral, o será que representan como artistas los papeles de jefe y empleada. Por eso no me atrevo a indagar sobre el asunto por miedo a ocasionar un problema serio y mejor me callo”.

“Han pasado varios días y no he recibido llamada alguna de mi querido viejo, y tampoco se ha presentado a la oficina. No sé nada de él y eso me tiene preocupada. Me comunico a la oficina y me toma la llamada el contador y me pone al corriente de la situación. Desde hace varios días él está al frente del negocio, porque el jefe se sintió mal y se vio obligado a quedarse en casa a sugerencia de su médico de cabecera, quien le dio tratamiento por presentar un cuadro de laringotraqueitis, con la obligación de guardar reposo obligado.

Es raro que no me haya hablado para decirme los cambios a realizar en la oficina. Si no lo hizo es que se siente muy mal y quizás se le dificultaba hablar. Le dije al contador que no me dejara con la duda y le solicité tenerme al tanto del estado de salud del patrón. Me juró hacerlo. pues a mí me tiene prohíbo llamarle a su domicilio por razón obvia.”

Unos días después me enteré del agravamiento de mi viejo y de la orden médica de internarlo, bajo sospecha de probable infección por coronavirus. ¡Válgame dios!, y haber estado con él íntimamente hace algo más de una semana. ¿Me habrá contagiado?, dios quiera que no por mi hijito. ¿Y el viejo dónde se contagió? ¿Alguno de los empleados? Es

probable y de paso, pudo haberme contagiado también a mí. Desgraciado y a lo mejor ni enterado está el pobre”.

El estado del patrón pasó de grave a muy grave ante la desesperación de la familia, sin embargo la de mayor sufrimiento era ella, la amante, quien también presentaba un cuadro gripal intenso, y fue directo a la consulta médica. Se descartó contagio por coronavirus, y a la par la mujer se recuperó del susto.

El enfermo intubado no aguantó el estrés patológico y falleció. La secretaria fue sacudida brutalmente con la noticia, no pudiendo volverlo a ver desde su último encuentro, cuando reiteraron su amor por una eternidad.

La compensación fue que al sentirse muy mal su amante y acostumbrado a no dejar nunca problema sin solución, habló con el contador para dejarlo encargado de su oficina, y ordenarle no despedir a su secretaria o si así lo decidía ella, liquidarla con una cantidad suficiente mientras encontraba otro trabajo. La muchacha optó por la segunda propuesta de su amante, y encomendó a dios a su protector.

Los viejos

Era una pareja de adultos mayores en general bien avenida, tolerando mutuamente sus diferencias, como se dice en lo cotidiano, llevando en paz la fiesta. Su vida transcurría de acuerdo a la costumbre añeja, despertando todos los días, a dios gracias decía la señora, con repetición de lo mismo el día de hoy, desde mucho tiempo atrás sin dormir siesta después de comer, por el temor de no despertar y quedarse a medio día, y por la noche sentarse a ver la TV: programas con muy variado corte, noticias (manipuladas y mentirosas la gran mayoría, opinaban), y avanzadita la noche, alguna película mexicana antigua de todo tipo, rancheras, dramas hasta forzar la tristeza y la cara de congoja, comedias musicales en especial aquellas donde se cantaba y bailaba con la actuación de actrices y bailarinas extranjeras, como las llamadas rumberas animadas con música de son cubano, en continua agitación de hombros y caderas, su especialidad, esto último muy del agrado del señor, con la añoranza de los años de juventud vividos y disfrutados como cualquier joven en plenitud de fuerza y entusiasmo, de lo que nunca se iba a arrepentir.

En la actualidad y desde siempre, el señor tuvo y tenía mayores oportunidades de distracción como asistir de manera habitual, tal si fuera manda le reclamaban, al café de alguna plaza comercial para reunirse con un grupo de amigos con la legítima intención de la plática informal, además del deseo paralelo de todos, de opinar sobre las posibles soluciones a los grandes problemas que aquejaban a la humanidad, y ni qué decir en relación con otros más cercanos, aunque no fueran del agrado propio, pues los golpeaban más en serio y en ocasiones llegar a situaciones de no encontrar respuestas satisfactorias, aunque presumían de suficiente inteligencia para poner las cosas en su lugar.

El viejo era médico de profesión, con especialidad en ginecología y sexología, con diez años de haber abandonado el ejercicio laboral, o como él mismo decía, de no dar golpe y viviendo cómodamente de su jubilación, recordando los años de trabajo previos, muchos años, con gran satisfacción y orgullo, siendo docente en la Escuela de Medicina de la Universidad, y médico especialista en el hospital local. Se ufanaba de muchos triunfos sin faltar alguno que otro inconveniente o motivo de enojo, sobre todo con algunos directivos que en épocas pasadas se consideraban el “non plus ultra” de la medicina, y casi dueños del aparato burocrático en el poder.

Sin embargo y con buen tino, supo sortear las dificultades y salir avante sin mayores consecuencias. Había que aguantar se decía, porque este es mi caballo escogido y tarde o temprano lo iba amansar, y así sucedió. Incluso hubo un año en el que le otorgaron el diploma de: “Mejor médico de la Institución”, y un premio consistente en doble período vacacional durante un semestre. Justo por el buen desempeño en el trabajo.

El médico como buena persona que se sentía, siempre trató de llevarla bien con todo el personal del hospital, fueran compañeros médicos, enfermeras, recepcionistas, administrativos, directivos, sin que eso significara hacer migas más allá del campo profesional, pues nunca fue partidario de entablar relaciones amistosas en plan íntimo en el ambiente laboral ni nada parecido.

La señora por su parte se dedicaba a labores del hogar en épocas anteriores a la crianza de los hijos. En estas tareas era ayudada por una mujer que había vivido con ellos durante más de cuarenta años, desde mucho antes de que los descendientes se casaran e independizaran, abandonando el hogar paterno, y hasta la actualidad.

Entre ambas mujeres se entendían mediante un suave trato y más que una sirvienta, la ayudante era considerada parte de la familia en la convivencia, pues los señores estaban muy agradecidos con su ayuda y con gusto le cubrían todas sus necesidades. Se llamaba Atilana y de puro cariño la nombraban Tila, pues opinaban que el diminutivo se escuchaba mejor, más cariñoso.

La sirvienta correspondía al bondadoso trato de sus patrones, con una actitud servicial oportuna, sin darle nunca por expresar reclamos y menos enojos, acatando con mucha prudencia las indicciones de su jefa y así como ella misma aceptaba, llevar la fiesta en santa paz, pues las dos estaban ya con buena carga de años para echarse a cuesta más problemas, y vivir la vida de la mejor manera posible.

La sirvienta recibía una determinada cantidad de dinero como pago de su trabajo, y con ese ingreso hacer sus compras y cubrir sus necesidades personales, que a esas alturas no eran exquisiteces ni cosa parecida.

En relación con la señora ama de casa, debe señalarse que estudió secundaria y preparatoria y pasado el tiempo, llevó un diplomado en Historia del Arte, cursado en tres años. Al terminarlo se le solicitó la presentación de una tesina con el tema del arte barroco en México, lo cual hizo necesario realizar un viaje por carretera a varios estados de la república, de donde obtuvo suficiente material para integrarla.

Ese recorrido resultó muy ameno e ilustrativo para la pareja, habiendo visitado durante más de un mes, varias ciudades emblemáticas de dicha corriente arquitectónica en el centro del país. Antiguamente transitar por las carreteras nacionales no representaba peligro alguno, sin existir las modernas autopistas que se tienen el día de hoy, con la amenaza presente de la delincuencia. Una cosa por la otra.

También la señora con alguna frecuencia, teniendo varias amigas contemporáneas en edad, se reunían en una cafetería con el fin de afianzar la amistad y entablar plática sobre temas que les eran propios, y al calor del entusiasmo dejar escapar chismes fresquecitos y otros no tanto, enterándose de los detalles lamentables algunos y humorísticos la mayoría, como solamente ellas pueden hacerlo.

Ocasionalmente la pareja se perdía en alguna sala cinematográfica para deleitarse con la película recomendada, o con buena reseña de la crítica periodística, y hacerse de una caja de palomitas para mayor agrado durante la proyección de la cinta cinematográfica.

También era su costumbre acudir con cierta frecuencia a la celebración de cumpleaños y aniversarios de boda de sus hijos, o bien los recibían en su propia casa por parecidos motivos. No les faltaban invitaciones

de familiares y amigos cercanos con pretextos de casamientos, bautizos, quinceaños y acontecimientos parecidos, en donde se estrechaban lazos de afecto y alegría.

Los hijos, dos varones y una mujer, todos formales y trabajadores, y como se dijo antes, habían abandonado el hogar de los padres varios años atrás. La joven, licenciada en Derecho y funcionaria en el poder judicial del estado, con independencia económica y un pequeño hijo, a la fecha separada de su marido por propia decisión sin ningún affaire en la actualidad. De sus hermanos, uno de ellos era economista, casado y con dos hijos estudiando, en muy buena posición económica haciendo honor a su profesión, y el otro médico exitoso especializado en cirugía, con base de especialista en un hospital y como su padre, profesor universitario en la Licenciatura de Médico Cirujano de la universidad pública, además también docente en una universidad privada. Este último, el menor de los tres, soltero y prolongado novio de su pareja sin aceptar crítica al respecto.

Padres e hijos en permanente comunicación y muy buenas relaciones afectivas, teniendo encuentros con cierta frecuencia, por los motivos ya mencionados, con gran entusiasmo y activa convivencia, incluyendo algunas veces intercambio de regalos como ocurría en temporada de Navidad.

Todo marchaba a pedir de boca en el fin de año y así continuó en el principio del siguiente, hasta el aciago día en que se anunció la llegada a la ciudad y al país, de una enfermedad viral propagada desde China considerada de altísimo grado de contagio y malignidad, causando la muerte de mucha gente, siendo víctimas frecuentes las personas de la tercera edad, y las que padecían enfermedades crónicas como son obesidad, hipertensión arterial, cáncer y otras similares.

Al escuchar ese tipo de noticias, los señores opinaron que a ellos no les llegaría nunca dicho mal, pues se sentían muy bien a pesar de los muchos años que llevaban a cuestas.

El médico se ufanaba de gozar de muy buena salud basado en llevar una vida ordenada y de acuerdo con los resultados de sus más recientes análisis y chequeos médicos que así lo aseguraban. Practicaba ejercicios

de manera regular, y en la comida no se excedía y siempre solicitaba una dieta balanceada como recomendación a su esposa. Por ello su certeza de estar fuera de la candidatura de siguiente víctima de la enfermedad por coronavirus o Covid-19 como también era nombrado.

Le insistían que por disminución de su agudeza visual requería el uso de anteojos, y él replicaba tener vista de águila, igual o mejor que cuando tenía treinta años de edad, en una actitud prepotente y de soberbia.

Ya usaba al salir de paseo un bastón de madera de caoba labrado, con propia explicación de mejorar la caminata, sin ser indispensable en todo momento, pues todavía pisaba firme y con seguridad.

A la señora le fallaba la vista compensando dicha falla con el uso de lentes, justificando la deficiencia con el argumento oportuno de: “Para lo que hay que ver, con lo que cuento es suficiente”.

Insistían las amigas:

-Ay hermana ya se te dificulta oír...

-No me preocupa esa pequeña dificultad querida. Para eso está la tecnología a nuestro servicio –replicaba puntual y convencida-. Con mis pequeños audífonos me emparejo.

Es decir, las relativas deficiencias orgánicas no representaban para ninguno de los dos señores, mayores problemas. Ambos insistían en su buena salud dejando de lado los estragos de la edad señalados, a los que se agregaban de manera alterna, dolores de las articulaciones, mareos como de viaje marítimo, cefalea ocasional, sin que esas molestias les preocuparan mayormente, o les impidieran caminar con holgura y agrado como la costumbre los condicionaba.

La casa que habitaban, una residencia decía la gente, en donde se cambiaron a vivir desde hacía cuarenta años, en un terreno comprado inicialmente, para dos años después terminar la construcción bajo la dirección de un arquitecto creativo y al gusto de ellos, mudándose cargando a sus pequeños hijos. La vivienda constaba de sala amplia, antesala, recibidor exterior, comedor, antecomedor, cocina, jardín posterior y en el frente, y dos balcones de amplitud cómoda, cuarto de servicio, estudio de tamaño conveniente, tres recámaras suficientes

para un descanso placentero, todo repartido en dos plantas unidas por una escalera de dos tramos y un descanso. El ambiente con exquisito arreglo y con el cuidado necesario.

Allí crecieron los hijos con alegría deseable y comodidad de envidia.

Después del abandono ocurrido al independizarse los muchachos dejando solos a los viejos, se sintió la carga representada por el indispensable mantenimiento llevado a cabo por un contingente de personas que ayudaban en las tareas hogareñas, pues no podía cargársele semejante trabajo exigido por aquél “caserón” como le solía llamar la servidumbre, a la tercera persona hospedada, doña Tila, que con el tiempo también sufría de algunos achaques inductores de cansancio más pronto que en sus tiempos de plenitud vigorosa.

La irrupción de la pandemia en la ciudad y con mayor amplitud en el resto del estado, llenó de preocupación a los hijos por el temor de que sus papás fueran a ser contagiados, y en tal situación representar un verdadero peligro para su existencia, dada la condición de vejez de ambos induciendo justo temor.

En cónclave familiar se decidió por la razón anotada, buscar la mejor forma de preservar la integridad y la salud de los viejos. Se llegó a la conclusión que la mejor salida del problema era conseguir un lugar lo más aislado posible y fresco, aceptando que ese lugar no podía ser otro que Villa Luz, un pueblo a una hora de la ciudad y específicamente con domicilio en un fraccionamiento al sur distante unos quince minutos del mismo, ya en la ladera de la zona montañosa.

Las viviendas de construcción moderna, con todos los servicios indispensables para el buen vivir de los vecinos, y con vigilancia asegurada y permanente para tranquilidad de ellos.

Hubo alguna oposición por parte de los viejos con el argumento de haber pasado en su actual domicilio, la mayor parte de su existencia en feliz unión como pareja, que consideraban la más valiosa y productiva, y abandonarlo a estas alturas representaría una dolorosa pérdida, sin poderla compensar con el rejuego de los recuerdos y la añoranza devastadora.

La resistencia al cambio propuesto pasó pronto al olvido, gracias a la insistencia de los hijos basada en el peligro representado por la propagación intensa y silenciosa de la enfermedad, y el intercambio actual con personal diverso: una muchacha de entrada y salida ayudante de Tila, un jardinero, trabajadores de mantenimiento y otros más, sin saber nada de su estado de salud, y sí con posibilidades de estar alguno contagiado pero asintomático, y la oportunidad de contagiar a los dueños de la casa, situación que sería una tragedia por la posibilidad de llevarlos a la muerte, a pesar de atenerse con terquedad a su creencia sincera de gozar de una salud irreprochable.

Persistían, una vez instalados los nuevos inquilinos, las dudas traídas en el movimiento del cambio pues miraban con inevitable nostalgia el derrumbe de sus costumbres anteriores.

El médico lamentaba la clausura de las reuniones en el Café con sus amigos, mientras se regodeaba con las ocurrencias de los asistentes y la degustación de un café insustituible, de preparación única, y la señora no podía aceptar la nueva realidad incluyendo suspender los encuentros con sus amigas de muchos años, y lo difícil que sería estar encerrados en su nueva casa como si fuera el cumplimiento de una orden judicial de reclusión domiciliaria, pero en este caso sin haber cometido delito alguno.

Renegando de su futuro encierro, aislados aunque comunicados con sus familiares de manera virtual, además pensaban y no se equivocaban que ese cambio tardaría tiempo para digerirlo y con mucha pena aceptarlo. No era fácil para ellos y sí una tarea muy estresante y hasta dolorosa. Había que darle vuelta completa a su vida anterior y adaptarse a su nueva realidad incierta y temida.

Al término del cambio les llegó el cansancio pero se reinició el entusiasmo, sin que la señora descartara su intención de volver sobre lo mismo, la mala suerte que se les vino encima y en las postrimerías de la existencia con la maldición a flor de piel de la tal pandemia, jurando no alcanzar a creer que todo ese borlote en curso fuera cierto.

Mas bien se acogían en sueño despierto a su deseo imposible de que la pesadilla desapareciera de inmediato, pero lo sucedido era tan real, tan concreto que ponían en duda esa posibilidad.

En ocasiones sentados a la mesa durante la cena, aprovechaban a sacar de lo más profundo de su ser todo aquello que durante el día solamente rumiaban, lo que les inducía intranquilidad permanente.

Esa noche así ocurrió. El médico más asentado y aceptador, y la señora pensando que de ahora en adelante jamás le llegaría el sosiego por el resto de sus años, y seguir la mala suerte aferrada a su alma y por toda la eternidad, dios no lo ordenara porque terqueaba, no lo merecían, por haber sido en todo tiempo buenas personas, creyentes de corazón, originarios de familias bien portadas y piadosas, y haber formado una familia ejemplar. Dijo convencida:

-Dios nos ha castigado sin razón de peso –con reproche y agregó:- No merecíamos esta plaga que hoy nos atosiga, porque sí es verdad que alguna vez cometimos errores, estos jamás fueron por torcida intención o deseos agrios de agredir o de venganza para perjudicar a alguien. Al contrario, creo que nos hemos llevado de maravillas con todo el mundo y siempre ayudando a todos los que pudimos ayudar. Todavía no me explico este abandono por parte del Señor, siendo tan misericordioso y tolerante.

-Mira amor –alertó el médico-, ya deja de quejarte por algo que no tiene la culpa ni el destino ni la divinidad. Nos llegó como a todos los humanos y solo nos queda, aceptar la desgracia con entereza y esperanza.

-De acuerdo hijito, pero de que hemos sido fastidiados, lo hemos sido, y mira en donde estamos, habitando un espacio que no es ni la tercera parte de aquel que abandonamos, en donde fuimos tan felices durante muchísimos años. Oíste, ni la tercera parte y no estoy mintiendo. ¿Tú consideras que eso es justo?

-No es justo pero tampoco injusto y debes comprenderlo-

-Hemos perdido mucho de la felicidad que gozábamos y no vayas a decir lo contrario porque me da un ataque de enojo...

-Mira mujer, la nueva forma de vida hay que vivirla con tranquilidad y confiados en que la pandemia, tarde o temprano pasará y todo volverá a ser igual o casi igual que antes.

-Puede ser, pero mientras no desaparezca los humanos renegaran de lo terrible de este confinamiento no justificado ni solicitado para propia desesperación.

-Mira vida, para los trabajadores de la medicina, y tú debido a los años que me has acompañado en el ejercicio de mi profesión con mi total agradecimiento, sabemos lo lábil de la vida, y cuando la oportunidad vital se pone en peligro, a veces logramos revertir la situación y desgraciadamente en otras ocasiones nos damos contra la pared, sin poder cambiar o al menos mejorar el estado de los pacientes, y solo nos queda el acompañamiento paliativo y las palabras de consuelo con tal de suavizar el dolor y el sufrimiento.

-Estoy de acuerdo contigo querido –aceptó la señora-, sin embargo no me puedo quedar callada sin descargar lo que tengo dentro en busca de algún alivio para mi alma, Con esto de la epidemia no hay de otra.

-No trato de convencerte de nada pues cada quien es dueño de la propia opinión y como tú misma dices, no queda de otra ante el panorama que nos han puesto enfrente, pero la realidad también no queda de otra, es lo actual, y aunque lo de hoy no es lo mismo que lo pasado hasta hace unos meses, es como dicen, lo que hay.

-No lo veas con indiferencia y estoy de acuerdo de que al mal tiempo buena cara, es lo más práctico.

-Exactamente y te repito que para aceptar este desajuste vital, debemos hacer todo lo que está en nuestra voluntad, y reducir el daño a su mínima expresión.

-Me alivian tus palabras y tu compañía me reconforta. Me da fuerzas para que a tu lado el trago amargo que nos ha dado a probar la fatalidad, sea menos amargo y a la larga convertido en recuerdo, un momento del que salimos bien librados.

-Mi amor, espero que así sea, desechando las desagradables semanas de sacrificios, hundiéndolos en lo más profundo del olvido.

Después de la cena los viejos con una sonrisa saltándoles en los labios, se fueron a la sala a prender la Tele, juntos y tomados de las manos como en la época de novios. Aprovecharían las siguientes dos horas

viendo los programas de su preferencia, para después pasar a la recámara y recuperarse del traqueteo del día, durmiendo.

Pasaron poco más de tres semanas, estando la pandemia según anuncio de las autoridades sanitarias, en el punto más alto del contagio e igual en el número de personas fallecidas, en la nueva casa de los viejos las cosas se habían calmado aceptándose las estrecheces con más tranquilidad, sin faltar ocasionales quejas y el sentimiento de nostalgia por el pasado que estaban seguros no volvería a sus vidas.

Opinaban los viejos que cómo era posible que al final del camino, se vieran en la obligación de transitarlo con tanta inseguridad y temor, con la familia alejada y sin la posibilidad de los abrazos de siempre a sus seres queridos. Un verdadero infierno para ellos que solamente y a lo largo de su existencia, habían tratado de hacer el bien, y jamás ofender o agredir a personas consideradas tóxicas.

Una de tantas mañanas se alborotó el ambiente al despertarse el viejo quejándose de fuerte dolor en el pecho acompañado de tos intensa y frecuente.

-¡Válgame Dios!, –exclamó la señora con angustia y desesperación-. Puede ser que nos haya alcanzado la maldición de la enfermedad – agregó muy nerviosa-: No te muevas y voy a llamar a nuestro hijo que venga de prisa a la casa. Le diré que urge su presencia por haberte puesto muy mal.

Cogió el celular y comunicó con detalles la situación de su esposo, exigiendo acudir rápido en su ayuda.

Se movilizó una ambulancia para conducir al enfermo al hospital, extremando las medidas sanitarias indispensables en el traslado, llevándolo directo al examen médico y a la realización de los análisis y radiografías necesarias, incluyendo desde luego la detección del Covid-19. Se internó al médico en confinamiento estricto, con orden de atención exclusivamente al personal médico y de enfermería bien protegido para evitar contagios potenciales.

Se prescribió el tratamiento médico que convino para el cuadro respiratorio en espera de la evolución favorable.

Desgraciadamente en la madrugada del siguiente día, el viejo falleció y de manera inmediata el deceso le fue comunicado a la familia y como causa de la muerte, de acuerdo al diagnóstico médico y los exámenes de gabinete y laboratorio practicados, por supuesto con la negatividad del coronavirus, se especificó un infarto del miocardio extenso.

La señora en pleno desastre anímico exclamó en callado grito:

-¡Un infarto al corazón! ¡Carajo!, de qué sirvió tantos cuidados con tal de evitar la pandemia, si lo mató un vulgar infarto...

El satélite

“Me sucedió hace poco. No mucho. Yo no creía en la realidad de la enfermedad del coronavirus, hasta que me llegó de un momento a otro sin haberme enterado quien fue el culpable que me pasó el bicho.

Siendo joven nunca me preocupó el contagio y por supuesto no le di importancia a las medidas sanitarias que tanto divulgaban las autoridades responsables. Me consideraba y así era, fuerte y con buena salud. Me reprochaban con frecuencia, especialmente mis padres, por que no me cuidaba, con el pretexto del “cuídense ustedes y a mi déjenme en paz”, sin escuchar recomendación alguna.

No esperándolo me llegó el día de los efectos del contagio, viviendo en casa de mis papás por ser hijo único y estudiar carrera universitaria. Pronto nos dimos cuenta de que no estaba bien al presentar molestias propias de la temida enfermedad como son tos intensa, dificultad respiratoria y temperatura muy alta.

Pensé con indiferencia, seguro se trata de una infección respiratoria que pronto pasará. Sin embargo dicha suposición no logró convencer a los viejos, y me llevaron a consulta médica. Me recetaron unos medicamentos, indicándome lo conveniente de practicarme un análisis buco faríngeo para descartar contagio de Covid-19.

Yo no me opuse a las indicaciones médicas, pues pensé con absoluta seguridad que ese análisis saldría negativo, aunque se haya agregado la necesidad de entrar en cuarentena, situación que consideré necesario por sentirme mal y lo conveniente de ponerme en reposo y además, indispensable para tranquilidad de mis papás.

Para mi sorpresa las molestias no cedieron, sino todo lo contrario, se intensificaron hasta hacerse intolerantes, lo que obligó a mi internamiento

hospitalario con estricto aislamiento y la necesidad de que también mis padres fueran investigados, con la finalidad de descartar contagios por haber convivido de manera habitual conmigo y favorecer esa situación el contagio del virus.

Ellos afortunadamente resultaron negativos y no me volvieron a tratar en cercanía, y solo pudieron verme a través del ventanal de cristal protector, y yo contemplarlos con permanente cara de preocupación, más pronunciada en mi mamá.

Me sentía morir con ansias de escapar fuera del hospital y poder respirar sin limitaciones, con amplia libertad. Con todo y el ventilador mi estado de salud desaparecía de continuo y fue indispensable practicar intubación endotraqueal previa sedación, y se me conectó a un respirador. Por el sufrimiento sentido, los médicos tratantes opinaron la posibilidad de inducir un coma medicamentoso y esperar mejoría del funcionamiento respiratorio.

No recuerdo el momento en que perdí la conciencia y a la par las sensaciones y emociones, dejando de estar en este mundo.

Los siguientes días no se vio mejoría del cuadro clínico, sino acentuación del estado de gravedad del paciente como lo diagnosticaron los médicos, y esperar en cualquier momento que ocurriera mi fallecimiento tal y como sucedió para gran dolor de mis desesperados padres.

Antes de agravarme esperando lo peor, les dejé dicho si moría, que la cremación era obligada y las cenizas no fueran retenidas en casa por lo que significaría para ellos: un verdadero calvario con inmenso pesar todos los días, pena que no merecían.

Di a conocer también mi intención de que mis cenizas fueran esparcidas en un espacio abierto, para que el viento con su barrer hogareño frecuente, dispusiera de ellas y al parejo, hallarme en libertad a la que se aspira siempre.

Por ser hijo único, mi muerte representó para mis padres un golpe devastador, casi mortal, imposible de superar ni a corto ni a largo plazo, como pensaron. Tenían respecto de mí, justas esperanzas a futuro viéndome triunfar en la vida para propia satisfacción y la de ellos.

Yo, el incrédulo también en el último momento de conciencia, comprendí la torpeza de mi actuación, y lo equivocado que estuve como rebelde en contra de la realidad que gritaba, ¡cuídate!, deja de equivocarte porque en ello te va la vida.

Mi terquedad e indiferencia me cegó y de paso anuló mis oídos, y esa sordera que me impuse junto con la soberbia de joven iluso, me llevó al fracaso vital.

A partir del momento en que se abrió la urna de mis cenizas y fui liberado dije con prepotencia, de ahora en adelante iré donde yo lo decida y haré lo que me dé la gana. Nadie impedirá ejercer mi libertad a plenitud, sin el temor de las limitaciones y prohibiciones, que en la otra vida resultan tan acotadoras y estresante, e impiden la realización de todo lo que pueden dar los humanos, pobres seres amarrados a la obligación del cumplimiento de reglas estrictas y restrictivas, que por definición limitan sus capacidades y obstaculizan el desarrollo.

Semejante decisión estaba incluida en mi nuevo existir con grandes oportunidades de ir y venir a los sitios que yo quisiera, y en el momento que decidiera, aprovechando el transporte gratuito del viento, y llevarme al lugar decidido, como lo está haciendo con el polvo del Sahara que ya alcanzó mi región después de atravesar todo el Atlántico, viajando medio mundo apenas. Yo aspiraba recorrer el mundo entero y más allá, pues mi ambición no tenía límites.

Me podía conducir con libertad a diferencia de ese polvo inerte, con posibilidad de cambiar de dirección a voluntad y según la propia decisión.

Todo eso lo comprobé después que me liberaron de la urna. Sentí la frescura de la brisa primero, estando en niveles bajos, para posteriormente escapar a mayores alturas, en donde el viento se pone más inquieto, más brusco y se puede viajar a mayor velocidad. Sentí que de esa manera quería trasladarme y poder visitar montes, montañas, muchos lugares que me parecieron transformados desde las alturas, observando como hormigas nerviosas a los habitantes en su desplazarse; ríos, lagos, (por cierto, volando sobre la superficie de uno de esos grandes vasos) en una ocasión y por curiosidad, sin medir el peligro que eso podría representar, me acerqué y rocé el agua con una pequeña lengüeta de mi polvo y de inmediato se disolvió en el líquido, desapareciendo.

Sufrí amputación del dedo gordo de uno de mis pies, fue mi cálculo, y más rápido que pronto me alejé del lago, sin sentir dolor ni molestia alguna. Pensé: esto es otra ventaja de mi actual existencia.

Por el cambio de mi cuerpo se dieron otras muchas ventajas y menciono algunas con gran satisfacción: no tener hambre por carecer de aparato digestivo; no necesitar respirar por la ausencia de pulmones, y con eso salvar la infección por coronavirus y otras más; no ameritar sanitario por no necesitar ese tipo de servicio; como soy descerebrado se terminaron las pasiones, las emociones y no sé por qué arte o magia seguía pensando sin respirar, ver sin ojos, ni tener sangre circulando por las venas y en esa situación, el suicidio sería un intento inútil en la nueva vida, la otra vida que mencionan.

Podía estar volando todo el tiempo disponible sin pensar en lo que todos los seres vivos del reino animal, se ven obligados a presentar en algún momento, el cansancio, tropiezo del que me hallaba liberado hiciera lo que quisiera y durara el tiempo que fuera.

En uno de tantos rondines por los cielos se me ocurrió, no andar del tingo al tango como suelen decir, sino emprender un largo viaje alrededor de la tierra en la que nunca volvería a estar.

Subí en remolino a suficiente altura para poder observar las nubes como colchones o alfombras múltiples, blancas, vaporosas, viéndolas como cuando se va en el interior de los aviones. Por arriba de ellas pude admirar lo limpio y el azul exquisito del firmamento durante el día.

La vista como maravilla extraterrestre me estimuló a realizar la circunvolución del planeta, con toda la calma del mundo recorriendo cientos, miles de kilómetros, como si realizara un recorrido de placer en espera de la presencia de la luna, que en su momento observé asombrado sin nubes que interfirieran el panorama.

Me dije, nada tontos los astronautas. Ahora me doy cuenta porqué se suben a los cohetes transportadores y alcanzan el espacio sideral con alegría y expectación, habitando en el interior de la estación interplanetaria meses enteros, aunque con el inconveniente relativo de la pérdida de peso y cierta dificultad para moverse flotando, por lo demás novedoso e interesante.

Todo eso sucedía procurando no exponerme a ser confundido con uno de tantos satélites que andan dando recorridos como desesperados, por el enorme espacio disponible.

En un escape de razón, sin saber cómo sucedió después de circunvalar la tierra y admirar su belleza deslumbrante, la división de sus continentes con los océanos y mares esplendidos, los polos blanquecinos y brillantes, algo que jamás hubiera podido lograr en la primera vida, me dije, si he visitado el cielo y sus alrededores cercanos, puedo ir más allá, volar hacia otros planetas, al menos los más próximos al nuestro sin armar para esa rola ningún plan previo, pero recordé que en la prepa me dijeron que el espacio más allá de la atmosfera, estaba ocupado por el gas helio sin haber movimiento de aire, y sin impulso, no tendría oportunidad de moverme, mi estancia por esos rumbos sería imposible, lo mismo que mi compactación, mis cenizas se dispersarían en el infinito y yo dejaría de ser yo al fragmentarme.

Olvidé ese intento suicida y decidí bajar a la tierra, posarme en la superficie de una piedra grande en lo alto de una montaña todavía virgen y libre de los malvados depredadores, para recuperar impulso y las intenciones de seguir andareguiando como loco.

De pronto comencé a escuchar voces que intercambiaban frases sin entender lo que se expresaba. ¿De dónde procedían o quien las decía? ¿Serían otras de cenizas como yo? El suceso me obligó a la quietud e intenté definir lo que estaba escuchando.

Sentía como un llamado de otro mundo sin poder definir si la cuestión era conmigo o se trataba de una conversación entre seres iguales a mí.”

Cinco días antes a raíz del internamiento del joven, los familiares recibieron la noticia de que el enfermo se hallaba en estado crítico pero estable, y debido a su juventud y fortaleza, tenía muchas posibilidades de mejorar según decir de los médicos tratantes. Tan pronto la recuperación se lograra, se le suspendería el coma inducido con el retiro del respirador artificial.

Esa promesa impactó positivamente en el ánimo de los padres, quienes no pudieron contener el llanto de la espontánea alegría inducida, y de inmediato empezaron a implorar a los santos y vírgenes de su devoción que ese anuncio se hiciera verdad y se apiadaran de ellos.

-Seguro que se salvará nuestro niño –se dijeron con mutua esperanza y agregaron-: Gracias dios mío y no tenemos con qué pagar ese gesto maravilloso de tu parte...

“Sigo escuchando voces y se agrega algo que semeja a llanto. No imagino lo que sucede y alrededor no logro ver a nadie que pudiera ser el autor de dichos sonidos. Me estoy sintiendo cansado, adolorido, como si me hubieran dado un paliza”.

Alguien dijo: Casi se ha recuperado. Solamente falta que abra los ojos, regrese de su peligroso viaje y reconozca nuestro ambiente de nueva cuenta.

De los presentes, otro dijo a medio tono: Abrió los ojos. Los abrió. Ha despertado. Venció la enfermedad. Uno más que se salva.

Una persona con bata, gorro, cubreboca y careta transparente opinó:

-Ya está recuperando el medio en el que se encuentra. Lo va hacer poco a poco. Libró la pandemia y miren, intenta parpadear lo que indica recobrar la lucidez.

“Me siento inmovilizado. No sé por qué, pues en todo momento me he movido con gran libertad. ¿Qué me está pasando? Siento mis brazos, mis piernas. Quiero moverlos, estirarlos. Sigo escuchando las voces pero con más nitidez y definición. Hablan de recuperación del enfermo. ¿Quién será el enfermo? ¿Seré yo? ¿Enfermo de qué? ¿Volví a la otra vida? ¿Cambié de cuerpo y conciencia? Estoy un poco confundido. Me duele la garganta mucho cuando respiro. Puedo mover hasta los dedos de los pies. Los puedo mover todos, ¿y el dedo gordo de uno de mis pies que se disolvió en el lago, ¿dónde quedó?...

La entrevista

Queridos amigos, les saludo con mucho amor deseándoles muy buenos días. Les habla su conductora favorita, Loly para ustedes mi respetable y amplio auditorio, ávido de conocer las últimas noticias que han inquietado a media humanidad, y que son transmitidas sin recortes ni maquillaje a nuestra atenta audiencia, La estación radial “La Voz de los Barrios”, está comprometida así como su personal, a ofrecer a los marginados sociales, oportunidades mediante solicitudes dirigidas a las autoridades y a las personas involucradas, con la firmeza necesaria y obtener respuestas justas a las peticiones de los interesados.

Por otra parte ésta es la estación de radio en donde abiertamente y sin tapujos, se discuten los asuntos que más inquietan y a muchos enoja, por la sinceridad y la apertura que nos son características. Ya lo hemos dicho y lo repetimos, nada ni nadie nos callará, y a pesar de los obstáculos que nos pongan desde los poderes, vamos a seguir haciendo nuestro trabajo decidido y honesto en bien de los más necesitados de nuestro pueblo.

Todo lo que ustedes han escuchado no debe ser tomado como auto halago ni nada que se le parezca, sino como planteamientos concretos y sustentables de nuestra política laboral ateniéndonos a las leyes que nos rigen.

Les queremos decir que aceptamos críticas bien intencionadas y fundamentadas, y estamos en la línea de la discusión franca y sin agresiones de ningún tipo provengan de donde provengan.

A continuación queremos ofrecerles una entrevista realizada por nuestra reportera estrella, Elenita Melenita quien se encuentra en estos momentos, en la calle Libertad del barrio más abandonado de la ciudad,

en la actualidad casi sin personas transitando por ella, debido a la pandemia que nos arrasa, y el confinamiento decretado por el personal sanitario para evitar contagios y la propagación del mal. La poca gente que se anima a salir de sus viviendas, lo hace con protección como es su responsabilidad usando cubreboca, algunos con careta transparente, y uno que otro con increíble indiferencia, sin esos aditamentos convenientes.

-Elenita te saludo con cariño desde nuestros estudios...

-Gracias querida Loly y buenos días.

-Estamos interesados en la entrevista que vas a realizar, pues nos gustaría que los radioescuchas siguieran con el interés de siempre los frutos de tu buen trabajo.

-Te comunico y también a los radioescuchas que nos favorecen con su atención, que me encuentre en plática con el señor Miguelón o también conocido como El Gordo, sin que eso le cause molestia alguna. Él es un hombre de la calle literalmente, poco de peso, pues pasa ratos de hambre aunque no muchos, ya que tiene habilidad para conseguir alimento entre los desechos de algún supermercado, poniéndose de acuerdo con empleados de dicho negocio que lo apoyan.

Te informo que El Gordo en contrario con su delgadez física y de allí dicho apelativo, es un hombre de piel morena, cabello largo entrecano que lo identifica y es su orgullo a sus más de sesenta años, vividos según él mismo lo dice, con altas y bajas que le han dado una manera de existir que acepta como viene, sin mayores oportunidades de oponerse a su destino.

He intentado obtener mayor información acerca del entrevistado y de su pasado, sin embargo dice recordar poco, momentos fugaces, mal definidos y no tener interés de acordarse de ellos. A base de convencimiento e insistencia, revela haber sido un hombre casado hace muchos años, con una mujer que lo abandonó llevándose con ella a sus dos hijos pequeños y no los volvió a ver. No recuerda parientes cercanos y los pocos amigos sin mayores compromisos, son personas también en situación de calle como él mismo, desde hace más de diez años.

No me platica mayores detalles en relación con su actual situación, por cierto con muchas carencias como él mismo señala, en estado de

sobrevivencia y acomodándose a las circunstancias. El señor Miguelón o El Gordo, asegura no gustarle su nombre que deduzco puede ser el de Miguel, porque era el mismo de su padre que lo abandonó de niño junto con su madre. Él es una persona seria sin deslizar en sus labios una sonrisa ni de chiste o por equivocación como suele decirse, está sentado en un macetero público del parquecito del barrio donde lo encontré con los brazos cruzados sobre el pecho, y fija la mirada en la distancia como en plan de ignorar todo lo que se mueve y lo que no, a su alrededor. A continuación transcribo la entrevista desde el inicio de la manera más cotidiana que me es posible, después de los pocos datos personales antes mencionados.

-Y dígame usted cómo le ha ido las últimas semanas de confinamiento.

-Mire señorita, para mí las últimas semanas con sus días son más de lo de siempre. Disculpe mis palabras pero dicen la verdad.

-Mi intención de ninguna manera es causarle molestias, sino conocer su opinión acerca de la pandemia que a todos nos está afectando y mayormente a quienes están en situación de calle.

-He oído noticias relacionadas con esa enfermedad sin que me cause temor alguno.

-No siente algo de miedo de ser contagiado debido a su situación de calle y la deficiente alimentación que lleva. Perdone usted mi franqueza y no es mi intención molestarlo...

-No se preocupe, además eso de la pandemia no me importa. No me voy hacer la vida más pesada de lo que está en mi bolsa.

-No usa cubreboca y sus manos tocan muchos objetos con probable contaminación. ¿Eso no le preocupa?

-No me preocupa señorita por no temerle a la muerte.

-Lo que ha dicho es muy fuerte...

-Para mí no lo es. Hace tiempo que la muerte me tiene sin cuidado. Hoy vivo por haber amanecido, porque desperté. Mañana no sé lo que pueda pasar. A lo mejor mañana no despierto y acabó mi estancia en la tierra.

-Por lo mismo no le importa cuidarse.

-Por eso mismo y por no pensar en el futuro que a lo mejor ni tengo.

-Pero sin saberlo puede estar contagiado del virus e ir por ahí contagiando a otras personas, quienes en tal caso serían víctimas inocentes de la enfermedad, o sea, sin deberla ni temerla. ¿Esa desafortunada situación no le inquieta?

-Le repito señorita, ese no es mi boleto: No cargo con culpas ajenas porque no me corresponden. Estoy al día y mi preocupación inmediata es conseguir la comida del momento para seguirla pasando más o menos.

El sol brillaba y comenzaba el calor por lo que el señor estiró los brazos, habiendo soltado el frío de su cuerpo, sintiendo agradable como yo misma, la brisa suave de la media mañana.

Sigo la plática con el entrevistado.

-Si no le molesta –advirtió la reportera con sonrisa temerosa-, ¿podemos platicar de su vida con más detalles?

-No tengo inconveniente. Usted diga...

-Gracias. Le reitero mi agradecimiento por haberme concedido la oportunidad de hablar con usted.

-¿Me hará famoso?

-No puedo asegurarlo pero tal vez. No lo descarto. La estación de radio para la que trabajo, tiene un amplio auditorio de radioescuchas y nos lo confirman con frecuencia, pues hacemos nuestro trabajo con gusto y responsabilidad, siendo nuestro objetivo principal buscar todo tipo de ayuda y apoyos para la gente más desprotegida, las más de las veces invisible y olvidada del resto de la ciudadanía, y también de las autoridades responsables, dando a conocer puntualmente la realidad de su diario vivir y mejor de su cotidiana sobrevivencia.

En pocas palabras, nos interesa relatar el cómo viven, y remarco la sobrevivencia, las penalidades que pasan para buscar cobijo, trabajo, alimentos y en especial atención médica cuando desafortunadamente se debilita su estado de salud y caen en desgracia, como está ocurriendo

en los días que transcurren por la pandemia actual, de allí mi personal interés de dar a conocer los problemas ocasionados por la enfermedad en voz de las personas que más peligro corren por estar más expuestas al contagio dada su precariedad personal y social.

-Mire señorita, yo le medio entiendo lo que quiere decirme, pero le repito, para mí eso no tiene importancia y perdone mi sinceridad.

-Eso suena y usted me disculpa, un tanto irresponsable de su parte...

-Puede sonarle a himno nacional, pero esa música no me acompaña.

-De acuerdo. Pasando a otro asunto de su vida, ¿tiene donde descansar por las noches?

-Tampoco en eso tengo problemas. Duermo donde me agarra la noche: en un albergue, a la sombra de una puerta o portón, a la protección de una barda, acompañado o en solitario. Como caiga.

-¿Y para su aseo personal a qué sitio va?

-Utilizo el agua de una llave pública o de alguna fuente con la que me lavo y aliso mis greñas y no necesito más.

-¿Y para realizar sus necesidades íntimas donde ocurre?

-Igual, donde me dan ganas y hay muchos lugares conocidos.

-Por último dígame, desde la última vez que estuvo con su familia no le ha dado por buscar a sus familiares cercanos y tratar de recuperarlos para su propia tranquilidad y quizás algo de la felicidad perdida?

-Mire, no estoy peleado con la vida, más bien me he adaptado a lo que me ofrece, y respecto a la familia que ya no tengo, nada de ella me interesa después de tantos años de separación, además a la fecha los familiares me verían como un extraño, queriendo decidir sobre lo que tengo y no, por hacer. Eso para su conocimiento, lo he superado.

Mi actual familia está integrada por mis compañeros de parranda, los perros callejeros, los pájaros que se vuelven montones en los árboles y escuchar el escándalo que anuncia la noche, las arañas, los alacranes, la lluvia que alivia el calor, el sol, la luna, las estrellas, y otras presencias que forman una familia numerosa y no exigente.

-Le comprendo y me conmueve. ¿Le digo una cosa?

-La escucho señorita.

-Me suenan poéticas sus palabras.

-Me preguntó y yo le respondo con sinceridad. Esa es mi vida.

-De acuerdo y respecto a la pandemia que padecemos, ¿seguirá sin aceptar las medidas higiénicas para evitar el contagio cuidándose usted y cuidando a las personas que le son cercanas?

-No es por contrariarla pero sigo en lo dicho, no creo que a mí me llegue ese virus...

-Recuerde que es un virus que no respeta a ricos ni a pobres, contagia a hombres, mujeres, niños, a todos, y una obligación de los ciudadanos responsables, es tomar en cuenta las recomendaciones de las autoridades al cuidado de la protección de la salud pública, con el fin de evitar las terribles consecuencias que vemos día con día.

-Dejemos que ellas se encarguen del problema. No es el mío.

-Me doy cuenta que se mantiene en lo dicho...

-Llámelo como usted guste, terquedad o ignorancia. En eso sigo.

-Bien señor y para cerrar esta amplia e interesante plática solo me resta darle gracias por haber aceptado esta entrevista, y espero que en próxima fecha podamos reanudar la conversación y escucharle el cambio de opinión.

La reportera saca de su bolsa un billete y lo ofrece como propina al indigente.

-Señorita, agradezco su bondad y le deseo un buen día. Ah, le sugiero, por el tiempo y la cercanía en el encuentro, se practique una prueba para descartar posible contagio.

-Gracias por la recomendación pero como usted puede ver, yo me protejo.

Atento aviso

Señor, no dejes pasar al coronavirus ese. Es mala persona.

La “Coronavirus”

Le dicen a la tía porque arrasa con todos. No se le va vivo nadie en sus chismes.

No tan malo

Es estar loco de amor. Peor es contagiarse de Covid-19.

La cárcel

Eso me parece el encierro obligado debido al coronavirus. No hay para dónde hacerse y si se abandona, es como firmar nuestra sentencia de muerte, sin el casi.

Antes y Ahora

...decir “eso fue ayer, esto es hoy” según J. Winterson, nos remite al recuerdo y la nostalgia nos apabulla. También suelen decir que recordar es vivir, pero tal supuesto es imposible. Lo pasado pasó, se fue y no podrá repetirse, sin embargo los buenos recuerdos nos inducen satisfacción, nos ayudan a escapar de la rutina que puede causar daño y en ocasiones desaliento. La felicidad de hoy a partir de expresar recuerdos, como también el desagrado con deseos de olvidar el pasado que duele y estresa, modulan en parte el ahora de nuestro existir, con la oportunidad en nuestra decisión de dar rienda suelta a los primeros, y con terquedad, desechar, dejar de lado o hundir en el abismo del olvido a los segundos, aunque en ocasiones tristes no podamos quedarnos con lo bondadoso de lo vivido, y la imposibilidad de abandonar lo que taladra nuestro equilibrio de hoy.

Antes

Estaba próxima la Navidad y se notaba la alegría en todo momento al relacionarnos con la familia, los amigos, al ver la televisión, utilizar el internet, acudir de visita a las agolpadas plazas, en almacenes y negocios de todo tipo que mostraban lo mejor de la producción industrial y comercial, en su deseo de ofrecer a la venta lo más llamativo de la temporada, obligando al consumo para aliviar en parte los desajustes cotidianos de los posibles clientes.

La competencia era cerrada tanto en la oferta como en la demanda de cháchara y media, envueltas para el mejor regalo, con dominio de los colores rojo y blanco en el papel de las presentaciones, acompañadas con música de fondo sui géneris y la insistencia de las muchachas ofertantes, en su intento de convencer al cliente en potencia, sin faltar

en algún lugar la presencia del señor inductor de la algarabía desatada, Santa Claus o para los franceses, Papá Noël por el probable origen del mito tan divulgado en el mundo occidental.

Todo se aceleraba en nuestro ambiente. Abundaban las sonrisas, los buenos deseos, la búsqueda de los regalos infaltables para la entrega el día veinticuatro por la noche, acompañada por la bulla o mejor por el escándalo a ocurrir desde antes de la cena de ese día.

Llegado el tan esperado día de la Navidad, todo mundo vestido o en busca de la ropa adecuada para lucir desde la tarde o hasta la noche, no cabían de entusiasmo en el arreglo personal y el regodeo en la preparación de las viandas para ofrecer a los asistentes a la fiesta tan especial, y en ese ajeteo transcurrió la tarde.

Habíamos quedado de acuerdo en que la reunión se realizaría en la residencia de un compadre muy entusiasta, ya que ese lugar tenía una terraza amplia y techada, con gran capacidad de recepción pensando en la posibilidad de lluvia, pues en días anteriores se había presentado aunque fuera en forma de llovizna, y además la casa contaba con alberca por si a alguien se le antojaba el baño aunque no era apetecible ese antojo por el frío ambiental dominante, y un comedor suficiente para saborear la cena, con la posibilidad de aceptar holgadamente a todos los invitados asistentes a la celebración tan esperada.

Un verdadero problema en la víspera fue la compra de los regalos a entregar por el Santa en el momento apropiado. Por lo que respecta a las personas mayores no había dificultad, pues cada una de ellas seleccionaba el suyo de acuerdo a su preferencia. La duda se hacía presente en la selección de los regalos para los hijos, dada la diversidad de gustos.

La salida a esa incómoda situación se solía superar con una pequeña treta, preguntándoles qué sería lo más importante que les trajera el Santa, maquillada con la exigencia del “Gordo jo, jo, jo”, de recibir las peticiones escritas en una carta colocada al pie del árbol de Navidad. Enterados de la preferencia de cada quién, fletados nos lanzábamos a la compra correspondiente, por supuesto ocultando los regalos hasta colocarlos alrededor del árbol navideño.

A partir de las siete u ocho de la noche del día esperado fueron llegando los grupos familiares invitados, saludándose con mucho entusiasmo entre ellos y acomodándose en las sillas colocadas exprofeso en la terraza. Se iniciaron los juegos tanto para los adultos como para los niños, unos en comunión fraterna, agasajándose con el licor de su preferencia, y los pequeños organizados por las mamás, entretenidos y atentos a las indicaciones que recibían.

Todo era alegría, palabrerío, incluso gritos, encantados con la bulla explosiva, la quema de cohetes, las luces de bengala, los pitos, los espantapuegras, el confeti abundante, los adultos en continuo saboreo de sus bebidas y la variedad de botanas disponibles, y los niños disponiendo de dulces y abundantes golosinas a su libre gusto, sin incidentes por lamentar entre ellos, y cuando algo desagradable se iniciaba, era calmado con las oportunas recomendaciones paternas.

Transcurrido un tiempo suficiente del festejo, llegó el anuncio por parte del compadre poco antes de las diez de la noche, que estaba por aterrizar Santa Claus en su trineo, por lo que solicitaba tranquilidad y silencio para hacerle un buen recibimiento.

Se logró la quietud del auditorio y ante la expectativa de los presentes (después se supo quien aceptó representar el papel), apareció Santa Claus imbuido en la típica indumentaria que le era característica, riendo y saludando a diestra y siniestra y recibiendo a cambio una catarata de aplausos a los que se agregaron los múltiples, ¡Viva Santa!, de manera espontánea.

El tan esperado personaje se paró junto al árbol navideño, y solicitó con las manos el silencio indispensable para comenzar la tan esperada entrega de los regalos. Dio inicio la repartición, con la algarabía acompañante de los afortunados receptores y el desesperado rompimiento de envolturas.

Terminado el reparto y con pleno bullicio, Santa dando las gracias por el recibimiento y diciendo adiós con su risa característica, pasó a retirarse acompañado de un verdadero baño de aplausos. Llegando a la puerta por donde había entrado, por esa misma desapareció, diciendo con voz fuerte: “¡Hasta el próximo año!”

De inmediato se recobró el bullicio con más entretenimiento por el gozo de tener en las manos los regalos esperados, sobre todo de parte de los niños y por su lado los padres muy animados con los brindis cada vez más frecuentes acompañados de ánimo intenso y carcajadas espontáneas.

En el paréntesis que ocurrió sin pedirlo una vez iniciada la cena, se me acercó un primo trago en mano y amplia sonrisa y me preguntó con simpleza:

-Oye primo, ¿qué te parece la pachanga?

-Excelente primo –respondí emocionado-. Míralos, todo el mundo divirtiéndose sin limitaciones. Olvidando los problemas que nunca faltan y eso es muy bien recibido.

-Tampoco exageres...

-Bueno, al menos por el momento.

-Pero no te preocupes que dentro de una semana volverá a repetirse algo parecido, el treinta y uno del mes con la llegada de un nuevo año.

-Gracias por el puntual recordatorio primo.

-De nada. Hay que tenerlo presente para no perder el envión.

Fue cierto pues en dicha fecha sucedió algo parecido a la actual celebración con el fin del año en curso y el inicio del siguiente año.

Pasada la media noche y obligados por la somnolencia franca de los niños, se puso punto final al festejo con la invitación inevitable de la repetición obligada el fin de año próximo como firme compromiso.

Llegó el fin de año con un entusiasmo parecido al mostrado en la reunión de la semana anterior. Se acudió con puntualidad a despedir la última noche del año con alegría renovada, los saludos indispensables, los brindis infaltables en su momento, y los deseos sinceros de que en la nueva época se cumplan las aspiraciones legítimas de familiares y amigos.

Previo a los últimos minutos del año que finalizaba y se hizo viejo, se entregó a cada uno de los asistentes una copa, aparte de la utilizada para la ingesta de las bebidas, conteniendo doce uvas que serían consumidas una por una a la par de cada campanada del reloj en la tele, hasta la última

que cancelaba el año transcurrido y daba paso al nuevo año, dando rienda suelta a la gritería y las felicitaciones, los abrazos y besos sin sana distancia en compañía de los infaltables pitos, silbatos, luces de bengala y juegos pirotécnicos que visten bien a ese tipo de celebraciones.

Como todo acontecimiento, el nuestro tuvo un principio y por necesario, un final que se dio iniciada la madrugada, dándose la graciosa huida de las familias a sus respectivos domicilios, saboreando las bondades irrenunciables de la grata reunión, con los adioses y las muestras de estimación y cariño, estando el ánimo hasta arriba, dicharacheros los adultos en consumo de los últimos tragos, y los bostezos a boca abierta de los niños, además de uno que otro pequeño en brazos del sueño por agotamiento y en los de su madre.

Eran momentos de gozo y camaradería, con el firme propósito de repetir parecida faena, dentro de algo así como un año.

En el nuevo tiempo regresaba la rutina con el intento de hacerla lo menos pesada, poniendo en práctica las variantes desgajadas del propio ingenio y suavizar el fastidio de la repetición de todos los días.

Una situación golpeadora sin el sacrificio de Cuauhtémoc era el diario quehacer en la oficina en colaboración con los compañeros, habiendo en el trato de todo como en botica, buenos ratos, instantes indeseables, éxitos, recomendaciones, sonrisas sinceras o forzadas, pero dentro de una relación emotivo-afectiva equilibrada y respetuosa.

En lo personal quiero decir que a medio día habiendo sacado el trabajo con diligencia, lograba escaparme durante una hora u hora y media, y pedaleaba con rumbo al Café en la plaza próxima, donde con espontaneidad nos reuníamos varios amigos en justa intención de hacer de la plática intrascendente, motivo de esparcimiento alegre en complicidad fraterna.

Yo habitualmente solicitaba un café capuchino con media carga. Otro de los convocados, se inclinaba por el capuchino con carga completa. Uno más se decidía por un café lechero sin faltar la solicitud de un té o un refresco.

El personal del Café, eran jóvenes siendo la mayoría mujeres, con actitud de agradar a los cliente, guapas, de gracioso movimiento al caminar, su sonrisa pronta y la solicitud del consumo, muestra de su previo entrenamiento.

En el intervalo del Café saludaba con entusiasmo a personas que se acercaban por amistad o familiaridad, y andaban de compras o de paso en los negocios ofertantes,

Con los amigos durante la degustación de la caliente y sabrosa bebida, la plática se hacía interesante al variar los temas tratados, insistiendo en la problemática del país y del mundo, planteando los problemas y buscando soluciones a los mismos, con diversidad de opiniones, refutando o aceptando los argumentos puestos a discusión, aun sabiendo de antemano que fuera del círculo cafetero, no tendrían impacto alguno.

No importaba que así ocurriera, ese ejercicio o deporte de repetición casi diario en el Café, nos reconfortaba y hasta nos ponía eufóricos. En general no se tocaban asuntos familiares pues bastaba hacerlo en el lugar indicado para ello.

Chismes de dominio público si solíamos abordar, siendo algunos para morirse de risa o bien, lamentarse si en su caso eran verdades regadas como mal monte. En tal situación se solicitaba al comunicador la voz baja y si la noticia ameritaba comentarios, decirlos a media sonrisa y sin mucho contagio alrededor.

Ahora

En uno de tantos viajes al Café se supo de la existencia de una enfermedad de origen viral iniciada en China, extendiéndose por contagio directo, o sea, de humano a humano, muy letal y sin haber tratamiento disponible y menos vacuna capaz de controlar la propagación.

Unos días después sin haberle dado importancia a esa noticia, se corrió la voz de que la enfermedad había llegado a Estados Unidos y a Europa, causando cientos de muertos, muy alarmante y algo no conocido en lo que iba del siglo por lo rápido de la propagación.

Pocas semanas después se habían detectado casos en nuestro país. Fue algo terrible porque la plaga comenzaba a cobrar vidas localmente, obligando a las autoridades a lanzar de continuo advertencias a la población, y las medidas higiénicas indispensables en intento de bloquear la propagación del virus agresivo.

Al considerar el peligro mortal en que se encontraba la población, se recomendó como necesario el confinamiento estricto en casa, se cerraron sitios de reunión de grupos numerosos de personas, como plazas (me partieron, nos partieron media vida), almacenes, bares, antros y similares, y autorizados a permanecer abiertos aquellos comercios indispensables para cubrir necesidades esenciales como farmacias, expendios y tiendas de alimentos solo para llevar, siendo estricto el eslogan: "Quédate en casa". Dichas disposiciones incluyeron a lugares como templos, iglesias, mezquitas, sinagogas y otros ofertantes de servicios religiosos.

Fue aquella una irrealidad tan real con la gente quejándose por las limitaciones impuestas oficialmente, y discutiendo que aquello era un invento del gobierno y que no era cierto la existencia del mentado virus, a pesar de que en las calles ya se exhibían en algunas viviendas lazos negros en el dintel de la puerta principal.

Esa situación de desastre humano sin embargo, no era motivo de preocupación para mucha gente quienes terqueaban en negar lo imposible de soslayar, y persistían en su vida diaria como si nada fuera de serie pasara en el ambiente.

Era tan imposible negar la situación de desgracia en curso, que familias completas se habían contagiado y algunos de sus integrantes, presentaban manifestaciones de la enfermedad, unas leves y otras graves con la necesidad de ser internados estos últimos, en los hospitales designados. De los enfermos graves pocos salían con vida pero con secuelas incluyendo deterioro orgánico y psicológico, pudiendo contar el sufrimiento padecido. Llegó el tiempo en que los cadáveres se acumulaban tanto que se almacenaban en cámaras de refrigeración, en espera de la cremación sin despido de sus familiares ni posibilidad de funeral.

En verdad, un drama indeseable, sin embargo mucha culpa la tenían aquellos en resistencia a aceptar la realidad de la emergencia, y su terquedad abonaba en favor de la diseminación de la pandemia al desechar las medidas de prevención recomendadas y favorecer el cobro por parte del mal, de cuerpos humanos cada vez con mayor voracidad y rapidez.

Cada día que pasaba la situación se tornaba más preocupante. Se hablaba de falta de camas en los hospitales; la limitación del personal médico y de enfermería y algo peor, la solicitud de incapacidad por riesgo excesivo o por jubilación de aquellos trabajadores que tenían derecho a dichos beneficios, a lo que se unía los contagios y las muertes en el equipo tratante. También peligraban el trabajador social, los camilleros, los choferes y en general toda persona encargada de la atención de los pacientes aun cuando estuvieran protegidos.

Se quejaban los trabajadores de los servicios médicos de insuficiente equipo especializado y escasez de medicamentos. Avanzado el tiempo se hablaba de la indefensión de la gente ante la tremenda amenaza, sin poder imaginar hasta cuando se podría lograr la erradicación o cuando menos el control de la enfermedad dada su incidencia y la rapidez de su propagación, sin posibilidades de sacar como magos de un sombrero de copa, recetas milagrosas para siquiera aliviar el mal.

En lo personal sentía que todo mi *modus vivendi* se retorció de manera imprevista, de prisa, con un cambio brutal de costumbres y reducción angustiante de la libertad sin paliativo, vaya, sin tener paño de lágrimas a la mano que consolara.

Todo cambió con brusquedad y de un momento a otro en un giro de ciento ochenta grados. Se cerraron las plazas, los cafés, se clausuró el shopping para las damas (tan aficionadas a esa actividad con el sufrimiento de no poder hacerse de los regalos en las fechas señaladas por el calendario), los paseos, los viajes de vacaciones, tanto que gustaban siendo para mí y mi familia, una vocación de años visitando muchas ciudades del país y del extranjero. Puestos en esa maléfica encrucijada hubo necesidad de reinventarnos, con el agregado de que de ahora en adelante el vuelco sería irreversible; no había marcha atrás.

Por lo inmediato fue necesario olvidarnos de las charlas de café, esas reuniones con los amigos tan gratificantes y convenientes en la vida de todos, y que se hacían realidad la mayor parte de los días del año saltando los sábados, los domingos y los correspondientes a fiestas oficiales y familiares como las antes señaladas.

En lo personal me resultó lamentable evitar la convivencia con los compañeros en el trabajo y no puedo dejar de repetir las reuniones del Café tan animadas y alentadoras para los convidados sustituidas por el confinamiento, la computadora, el whatsapp y la TV, es decir, la comunicación a distancia tanto para la actividad laboral como la social, y con privilegio de contacto inmediato mediante las redes virtuales.

Ha sido difícil hacerse a la idea de que la nueva vida era una torsión completa de la realidad vivida durante muchos años, con incredulidad y asombro por no decir tristeza y añoranza. Se resistía la gente a creer estar viviendo en las condiciones actuales tan reducidas, totalmente diferentes a las del pasado inmediato.

Varias semanas después de iniciada la contingencia biológica, no se daba crédito a la paliza inclemente que estábamos recibiendo y la obligación de buscar y privilegiar actividades compensatorias, poniendo en práctica nuestra capacidad de imaginar e inventar con el fin de aliviar la nostalgia por los tiempos idos, y hacernos a la idea que el azote arrasador del ahora no iba a ser transitorio, sino por desgracia había llegado para quedarse al menos por un dilatado tiempo, según apreciación de las autoridades de salud, aunque negado por muchos ciudadanos pues les resulta algo increíble sin poder digerir.

De que teníamos que buscar alternativas para amortiguar los desastres de la crisis y aliviar los malos ratos inducidos, era una necesidad insoslayable, y de esa manera suavizar las incomodidades de enfrente y de hoy, sin haber de otra sopa ya que la cantidad de noticias al respecto difundidas por los medio de comunicación eran cada vez más alarmantes, divulgando cifras de contagios y de muertes para decir lo mínimo, terribles e increíbles por la rapidez que se movían hacia arriba y de un día para otro. Se sumaban las esquelas por muertes de amigos y familiares, con el dolor y la desesperación de los deudos.

Aceptar el nuevo orden de cosas y otras costumbres, se hacía urgente para adaptarnos a las nuevas condiciones de vida en el novedoso camino a la nueva normalidad y la tranquilidad con nosotros mismos y con la familia, o vivir en disgusto permanente o terminar loco como casi me sucede a mí y a uno que otro débil de voluntad.

Pero de que nos jodió la existencia el tal coronavirus, nos la jodió y con increíble rapidez, agarrando a sus inocentes en total indefensión. Un verdadero genocidio de la naturaleza. ¿Una venganza por tantas agresiones recibidas de parte de los destructores seres humanos? Podría ser cierto esa posibilidad.

¿Hasta cuándo seguir contra la pared? Ni quien lo sepa. Actitud y ganas de prevenir es la mejor oportunidad de sobrevivencia, No hay de otra y esperar con esperanza el descubrimiento de una vacuna eficaz o de medicamento capaz de eliminar al virus y no me cansaré de repetirlo. Mientras ni llorar consuela.

Encerrados

No sé qué pasará con este Covid-19, y digo esto porque nadie asegura nada en firme. Hoy se dice que la curva de la pandemia alcanzó el pico. De ahora en adelante la tendencia será a permanecer en el mismo nivel o sea, sin seguir subiendo, o bien empezará a bajar aunque sea poquito pero de continuo.

En otra noticia se dijo que va a descender la frecuencia de casos pero que a la siguiente semana subirá de nueva cuenta, y así en sube y baja se mantendrá por mucho tiempo, y ante la insistencia de la pregunta, ¿cuándo desaparecerá la amenaza?, se dijo que tal vez hasta marzo o abril del próximo año, es decir, no hay nada seguro en recuperar la normalidad perdida, y debemos hacernos a la idea de que esa normalidad se fue para no volver, y acostumbrarnos a vivir en compañía del maldito virus de ahora en adelante, con su perversa intención de invadirnos el cuerpo y multiplicarse y en muchos casos, acabar con él, siendo la única defensa nuestro sistema inmunológico que se puede doblar, además de los recursos ofrecidos por la prevención que algunos desorientados no aceptan, sin tomar en cuenta el gran peligro representado por el enemigo que tenemos enfrente y en la indefensión, para detener hasta donde se pueda la propagación incontenible y devastadora del bicho.

Lo anterior viene a cuento porque desgraciadamente existe gente inconsciente, y más que inconsciente, con una falta de sentido común, ignorante a lo bestia, y más que eso hacer gala de absoluta irresponsabilidad para con ellos y sus familiares, y de paso con el resto de la comunidad.

Tampoco sé yo lo que pueda pasar ni a corto y menos a largo plazo, estando en plenitud las noticias con su machacona insistencia, que en vez de orientar, de continuo favorecen la desinformación de

la teleaudiencia dando mensajes más que mentirosos, distorsionados y confusos dejando a la pobre gente más atarantada que de costumbre.

Ante el desolador panorama informativo no queda otra que atenernos a las recomendaciones de las autoridades sanitarias en repetición de letanía, lo que yo y mi marido y todos, hemos estado viendo y escuchando en múltiples ocasiones, el “quédate en casa”, “usa el cubreboca”, “lávate con frecuencia las manos”, “guarda la sana distancia” y algo más, aunque a los irresponsables les valga sombrilla todo eso y lo tiren al bote de la basura.

Por el contrario se ha visto en otros lugares donde los ciudadanos sí atienden indicaciones que saben favorables por su mejor educación, ha dado buenos resultados con el inmediato descenso del número de contagios, disminución de la pérdida de vidas humanas y desocupación de camas en los hospitales, que son hechos verídicos y que deberían motivar a la población a hacer caso, sin pretextos infantiles que apoyen la negación.

Desde luego, en algunos casos puede justificarse el si no salgo a trabajar, no tengo dinero para alimentar a mi familia y en tal situación se tiene que decidir entre morir por el coronavirus o morir de hambre. Esa disyuntiva es fácilmente superada por la aceptación de las medidas higiénicas antes mencionadas tanto en la calle, en el sitio de trabajo como en el hogar y de esa manera evitar el temido contagio obteniendo ganancias y no pérdidas.

Esto está de la chingada le he dicho a mi esposo en un arranque de sinceridad y preocupación. Ya llevamos cinco meses, tanto como decir más de diecinueve semanas en este agotador encierro y sin saber hasta cuando va a terminar porque no hay manera de saberlo.

Me distrae un poco salir de compras con la protección necesaria pero nada más a la esquina de la calle, donde compro en la mañana, abarrotes indispensables, frutas y verduras, contrariando lo dispuesto por el gobierno pues dicen que estamos todavía en semáforo rojo y en espera la semana próxima, del cambio a semáforo naranja.

De allí rápidamente me paso a la panadería de la vuelta, haciéndome de una dotación para cuando menos una semana. Esa es una salida

pero una salida insignificante, casi instantánea, una verdadera mirruña. También me distraigo haciendo la limpieza de la casa hasta dos veces al día con tal de suavizar, mejor dicho, intentar olvidar por un instante la triste realidad que vivimos. Me critica con exageración mi marido diciendo que con mi actitud febril en la limpieza, voy a terminar sacándole brillo a todo lo que esté a mi alcance.

Lo que no me critica es la variedad de platillos que coloco en la mesa a la hora de la ingesta de los sagrados alimentos. Bien que los saborea hasta pedir doble ración y chuparse los dedos. Eso me preocupa porque con ese apetito está contribuyendo a su desgracia, pues en estos meses le ha crecido la barriga, pese a que entre sus entretenimientos, además de la lectura (ha consumido en ella más de quince libros, de por si muy aficionado, agregado al tiempo laboral en línea y el dedicado a las noticias en TV), está el infaltable ejercicio físico con gran apego desde tiempo atrás, lo que le compensa en parte la ganancia de peso, y si no ya estuviera rodando

Otra cosa que no me agrada en lo más mínimo es el hecho de que al salir a la calle por mis compras, cruzarme (aunque me exijo la sana distancia siendo en ocasiones difícil de lograr, porque cuando no se acerca una persona a saludar lo hacen otras, por necesidad de años atrás) con personas caminando en bolita, grupos familiares en desprotección absoluta, como si estos momentos se estuvieran viviendo en otro espacio y otra época, olvidados de la realidad actual.

Tan entusiastas y desprevenidos que dan ganas de ponerles un hasta aquí de manera firme hasta con groserías, a ver si de esa forma terminan por entender la emergencia. Esas groserías por radicales son en muchas ocasiones de gran apoyo, pero pueden tener consecuencias no deseables y debo evitarlas y mejor las guardo para consumo personal aun cuando me pique la lengua o las ganas para soltarlas.

También siento desesperación y me preocupa la tranquilidad de como toma las cosas mi marido, pues él es de temperamento con cierta pasividad. Se exalta a veces, recobrando la calma al poco tiempo, y no se queja por lo que sucede. La quejosa soy yo y no puedo evitarlo, pero así nos compensamos mutuamente, pues en caso contrario, siendo

los dos fosforitos de encendido inmediato, no podríamos vivir bajo el mismo techo por obvia razón, y hacía tiempo que la bomba hubiera estallado con lamentables consecuencias. Me imagino que algo parecido en lo trágico sucede con una pareja, en la que ambos miembros son tranquilos, apáticos y el final de esa relación sería algo desastroso o en santa paz decidieran largarse cada quien por su lado, u optar ambos por el suicidio o morirse de inanición o quien sabe que otra salida se les ocurriera como solución.

Pienso que lo complementario de nuestros caracteres, nos han colocado en un equilibrio sano y conveniente, como si en un platillo de la balanza de dos brazos, yo misma estuviera situada y en el otro se acomodara mi maridito querido.

Así me veo y lo veo a él por la manera de reaccionar tan diversa que tenemos. Pero dejando eso de lado, confieso que estoy hasta la madre o quizás todavía no, o quizás poquito menos que mucho en la situación actual de mi vida. En ocasiones me dan ganas de gritar como desahogo: “¡Auxilio! ¡Sáquenme de aquí viva y no muerta! ¡Por favorcito se los suplico!”

Suelo controlarme aunque no puedo decir, adaptarme, porque nadie en su cabales puede decirlo. Quizás hay personas que sí, pero tratándose de gente menos desesperada e inquieta, no como yo que con tantito que se me suba el hervor apelo a otra actividad de inmediato como distractor antes de que se me tire la leche y lo lamente.

Después de abandonar la cama por la mañana, practicar el aseo personal, me voy a la cocina a preparar el desayuno y la bebida acompañante. Terminada la costumbre del alimento inicial, mi socio inicia su actividad laboral en línea alternándola con la atención del Whatsapp, mientras yo me decido por el juego de lavar los trastes como opina mi marido, hasta sacarles brillo, que al fin tiempo es lo que me sobra.

A continuación lo siguiente, agarrar la escoba y barrer lo que no existe, pues nosotros no lográbamos acumular ni cinco gramos de polvo, bueno es un decir, pero sí hacemos poca basura. Después de la barrida viene la trapeada, sin ganas de terminar allí el quehacer pues de inmediato tengo que pescar otro y no parar en el entretenimiento, para no

pensar en cosas locas como puede ser añorar los tiempos idos, sobre lo que han insistido los medios, para desgracia eterna de los indefensos humanos.

La nueva normalidad será por necesidad más restrictiva, y jamás igual a la vieja normalidad para lamentación permanente, y por los siglos de los siglos va a ser nuestro credo. A veces grito con tal de disminuir o más bien aliviar mi angustia. Grito en solitario para no inquietar al bueno de mi marido.

¡Ay Dios mío, qué mal hicimos para merecer este castigo que estamos padeciendo. De lo que me acuerdo yo nunca le levanté la mano a mis padres, ni siquiera me atreví a alzarles la voz y menos insultarlos, al contrario, me porté siempre muy obediente y acatando sus órdenes. Desde luego alunas mentiras piadosas, sin ameritar mayor comentario y menos justificar el presente mal que nos agobia.

Es claro que algunas personas son mal intencionadas y tienen el buche lleno de acciones perversas, incluso crímenes cometidos, pero por culpa de unos cuantos perversos, hemos de pagar quienes ni la debemos ni la tememos, es decir, no es correcto meter en el mismo costal a buenos y pecadores. No es justo, Me parece que esta vez el cielo agarró parejo y a muchos nos tiene con el bendito en la boca.

Ahora recuerdo haber visto y escuchado en la Tele, que pronto abrirían las iglesias y los templos y poder escuchar de nueva cuenta la santa misa. Ojalá ocurra eso porque será un gran consuelo para muchísimas personas creyentes.

Después de alguna lectura previa, llega la hora de la comida que permanecía a medio fuego sobre la estufa para ingerir alimentos calientitos, porque mi marido aborrece la comida fría y quien mejor que yo para estar enterada.

Luego de comer y lavar los platos, vemos un rato televisión con comentarios y noticias la mayoría de corte policíaco, robos, homicidios y delito y medio. Yo de plano prefiero las telenovelas o las películas que me levantan el ánimo.

A continuación el baño y para terminar el día la cena con algo de frutas, pan y café con leche. Vemos una o dos horas de nueva cuenta la

tele (mi marido con frecuencia se queda más tiempo en esa diversión, siempre y cuando no le toque cumplir con sus obligaciones conyugales, porque me late que no estamos contagiados, si no ya hubiéramos muerto aunque no creo por ser jóvenes), y por último en conclusión del día, a la camita esperando poder despertar a la mañana siguiente.

Mi viejo como costumbre de años atrás, suele tomarse una copa de vino o de tequila, antes de dormirse y no se lo critico, porque yo haría lo mismo si no me causara dolor de cabeza.

Se extrañará que no he dicho ni media palabra de los hijos, debido a que no tenemos, aun cuando llevamos ya tres años de casados, Por decisión mutua lo hemos evitado y ahora con más razón debido a la pandemia que nos aqueja, pues un embarazo en las terribles condiciones actuales, sería tanto como exponerse a una tragedia que no quiero ni imaginar. Tal vez cuando pase la presente amenaza cambiemos de opinión, mientras tanto como estamos la llevamos bien y a gusto dentro de las posibilidades del encierro.

El confinado (*)

Al despertar, todavía estaba en el confinamiento.

(Recordando a Monterroso*)

Una familia de tantas

Asentada en un barrio de mala muerte sobrevivía no se sabe por medio de qué arte o mediante cual milagro, aunque algo se supiera a pesar de que ellos se abstenían de divulgar la razón de su existencia. Los vecinos de por sí metiches tradicionales no insistían en el asunto y lo dejaban como cuestión que no era de su incumbencia.

La familia la integraban cinco personas: el padre, la madre y tres hijos todos varones y según la voz popular, buenos para nada o para muy poco. Los señores decían con tristeza, que nunca tuvieron la suerte de atinarle a la hembrita tan deseada, pues con ella quizás se hubiera logrado un equilibrio conveniente y una bendición para el grupo familiar. No se les hizo y ni modo. En la vida no todo lo que se quiere se puede y con eso les llegaba el contento. El lamento era porque de los tres hermanos no se hacía uno.

Por las condiciones de precariedad en que se encontraban, los padres decidieron en el último parto que a la madre le “amarraran las trompas”, después de que el médico les recomendó esa intervención por ser el más seguro y definitivo método de planificación familiar, y haber dejado de lado el sueño de la hija deseada. Se convencieron de que era lo mejor para la familia.

Pasados los años pudieron comprobar que fue la solución aceptada, lo mejor para todos, pues el final del crecimiento familiar alivió un poco las carencias hogareñas.

Los tres chamacos habían sido concebidos uno tras de otro, con una diferencia de menos de un año entre ellos. Por eso mismo corría el chisme entre los vecinos asegurando que una vez terminada la cuarentena del parto, la mujer se bajaba de la cama otra vez cargando un nuevo embarazo.

Los tres hijos siendo tan parecidos en lo físico y de edades tan cercanas, las personas no ligadas con la familia, pensaban que se trataba de hermanos trillizos y no productos de partos diferentes. Se insistía que esos chamacos tan parecidos entre sí, fueron fraguados en el mismo molde sin lugar a dudas.

Con esa confusión de identidad a los hermanos les gustaba jugar con malabares de actuación, como simular sentir lo mismo estando en lugares diferentes sin haber conocido ni de refilón el cuento de los Hermanos Karamasov. Era cuestión de ponerse de acuerdo con las mismas mentiras para hacerlas creíbles a los oídos profanos.

El padre, sin darlo a conocer por temor a ser objeto de burla de parte de los vecinos, trabajaba como carretillero en la central de abasto en donde apenas ganaba para la comida del día, pero cuidaba bien que no se supiera esa verdad, y acostumbraba a maquillarla diciendo que trabajaba en la burocracia municipal aunque en un modesto cargo con raquítico sueldo, desde luego sin señalar en cual dependencia con el fin de evitar suspicacias y la curiosidad morbosa que nunca falta.

Un día mal y otro peor pero ahí la llevaban. Los chamacos, flojos a todo lo que daban, solo quisieron cursar la primaria con el pretexto de que no tenían cabeza para el estudio, y no se decidieron a entrar a la secundaria. Esto obligó al padre a cantarles la cartilla, pues no queriendo lidiar con los libros, tenían que salir a buscar trabajo de lo que fuera aun siendo adolescentes, si querían seguir comiendo en la casa. En realidad era una advertencia relativa no aceptada por la alcahueturía de la madre consentidora.

Uno de los chamacos, el de mayor edad creyéndose “carita”, o sea, galán, le dio por buscarse una chamaca trabajadora que lo mantuviera mientras él conseguía trabajo (con ganas de no encontrar como le decía el padre), y de paso colaborara con dinero para cubrir sus gastos personales. No esperó mucho en que llegara la presa buscada, porque además de su buena presencia tenía labia y un carácter liviano, agradable. La joven, sin saber en la que se metía, con buena figura y en la flor de la edad, alegre y entrona, tenía un buen empleo en un almacén de ropa del centro de la ciudad.

Al joven solamente le costó jurarle amor eterno y nunca abandonarla. Alquilaron (un decir el plural) un cuarto con baño y sanitario, cerca de donde vivían los padres de él y también en cercanía de los papás de ella. Se entendían bien al menos de inicio. El gúevón del chamaco, dándole largas al asunto de ir a buscar trabajo, se solazaba con las vacaciones con todos los gastos pagados, pese a la insistencia de su pareja de que urgía se pusiera a chambear, pues era indispensable abultar el ingreso y ahorrar dinero para poder enfrentar el crecimiento de su propia familia, no siendo lo mismo el consumo de dos personas, que de tres o cuatro, a lo que se oponía el joven con una y mil excusas.

El segundo en menor edad de los hermanos estando también crecído, igual con buena figura, no era noviero y a pesar de la machacona insistencia de su papá que aprendiera de su hermano mayor, que le diera por juntarse con una chamaca trabajadora y de buen ver de paso, y de esa manera poder irse a vivir con ella a un domicilio propio y fuera de la casa paterna.

No quiso hacer realidad esa sugerencia paterna por lo que el señor optó por conseguirle un empleo en una tienda de abarrotes en su centro de trabajo. A regañadientes pero determinó estar de acuerdo, pues si no aceptaba el trabajo lo pondrían de patitas en la calle y a ver cómo le hacía.

No le quedó de otra que ponerse a trabajar y con su ingreso mejoró la economía de la familia y lo hizo sentirse mejor, pues le permitió darse algunos gustos a los que no tenía posibilidad alguna estando de ocioso.

El hijo más pequeño en años, resultó más aguerrido y entrón, y de manera espontánea al ver que se terminaba la vida con cierta comodidad y sin dar golpe, tal y como lo expresó el padre, se lanzó por su cuenta a la calle en busca de fortuna pero por el camino menos aconsejado, el sendero torcido del crimen.

Resultó que por su carácter abierto y amigüero hizo amistad con unos chavos dedicados a la venta de droga a los que surtía un distribuidor relacionado con un grupo mafioso. Después de escuchar las condiciones establecidas, les dijo que sí le entraba al negocio siendo advertido que se ganaba bien, pero se arriesgaba el pellejo y aquel que se metía en

el grupo se vendía a la mafia, y si alguna vez se ablandaba y le apretaban las ganas, como se enteraban de muchas asuntos secretos, solamente podían salirse acostados y con los pies por delante, ¿lo entendiste?, le preguntaron. Como se sentía fuerte y sin compromisos, contestó que estaba de acuerdo y le gustó el trato. Quería salirse de la casa paterna, vivir su vida, darse la gran vida durante cinco o siete años, según le fuera, y no vivir veinte o treinta años muerto de hambre, o lo peor, sobreviviendo a duras penas.

Llegó el día que la familia inicialmente formada por cinco miembros, se redujo a tres de ellos, y esta nueva situación no duró mucho tiempo pues el hijo que permanecía en el hogar paterno un tiempo después de estar trabajando, se sintió con suficiente independencia y también voló fuera del nido original, dejando en casa una familia reducida a dos personas como se inició, el padre y la madre.

Esa nueva realidad golpeó mucho a la señora por el abandono de los hijos, aunque tal situación le favoreció por la disminución de la carga del trabajo hogareño, pues no fue lo mismo atender a cinco personas incluida ella, que atender a dos. El trabajo ya no fue tan agotador en todo lo concerniente a preparar alimentos en tres turnos, hacer la limpieza de la casa no importando que fuera pequeña, lavar la ropa de tanta gente adulta y todo lo agregado que nunca falta, sin tener la oportunidad del buen descanso ni tampoco la diversión que en mucho hace llevadera la labor. Vaya ni siquiera el escape para ver la tele en el programa deseado, y todo esto la señora lo recuperó con la reducción familiar. Así de fácil sin dejar de lamentarlo.

El señor por los siguientes años continuó en su empeño laboral, aunque sentía que la fuerza le disminuía poco a poco conforme avanzaba su edad. Toda su vida se acostumbró a hacer lo de siempre, sin haber intentado otro tipo de trabajo, yendo y viniendo con su carretilla descargando y entregando gran volumen de mercancía todos los días, desde la cinco de la mañana hasta las tres de la tarde hora de la comida. Con eso a su favor nunca se quejó de falta de chamba y de percibir un ingreso diario más que suficiente para cubrir los gastos familiares disminuidos por la ausencia de mucho tiempo de los hijos, y además sin la preocupación de solicitarles algún apoyo económico.

Acostumbrados los señores de varios años antes a su existir solos, terminaron por no extrañar la presencia de los jóvenes, quienes los visitaban en muy señaladas fechas si acaso, habiéndose enterado de que eran abuelos estando crecidos los nietos, descendientes del hijo segundo, quien metiéndole ganas al trabajo había logrado su propio negocio en una plaza nueva, obteniendo buenas ganancias y mejor nivel de vida con familia consolidada.

Pasó el tiempo y los padres no volvieron a saber de la suerte del hijo menor imaginando el peor destino por haberse enterado de su dedicación y no estuvieron lejos de sus temores, pues habiendo sido durante siete u ocho años sicario de alguna mafia, en un operativo organizado por la policía, se dio un enfrentamiento donde fueron abatidos varios mafiosos entre ellos el joven, abandonados en el lugar de los hechos y posteriormente sus cuerpos llevados a la fosa común por ausencia de reclamo de familiares. Los señores se enteraron pasados varios meses de la tragedia y solo atinaron a dedicarle una misa en descargo de su alma.

Lamentaron el cruel destino de su hijo pero estuvieron de acuerdo en que él fue quien escogió su destino y su manera de vivir, pues nadie lo obligó a optar por ese terrible camino de maldad.

La pérdida del hijo fue compensada en parte por la mejoría del padre en lo económico, ya que se mudaron a una casa más pequeña con el pago de menos renta, que por otro lado le hizo bien pues vislumbraba que a la corta o a la larga tendría que disminuir el tren de trabajo, por presentar problema de hipertensión arterial agregado a la obesidad franca que ya venía padeciendo con anterioridad, a pesar de que se le ordenó dieta conveniente, sin el cumplimiento de la recomendación, siguiendo con el consumo habitual de bebidas azucaradas en especial de cola, por sentir que le daban ánimo y lo mantenían activo, agregando la infaltable comida chatarra rica en carbohidratos y en cantidad fuera de lo moderado.

El mayor de los hijos seguía con cierta estabilidad en pareja, gracias a su mujer con mejoría en su percepción económica, y a que después de tanto ajuce se había decidido a trabajar (sin saber lo que eso significaba), como mesero en un restaurante del centro de la ciudad previo

corto período de entrenamiento, Habían procreado un heredero y veían venir mayor gasto que se aumentaría conforme el crecimiento del hijo lo exigiera.

Los siguientes años volaron más rápido de lo deseable, viviendo los padres solos en su nuevo domicilio, y con el recuerdo borroso del hijo muerto. El ingreso del señor había mejorado debido a su consolidación en el trabajo como coordinador de carretilleros de la central de abasto y formar parte de la directiva del sindicato. Pudo pagar el sueldo de una trabajadora doméstica en su casa, con el agradecimiento de su esposa al sentir el alivio que eso representaba para ella.

Casi de una día para otro les sorprendió una noticia desalentadora: llegó desde la China un virus que estaba matando gente en medio mundo. Lo peor, se propagaba de persona a persona con facilidad increíble, es decir, muy contagioso, por lo que las autoridades al no haber medicamentos o vacunas para su tratamiento, recurrieron a medidas preventivas como el uso de cubreboca imitando a médicos de hospital, lavarse las manos con agua y jabón frecuentemente, quedarse confinado en casa con permiso de que una persona saliera protegida a la calle por las compras necesarias para la vida diaria de las familias, pero lo más extraño fue la necesidad de evitar el contagio guardando la sana distancia en el trato con otras personas, y la orden de cerrar muchos negocios no esenciales y con ello el despido de personal, el desempleo aparejado y la caída del ingreso de muchísimos empleados.

El señor vio de pronto reducidos sus ingresos por la disminución del movimiento de carga en la central con la necesaria restricción en sus gastos. La señora se obligó a despedir a su trabajadora doméstica y de nueva cuenta hacerse cargo del trabajo hogareño cuando ya le pesaba el tiempo en el cuerpo.

Su esposo continuaba realizando las compras indispensables para el funcionamiento familiar, y asistiendo con cierta regularidad a su sitio de trabajo pero sin ponerse un cubreboca, con el pretexto de que no lo toleraba y el latente peligro del contagio, en el valemadrismo cotidiano

Al paso de las semanas el problema del contagio se hizo tan frecuente y creció como reguero de pólvora alcanzando a la población sin hacer

ningún distingo en cuanto a mujeres, hombres, niños, adultos, blancos, prietos, ricos, pobres, o sea, sin distingo de personas. Igual panorama se vivió con el alza casi vertical del número de casos graves y de muertes para sufrimiento de la gente.

En una de las tantas revisiones obligatorias al personal en activo en la central de abasto, resultó positivo el señor por lo que se le indicó aislamiento en su domicilio estricto que a regañadientas acató, sin embargo a los pocos días se le fueron presentando los síntomas propios del padecimiento, que ameritó el ingreso a un hospital público Covid-19 de urgencia por la comorbilidad de que era portador.

La señora con trato diario y permanente con el esposo fue indispensable practicarle la prueba nasofaríngea que resultó positiva, y se le indicó también y de inmediato el aislamiento estricto, por lo cual tuvo necesidad de recurrir a la ayuda de sus hijos con franca resistencia de parte de ellos por temer el contagio latente.

A los pocos días el señor falleció y su esposa inició la presentación de los síntomas propios de la enfermedad, con necesidad de internamiento hospitalario. Desgraciadamente la tragedia no se pudo evitar y falleció pese al buen manejo médico prescrito. Fue una víctima más de la ingrata pandemia.

Ese fue el final de la familia original, con la dispersión de los hijos en caminos elegidos, de pronto trabados en una discusión por llevarse los pobres enceres disponibles y en busca de joyas o dinero escondidos jamás encontrados, y un seguro laboral de escaso monto del difunto padre.

Amor del bueno

“Esto que platico es de lo más anterior que me ha ocurrido en la vida, pero además para mí en especial lo más trágico, y si me concentro en el relato de los últimos meses, puedo olvidarme de toda mi vida pasada, aunque no lo podré hacer mientras se dan los hechos inmediatos pues los recuerdos estando concentrado, ni de broma desaparecen y allí permanecen por el resto de la existencia. ¿Cuánto será? Ni adivinando, pero sea poco o mucho lo faltante por vivir, el sufrimiento no lo quita nada ni nadie. No se podrá borrar de la conciencia aunque insista en favor de la distracción, poniendo la atención en otras acciones o pensamientos por atractivos que sean.

Puedo asegurarlo como decía mi madre que en paz descanse. Ella murió hace diez años por complicaciones de la diabetes, y mi padre parece que ni lo sintió a pesar de los años que vivieron juntos, Pronto logró una sustituta con la que formó otra familia y como si nada. En cambio a mí esa desgracia me llegó a lo más profundo del ser por haber sido el primer gran sufrimiento de mi vida. Mi mamá me quiso y me protegió con mucha dedicación, tal vez por ser su único hijo y quien ya crecido le sirvió de compañía y de paño de lágrimas para su pena ocasionada por el abandono de su marido, con quien viviendo bajo el mismo techo estaba ausente entre ellos una comunicación afectiva y no digamos amorosa.

Yo aguanté con ellos hasta la muerte de mamá, pero cuando se dio el trágico suceso me quedé solo en la casa paterna, pues más pronto que rápido mi padre tomó lo indispensable y voló en busca de su otra mujer con la que tenía relaciones desde tiempo atrás, de lo que fui enterado después.

La casa donde vivíamos pertenecía a mi mamá, por lo que pude quedarme a vivir allí, siendo de ella por herencia y por habérmela dejado en testamento notarial, de esa forma se anulaba cualquier reclamación del viudo en caso de que así ocurriera, y bien hecho porque eso mismo ocurrió.

Mi papá se desentendió del deceso de su esposa, y no puso un solo centavo para los gastos del funeral. Todo estuvo cargado a mi cuenta, pero en verdad no lamento el gasto, pues se trataba de mi madre que sí me quiso y siempre me cuidó sobre todo durante la niñez edad muy peligrosa por variadas razones de todos conocidas.

En vista de no poder hacer efectivo el reclamo de la casa, mi papá dejó eso por la paz y nunca más intentó reunirse conmigo ante mi terquedad de no cederle nada de la herencia de mi madre por no merecerlo. Además no le hacía falta pues con el cargo que tenía en la burocracia estatal podía alimentarse holgadamente él y su nueva familia y le sobraba con suficiencia.

Yo no quedé solo pues desde unos cinco años atrás, me hice novio de una muchacha de mi misma edad, con la que trabajaba en el banco y en el trato diario laboral nos fuimos entendiendo hasta formalizar el noviazgo. Ya teníamos suficiente edad para casarnos pero por éste o por aquél motivo habíamos aplazado una y otra vez ese compromiso, pues sin llevar una relación bajo el mismo techo, nos queríamos muchísimo y teníamos nuestros encuentros de pareja con bastante regularidad sin desear la llegada de hijos, cuidándonos para que eso no ocurriera, y sin dar lugar a chismes o reproches de los parientes, ya que la costumbre de la vida conyugal era como Dios manda, hasta estar casados.

Para evitar broncas inútiles nos manteníamos a la necesaria distancia viviendo en nuestros respectivos domicilios, acudiendo al encuentro en fechas acordadas, pero con la discreción indispensable. Hoy en un lado y al siguiente en otro.

Nos habíamos jurado amor eterno, del bueno y estábamos por cumplir en el pacto más de diez años. Dirán que es mucho tiempo para estar en pareja de manera irregular, sin embargo nosotros no éramos de esa opinión, pues sentíamos querernos con intensidad, sin buscar problemas íntimos de gratis.

Mi novia dedicada a su trabajo fuera y dentro de su casa, una muchacha seria a la que antes de mí no le conocí otros amoríos. Quizás de jovencita los haya tenido pero nada en firme ni con la intensidad de lo nuestro, pues decía quererme como nunca antes lo había sentido. De buena figura, alegre, atractiva sin ser una belleza de película, pero guapa habiendo estudiado contabilidad en una academia particular y con eso le bastó para conseguir un buen empleo y después ir escalando posiciones cada vez mejores en la empresa.

Tenía una hermana mayor de edad, viuda a raíz de un accidente automovilístico de su marido, después de procrear a dos hijos viviendo como ella, con sus padres, el señor trabajando como economista en un despacho siendo socio junto con dos amigos, que le permitía una vida familiar cómoda y estable. La señora madre de mi pareja, dedicada a labores del hogar y como ella misma decía a pastorear a las sirvientas y a los nietos, mientras sus hijas se iban al trabajo.

De paso diré que a la viuda no le había dado por buscar nueva pareja según ella, como estaba decía estar bien con dedicación a la crianza de los hijos, quienes buen trabajo extra exigían. Esa situación también a nosotros nos convenía, pues nos apoyaba a mantener nuestra relación amorosa sin la crítica molestosa y en la sombra de la discreción conveniente.

En el devenir del tiempo de hecho nos olvidamos de un futuro matrimonio, al sentir innecesario semejante compromiso y estar acostumbrados a la rutina del trato diario establecido. De vez en cuando se les ocurría a los familiares cercanos, dejar escapar durante la plática lo extraño del noviazgo que siendo tan prolongado, no hubiera ni la mínima intención de formalizar la relación en un hogar propio. Nosotros como si no escucháramos o sea, la sugerencia nos entraba por un oído e instantáneamente nos salía por el otro, haciendo de inmediato cambio del rumbo de la conversación, con mucha suavidad para no dar motivo a la ofensa.

Digo, era lo mejor. Nuestro amor renacía cada vez con mayor fuerza con el paso de los años, y quizás llegaríamos a viejos conservando el mismo plan de vida en pareja. Sentíamos amarnos con intensidad

creciente en una entrega sincera, total. Éramos como se decía, una pareja al estilo de Romeo y Julieta, no tan jovencitos y eliminando desde luego, la parte trágica, pues la nuestra era una relación feliz sin persecuciones, sin nubarrones y sin tormenta de por medio, sino todo lo contrario.

Mi novia, mi amor de siempre, me correspondía por entero, y lo demostraba de múltiples maneras con el permanente crecimiento de la confianza mutua.

Los amigos estaban asustados por la terquedad con la que nos amábamos hasta considerar nuestra relación como algo fuera de serie, sin burlas ni interferencias indeseables, por el contrario recibíamos apoyos y felicitaciones, cosa que nos ha llenado de satisfacción y alegría, haciéndonos ver el futuro como lo mejor que nos puede suceder, sin la posibilidad de alguna duda o comentario desfavorable”.

Eran felices a su manera. La vida les sonreía como a muy pocas parejas estando juntas y bajo el mismo techo. Todo el mundo opinaba que la relación de ellos era por sus características, única, ejemplar, no contemplada en muchos años en un medio tradicional y costumbrista. Esa tipo de relación chocaba con lo de siempre. ¿Cómo era posible que se mantuviera una pareja tan dispareja, viviendo cada quien en su domicilio a lo largo de los años, sin la menor intención de formalizar la unión y ocupar el mismo espacio, el mismo nido de amor como la tradición lo aconseja?

Él afirmaba y repetía que para ellos dicha intención no representaba ninguna necesidad inmediata y menos mediata, pues el amor no tenía según pensaban y sentían, clichés o programas establecidos, y por otro lado cada quien tenía la libertad de decidirse en su sano juicio, por lo que mejor le acomodara.

El novio en pláticas con amigos insistía que nada de lo hecho con verdadero amor estaba mal, y en eso no había motivo para arrepentirse, aunque se viera la situación como algo raro o poco menos que desviado. El único caso en muchísimo tiempo de ver la vida en pareja con esa estructura, no se ponía a discusión pero tampoco aceptaban que fuera visto como algo anormal, y desde luego sin caer en el calificativo de perverso.

El joven ya maduro de edad por cierto, opinaba al salir a relucir el tema, que su amor por la novia era un amor sincero, inmenso y no lo cambiaría por otro aún en plan de aventura, por considerarlo un engaño, incluso una sucia traición a su amada, pues hasta el día de hoy su actuación en ese aspecto había sido irreprochable, confiando a su novia sus verdaderos sentimientos, y por ello no haberse arrepentido en ningún momento de su proceder en la relación con ella.

Por su parte la novia durante su estancia hogareña, se dedicaba a ayudar en las tareas domésticas y también cosía ropa propia y familiar como distracción, regresando de su trabajo en el banco y cuando no lo exigía su momento amoroso, con la entrega y la dedicación que ello requería y sin exigencia alguna.

No era su cuento establecer un compromiso matrimonial, sin hacer caso de las advertencias que entre otras cuestiones le señalaban el paso inevitable de los años, y que en alguna ocasión se dijera en cuchicheo refiriéndose a su persona como una señorita entrada en años, incluso en franco acoso como si se tratara de una señorita vieja, solamente diciendo la verdad y sin asomo de ofensa para ella.

En el tránsito por el camino de la felicidad se encontraron de improviso con la increíble noticia de la invasión del mundo por una enfermedad causada por un virus más contagioso que todos los conocidos a lo largo de la historia de la humanidad, algo no presentado desde los tiempos bíblicos según opinión de beatas y creyentes convencidos.

El alboroto armado fue alarmante ameritando fijación y vigilancia por parte de las autoridades correspondientes, sin dar crédito a los desastres que iba dejando el recorrido profundo y continuado de la maléfica enfermedad entre la población.

De un día para otro se daban en los seres humanos cientos de contagios con rapidez nunca vista, jamás imaginada, ni en sueños, transformando con cambio brusco el ritmo cotidiano de la vida, sin que nadie pusiera resistencia y menos pudiera impedir el avance inevitable del mal, que todos señalaban indignados como una verdadera maldición y sin explicación posible, pues si existían algunos pecados cometidos por la gente en la lista de la divinidad, no eran tan mortales como para ameritar un castigo de ese tamaño.

Los novios, sorprendidos e incrédulos, dejaron de asistir al trabajo por indicación del gerente del banco para iniciar su labor en línea en sus casas, como medida precautoria y con esa disposición evitar contagios en la sucursal, sin modificar los sueldos, cuestión vital para los amantes.

A su vez la pareja se adaptó a su nuevo desempeño pero lo que no aceptaron fue el cambio de su relación amorosa y su desarrollo habitual, porque dijeron convencidos, que eso ni la muerte lo impediría, pues su amor era para toda la eternidad, lo quisiera el destino o no.

Sin embargo como es de opinión general, no todo lo que se quiere se puede y el devenir trasnochado e inclemente de la pandemia traía consigo el cambio drástico social y familiar agradara o no, sin importar el decir de los vecinos.

Pasaron los días sin que alcanzara muchos contratiempos a los novios, quienes por lo sano que se consideraban, no les llegaría el mal y su rutina diaria no había cambiado mucho, excepto el aislamiento domiciliario y necesario.

Los padres de ella en su quehacer cotidiano, con el alejamiento del padre de su despacho y el de los socios, para evitar contagios y haciendo trabajo a distancia. La madre con la diligencia hogareña y en constante vigilancia del desempeño de las dos sirvientas para que no se “hicieran pato”, o incumplieran sus obligaciones, pero sin practicar las medidas sanitarias anunciadas con insistencia.

Debido a esa falla, un día de pronto una de las sirvientas, la de mayor edad, amaneció con molestias respiratorias, tos persistente, dolor de cabeza y temperatura elevada, por lo que se sospechaba neumonía y fue internada la mujer en un hospital público, siendo positiva a Covid-19 según el resultado de la prueba practicada.

Por el trato tenido con la enferma toda la familia de la novia, al practicárseles el examen para detección del coronavirus, dieron positivo el padre y la novia por lo que de inmediato fueron puestos en cuarentena estricta en su domicilio, con tolerancia hasta valorar evolución.

Pronto el señor, lábil por su edad avanzada inició síntomas de enfermedad respiratoria aguda y también requirió hospitalización y tratamiento

con protocolo de paciente grave, habiendo fallecido cuatro días después del internamiento. La madre y la hermana de la novia se encargaron de recibir las cenizas del fallecido, y ella por el confinamiento no pudo estar presente en el acto.

Lo temido por los familiares aconteció para llanto y sufrimiento de todos y en especial del novio de toda la vida de la enferma, quien a pesar de su relativa juventud también inició sintomatología respiratoria poco intensa en el comienzo pero después transcurridos unos cinco días, al agravarse su estado de salud y no responder al tratamiento en casa, hubo necesidad de internarla en el hospital.

Durante los días siguientes, el novio angustiado y sintiendo que se deshacía el amor de su vida, no se despegó ni un instante de su amada, con la protección obligatoria de por medio. El manejo médico prescrito no fue suficiente para detener el avance del mal en la enferma y luego de encontrarse en estado de coma inducido e intubada, con la gravedad no superada, el deceso fue inevitable.

Las cenizas de la novia y en consideración de lo feliz que la pareja había sido durante tantos años, los familiares estuvieron de acuerdo en entregárselas a su histórico amante.

En los días siguientes y según aseguraban los vecinos del novio, chismosos nunca ausentes, comenzaron a escuchar provenientes del interior de la vivienda, conversación en tono audible con las voces identificables del hombre y de una mujer. De manera aislada la voz masculina afirmaba, mi amor no te dejaré partir sola, mi cariño te acompañará siempre y te juro que yo estaré contigo muy pronto, recibiendo en respuesta de la voz femenina sin poder definir a la dueña, mi vida, yo en el más allá sigo amándote y en deseo continuo de volver estar a tu lado, preguntando el hombre, mi sueño de toda la vida ha sido no abandonarte como lo he cumplido hasta este momento y quiero seguir a tu lado para adorarte por toda la eternidad, con el agradecimiento de ella, y él pidiéndole que lo tomara de la mano y no lo soltara pues así sellarían de nueva cuenta su idilio.

De esa manera la conversación del interior de la casa se repetía todas las noches en parecido tenor, y ya la calificaban de “casa embrujada”,

con el miedo aparejado de los curiosos vecinos hasta llegar el día que de pronto las voces se callaron en silencio permanente.

Nadie intentó tocar a la puerta.

El complot

Anoche soñé con varios amigos médicos lamentables víctimas del Covid-19.
¿Querrán arrastrarme con ellos al Cielo?

La dupla

Del coronavirus y los setenta y cinco años del abuelo, resultó fatal para los sueños del viejo.

Junto a la cama

Recibió el resultado de la prueba del Covid-19 tres días después de practicarse la toma, habiendo salido positivo, lo que le indujo preocupación justificada debido a su edad pues había cumplido sesenta y cinco años en fecha reciente, con un gran festejo en el grupo familiar.

Dos días después de recibir dicho resultado tan perturbador, comenzó a sentir malestares diversos como dolor de cabeza, alguna dificultad respiratoria, leve sensación de quebranto corporal, intensificándose los siguientes días, que obligaron a sus familiares a llevarlo al hospital de inmediato.

Con increíble rapidez el enfermo pasó a un cubículo de terapia intensiva para control médico especializado con la advertencia a los parientes que el enfermo estaría aislado por los cuidados especializados que necesitaba.

El paciente tuvo que ser intubado por el deterioro de su estado clínico y ameritar inducción de un coma médico con la justificación de evitarle el sufrimiento aparejado.

Aunque la indicación médica exigía la separación de cualquier persona extraña al equipo de atención hospitalaria, apareció alguien a la cabeza del enfermo.

Era nada menos que la alevosa señora Muerte, con su vestimenta macabra, la guadaña, compañera inseparable, el rostro pétreo e indiferente, sin pizca de emoción alguna y menos la adopción de facies de queja o lamento, más bien de indiferencia con el mentón levantado en actitud desafiante y firme.

Esa presencia aterradora y prepotente era para intimidar al más plantado o como suele decirse en lo cotidiano, al más macho, sin embargo

en observación permanente y sin dejarse amedrentar, el Coronavirus salió al encuentro de la amenaza y con firmeza y decisión le reclamó de inmediato:

-Mira amiga, un decir por supuesto –advirtió-, este paciente me pertenece, así que tú no tienes nada que hacer con tu presencia a la orilla de su cama.

-Por lo pronto, por lo pronto, desagradable bicho.

-Como a ti se te ocurra pero por lo pronto también, tú nada tienes qué hacer en este cubículo.

-Me reservo el derecho de esperar, insecto. Soy paciente y más tarde que temprano ejerzo la propiedad en su momento.

-Piensa lo que quieras flaca inmunda, pero en este momento te invito a retirarte de este lugar, por no ser bien recibida.

-De acuerdo. Tienes una posesión transitoria del enfermo, no lo niego, y aunque a la larga puede superar su gravedad y no llegar a mis brazos que lo esperan con ansiedad, tú tampoco triunfarías con la superación del mal, y mi lamento de que así ocurriera, pues sería mía también la derrota, no te saldrías con la tuya, y ojalá eso mismo suceda con mi fracaso paralelo.

-Lo acomodaste a conveniencia pero es cierto, pues en caso de sanar el enfermo, el empate al no favorecer a ninguno de los dos, sería lo mejor para el paciente y nadie resultaría perdedor.

-Mientras con paciencia –advirtió la Muerte-, aquí me quedo junto a la cama y en tu desagradable compañía.

-Has lo que te parezca inmunda visión. Yo sigo en lo mío y te dejo porque tengo trabajo y sin tiempo para perder.

-Ninguno tiene el tiempo para perder, sin embargo eso no quita la realidad de tu maldad.

-Tampoco quita que tú seas también un ser perverso y desalmado.

-Soy buen fin para el que sufre y tú induces el sufrimiento.

-No aseguro lo mismo. Los dos somos causa de sufrimiento.

-Acabemos esta discusión aceptando ser ambos un final bondadoso para unos y para otros.

-Sí pues...

El “Limpiador”

La pandemia, conforme pasaban los días, las semanas, se hacía más agresiva en contra de los seres humanos, y éstos en indefensión se preguntaban por qué solamente a ellos atacaba el malvado virus y no lo hacía en contra de algunas otras especies animales, de preferencia tomando como víctimas aquellas que tantos males les procuraban.

Tal parece que la intención de la naturaleza fuera practicar una “limpia” de la raza humana, eliminando aquellos miembros que de una y otra forma representan un real peligro para sus congéneros, y ese peligro podría ser la no sobrevivencia debido a la sobrepoblación que en las últimas décadas se da de manera indetenible al no acatarse las medidas de contención pregonadas por la autoridad correspondiente, de la misma manera que sucede con las recomendaciones oficiales con fines de moderar el avance del Cobid-19, en la actual situación que se padece.

Alguien meditaba ante el panorama del mal inducido por la invasión del Coronavirus, en lo conveniente y necesario fuera de lo letal de la pandemia, de aprovechar la oportunidad que ofrecía, de hacer una limpia mayor de la humanidad para preservación de los humanos fuertes, sanos, y en especial los niños, siendo indispensable eliminar a otros con tantos inconvenientes, perjudiciales incluso para ellos mismos.

Sin echar a vuelo las campanas ante la tentadora y práctica idea no siendo ocurrencia personal sino derivada del hecho de que personas con alguna comorbilidad (para mejor entender, aquellas no sanas, o sea, diabéticas, cardiopatas, hipertensa, obesas, con cáncer), agregando a los discapacitados, viejos y otros, pues de alguna u otra forma representan un sector inútil y desechable, siendo una carga social, familiar, económica y otros flagelos que los acompañan sumamente dañinos para todos.

Viendo lo fácil y rápido que morían las personas integrantes de dicho grupo, no se podía pedir mejor oportunidad para apoyar la “limpia” humanitaria y ayudar al futuro desarrollo y bienestar de los mejor dotados. Eso le pareció una intención excelente y sin pelear la originalidad de la idea repito, era conveniente ponerla en práctica de manera inmediata, cuestión de no perder tiempo, sin dudarle un segundo.

Por otra parte no había motivo de lamento o duda por no haber pensado antes esa brillante idea con fines sanitarios, ni de reproches al no ocurrírsele previamente dicha posibilidad en favor de la humanidad.

Sin embargo todavía estaba a tiempo de poner manos a la obra en bien de todas y todos, fueran familiares, amigos, vecinos, conocidos, desconocidos, en fin, un ejército de personas por salvar y ponerlos a buen resguardo, en un ambiente de seguridad, fuera del alcance de gente enferma y prescindible y sin darle chance al Coronavirus del contagio peligroso y letal.

Planeo su intervención con tranquilidad a pesar de la exigencia de prontitud como lo ameritaba la caótica situación y sin desear ser considerado en un futuro inmediato y menos mediato, o sea, en el recuerdo histórico como un especie de “asesino serial” o algo parecido, ya ven que existen personas que se las dan de historiadores, desde luego algunos operando con la verdad, pero la mayoría de dicho gremio queriendo ser tomados en cuenta por sus escritos de juicios perversos y manipuladores, tergiversando con oscuras intenciones la verdadera realidad de los hechos.

Se armó de una libreta y un bolígrafo, sin intentar recurrir a ningún artefacto electrónico por no gustarle la tecnología aunque le aseguraban poder obtener con ella, mejores resultados y más rápidos. Prefirió hacer la tarea a la antigüita, pues le parecía más cómodo y sentirse más a gusto con ese proceder.

Con paciencia pero a la par con previa planeación, fue recorriendo calles con sus casas, primero en su barrio, luego invadiendo colonias vecinas anotando en su libreta a cada una de las personas con sus domicilios, edades, padecimientos, condición personal y algún otro dato de importancia sin necesitar hacer un recuento abrumador y cansado.

Esa primera etapa un tanto laboriosa, no lo desanimó y sí le hizo llegar nuevos bríos para lograr una lista lo más precisa posible definiendo las condiciones generales de sus objetivos futuros y poder hacerlos realidad en fecha próxima.

Fue agrupando en categorías específicas a las personas y de esa manera escoger el conveniente método de eliminación de acuerdo a sus características. Ese proceder lo consideró altamente científico y con muy pocas probabilidades de fallas. Por eso no pensaba ni deseaba que con el tiempo fuera considerado un vulgar criminal, pues realizaría un trabajo sin exigir compensación, sino con el único y loable fin de salvar a la humanidad de lacras indeseables. Por eso en su actuar no había mala intención ni intenciones de lucro, y mucho menos oportunismo político o protagónico. Eso se lo dejaba a gente de mala sangre, a quienes les gusta mercar por envidia o incapacidad sus acciones.

Después de meditarlo un buen rato llegó a la conclusión de que la mejor manera, o más bien, la forma más práctica de acercarse a sus futuras víctimas, dicho en el sentido útil de la palabra, y después de haber integrado un inicial listado de personas elegidas para la primera etapa de su trabajo como “limpiador”, fue contactar con ellas ya fuera personalmente por relación previa o en comunicación por otro medio.

De inicio cuando lograba relacionarse con la persona elegida, a base de halagos y sutilezas parecidas, la invitaba a platicar en algún parque retirado del domicilio en una hora propicia. Después de un tiempo de la charla amena, sugería ir a su domicilio a tomar un café esperando fuera de su agrado acompañado de un bocadillo al gusto, para que llegado el momento, la víctima regresara a su casa, desde luego un decir, pues finalizada la conversación, solo le sería posible salir del sitio de reunión en una bolsa de plástico jumbo para luego ser colocada en la cajuela de su auto con destino a un predio en las afueras de la ciudad, despoblado y lejos del barrio. Más adelante completamos este proceder técnico.

Después de revisar bien el plan de trabajo, en la forma antes descrita, inició la cacería de humanos empezando por el primero de la lista.

Pasó el tiempo y los cadáveres se descubrían con cierta frecuencia como bultos de basura o por el olor putrefacto que despedían y

sorprendían a caminantes ocasionales que transitaban cerca del sitio del depósito.

El “limpiador” escogía a sus candidatos de acuerdo a su lista previamente depurada según el padecimiento, la edad de la persona el género de la misma, pudiéndose tratar de diabéticos con o sin control, complicaciones presentes o no, cardiópatas, gente con diagnóstico reciente o en fase avanzada, hipertensos o cualquier otro mal.

Apegado siempre a la lista previamente integrada y también siguiendo la técnica definida para las eliminaciones decididas, que después de varios logros había demostrado eficacia, a pesar de correr uno que otro chisme relacionados con los decesos, se solía achacar la muerte de las personas a la edad avanzada o bien al deterioro orgánico debido a los padecimientos crónicos presentes en ellos y el desafortunado injerto del Covid-19.

La policía por su lado se encontraba desorientada por la finura de actuación del “limpiador”, sin sospechar la identificación del escurridizo sujeto, quien no solía dejar huellas de sus acciones y menos vanagloriarse de ellas, realizadas con discreción absoluta, convencido de que su trabajo era una modesta muestra de su recto juicio, con satisfacción personal indiscutible, y una oportunidad de salvación y felicidad para gran parte de la humanidad.

Por otra lado se jactaba en su manera de apreciar la situación, de que sus métodos de eliminación no inducían sufrimiento a las víctimas, pudiéndose resumir con el esquema siguiente: una vez que la persona era elegida, ya estando en el domicilio del ejecutor o “limpiador”, en un ambiente de entusiasmo y grata plática, de agasajo para el invitado, éste no evitaba dormirse plácidamente sentado en su silla, por efecto de un hipnótico puesto en el café o en el bocadillo ofrecido. A continuación seguía la rutina de la muerte como se mencionó, sin sufrimiento alguno del visitante, además sin derramar una gota de sangre. De inmediato daba los siguientes pasos de su proceder que hemos señalado, por lo demás muy elementales.

En ese tono transcurrieron varios meses ante el pasmo del público, no se diga de los vecinos, y el desconcierto de la policía investigadora,

quien no daba “pie con bola”, por lo inédito de los acontecimientos al borde del desaliento.

Después de un tiempo de trabajo continuo e intenso aunque orgulloso con lo realizado, el “limpiador” como miembro del grupo de la tercera edad, comenzó de un día para otro a sentirse cansado pero no desalentado y sí con la necesidad del descanso.

Hubo que hacer un alto en el quehacer impuesto, no siendo posible la continuidad de su alentadora tarea, cuando había completado más de la mitad de los miembros de su lista, siendo a la fecha muchos éxitos logrados.

Siguió con discapacidad por la enfermedad que lo aquejaba aunada a la desesperación por no poder continuar con su labor de salvación para la humanidad, sin que se pudiera controlar su mal pese al tratamiento médico y también psiquiátrico instituido, como fue aconsejado al verlo en situación tan preocupante.

Era tal su deterioro general que lo obligó a dejar de relacionarse con sus vecinos, al no poder superar la triste y cansada vida que lo abatía día con día.

El velorio se realizó de cuerpo presente organizado por sus familiares quienes supusieron como causa del suicidio, la depresión por la que estaba pasando en el confinamiento, ignorando la tarjeta que había dejado junto a su cuerpo diciendo: “No se culpe a nadie de mi muerte. La “limpieza” en bien de la humanidad debe continuar”

La bailarina

Danza en la soledad del estudio. Acepta la oportunidad del aislamiento necesario. Es Covid-19 positivo.

La vieja

Sentada en su silla de ruedas frente a la ventana de su cuarto, observa con melancolía y sin memoria, caer la lluvia. Se duerme. La lluvia cesa.

Valle de Bravo, Edo. Mex. Nov. 2020

Tiempos violentos

Una ciudad violenta

Un ¡ta-ta-ta-ta-ta-ta...!, interminable y brusco se escuchó proveniente de un lugar cerca de donde yo me encontraba en pleno centro de la ciudad. Ante tal ruidajal y sin poder evitarlo, se me frunció el ánimo y mi corazón trepidaba sin control en el pecho, y no me lo dijeron pero seguro mi cara se puso color papel bond blanco.

De primera intención no supe qué hacer. Paralizado como un pendejo, mi cuerpo comenzó a temblar y a ser zarandeado como hoja al ventarrón sin acertar escapar. Pero ¿escapar de qué? Por Dios si esa vez no me había alcanzado. Estaba nervioso pero estaba. Pobre al que le llegó la joda o la hora. Da igual.

Con más calma y dentro de un almacén como refugio temporal, pude meditar sobre lo ocurrido. No fui yo pero pude haber sido sin serlo por ahora. Haciendo compras sin comprar nada, me llegaron los recuerdos, el pasado tan próximo de mi alma alterada seriamente. Ya en ocasión anterior había sentido la muerte muy cerca sin deberla ni temerla. Desde luego nunca falta un motivo para el miedo sin ser mi costumbre. En ese momento sí sentí un poco o un mucho de temor, pues era tanto como enfrentar en completa indefensión al enemigo. Y se entiende, si alguien te amenaza de frente, tienes la oportunidad de medir el poder del contrario, pero en la indefinición de una voz, de un escrito anónimo o cualquier acechanza parecida, la vida se vuelve una duda cruel y poco se le concede a la víctima para su defensa o la escapatória en su caso, ni siquiera siendo hábil, valiente u oportuno. No salva nada. Ni la audacia, bueno, ni la encomienda a Dios o a la virgen. A nada ni a nadie.

Intentando ver prendas y etiquetas logré algo de sosiego y mi tranquilidad recuperó terreno. Se asentó la conciencia y siguiendo el ejemplo, viendo sin ver, me hundí en colores y formas, sin más intención

que el olvido imposible. Estaba vivo, las balas no me alcanzaron. Por lo demás, no hubo posibilidad de que eso ocurriera. Quería ser optimista desde un nerviosismo dominado. Sin embargo, no hubo victoria qué contar, pues la persecución continuaba y tenía que permanecer alerta.

De la ciudad reducida y provinciana no quedó nada o muy poco. La modernidad con su enorme carga de inconvenientes nos arrolló. El cambio fue increíblemente rápido, y los que en ella crecimos no encontramos lugar para ensamblar la nostalgia, la rara emoción de solazarnos con la pérdida y lamer las heridas ocasionadas.

Era diario y es, la ocurrencia de levantones, secuestros, asaltos, ejecuciones, aparición de cuerpos decapitados y cabezas humanas rodando por las banquetas. Algo increíble. Nunca visto en el pasado. Horrorsa realidad decían vecinos alarmados hasta el sombro.

Los medios de comunicación solzados con tan inéditas notas, aumentaron su capacidad de penetración pues nunca antes se había vivido semejante clima de violencia en nuestra provincia.

Lo cierto es que todo se ha vuelto un desbarajuste ante tanta delincuencia y la inseguridad reinante que ha obligado a más de una familia a irse fuera del estado. Las más amenazadas han sido las familias con poder económico conocido, las que forman parte de una lista negra como candidatos a la muerte, al secuestro o al rescate mediante un pago millonario que tampoco era garantía de salir bien librado. Para mi desgracia yo estaba incluido en dicha lista en un lugar de honor, es decir, entre los primeros.

Por esa razón ni en mi casa me sentía seguro. Ni en ningún sitio. A la familia tuve que mandarla a otro lugar fuera del estado y vive en Houston, E. U. Yo también emigré aunque por los negocios es indispensable regresar de vez en cuando, pues no es posible dirigirlos de manera virtual o a través de terceros, y como dicen, al ojo del amo engorda el caballo.

Augusto es un chavo cuarentón como yo, un amigo desmadroso y enamorado como su madre, como adolescente de toda la vida. Hice amistad con él en la Cámara de Comercio de la que somos socios, Tiene un negocio aquí en la Zona Luz, ah, pero para asegurar la papa de todos

los días y poder ahorrar según él, trabaja en el gobierno con buen cargo, porque asegura tiene amistades políticas de alto nivel y le va muy bien. No se queja.

Nos encontramos por casualidad caminando por la calle Aldama y decidimos tomar un café y platicar. Tomé la ocasión como oportunidad de catarsis. Me habló de su nueva aventura, una chamaca de buen ver, empleada de una boutique cerca de donde estábamos. No te vas a corregir jamás. Aseguró, eso nunca, ni muerto. No hables de muertos le dije, y a propósito de muertes, le solté mi rollo como puerta de escape. Algo sabía dijo y carajo, sí que estás en serio problema. Yo como no hago ruido con mis ingresos, no creo que me toque algo parecido, si no, también estaría de la chingada. Yo tampoco he sido blofero y menos bocón, lo que pasa es que la delincuencia con toda seguridad tiene comprado a uno o varios de mis empleados quienes son los informantes. Y esto no tiene para cuando terminar. Debes cuidarte muchísimo hermano. Debes exigir protección a las autoridades y se pongan a trabajar los muy guevones que para eso les pagamos. Te digo, no se puede confiar en nadie. Solamente defendernos por nuestra cuenta y encomendarse al cielo, a ver si no nos toca.

En ese tono transcurrió la plática hasta la despedida. Te deseo éxito en tu nuevo intento amoroso y saludos a la familia. Yo te deseo más suerte y abre bien los ojos. Estate muy alerta. Se trata del pellejo, y mi suerte me la hago yo siempre. Tarde o temprano tengo éxito, gracias. Diez minutos después se soltó la balacera imprevista.

Estoy condenado a muerte. Clarito me lo dijeron, si no colaboras serás el siguiente cadáver. Los hijos de puta me tienen muerto en vida, pero me voy a sostener en lo dicho, ni un peso a la delincuencia y háganle como quieran. No soy muy macho, ni siquiera macho, solamente he decidido aguantar aunque me haga en los calzones. Total, estoy casi muerto o a punto de morir. Un infarto, el estrés, la gastritis, la diarrea, todo un tratado de enfermedades. Estoy realmente enfermo pero me muero en la raya, y sostengo lo dicho, no me sacarán un solo peso por pago de protección. Huelo a necio, pero la extorsión me la paso por los guevos, no importa que éstos sean de un cadáver que todavía se mueve.

No sé cuanto tiempo más se alargue esta situación. Van dos años y no existe probabilidades de solución ni siquiera mediata. Nomás no la veo, pues el aparato oficial del gobierno que pregona velar por la seguridad de los ciudadanos, brilla por su ausencia y la corrupción agregada es paralela. De fuentes bien informadas es cierto que existe amplia infiltración de parte de la delincuencia en el poder judicial y en los cuerpos policíacos. En tales condiciones ¿qué nos resta a los ciudadanos por hacer? ¿Huir?, No es una solución conveniente por lo menos en mi caso. ¿Entregarse al hampa y aceptar sus condiciones? Estoy volviéndome loco y no sé qué hacer.

En mi anterior estancia relámpago, fui localizado inmediatamente y una llamada a mi celular lo confirmó. Exactitud perra. Todos son cómplices. Todos unos hijos de la chingada.

La nota en la sección policíaca de los diarios fue escueta: Conocido hombre de negocios de la localidad fue balaceado al salir de su empresa junto con sus dos guardaespaldas al intentar abordar su camioneta blindada. Le dispararon más de cuarenta tiros con armas de alto poder. Los asesinos, como ocurre siempre en estos casos, se dieron a la fuga y no hay detenidos ni pistas de los agresores hasta el momento.

La salida del callejón

Augusto se mueve como león enjaulado dentro del departamento alquilado en la colonia Narvarte de la ciudad de México. Tiene conocidos y algunos parientes en la ciudad. Nunca los ha frecuentado y por su actividad empresarial está relacionado con algunos proveedores, sin un trato cercano como para invitarlos a tomar un café o a una comida con la camaradería necesaria en alivio de su aislamiento.

Asiste tres veces a la semana a un gimnasio cerca de donde vive, durante una hora que lo ayuda a disminuir el estrés. Camina por los alrededores de la colonia con bastante confianza, mayor que si anduviera por las calles de Villahermosa, y hace los tres alimentos en un restaurante de la esquina, donde la comida le parece sabrosa y variada. Entre ratos lee algún libro sin ser muy aficionado a tal actividad.

Lo agradable para él, sentarse frente a su computadora y revisar información, en especial la concerniente a su empresa, y lo relacionada con la inseguridad y toda su endemoniada estructura junto con el actuar de la delincuencia, a cuyas gracias debía su actual situación de desterrado en el propio país, pero sobre todo, entablar comunicación con su lejano amor Alma, su alma gemela según confiesa.

Con ella platica de todo, de la soledad que lo desespera, de la distancia que los separa, del temor su inseparable compañero, de sus negocios vigilados con tecnología virtual, de su amargura por no poder estar juntos, desde luego de su amor en crecimiento todos los días. No sé qué me diste. Me traes como loco. Un dolor indefinido me abraza el pecho al no verte, abrazarte y besar tus labios. Tanto tiempo alejado de ti sin saber cómo he podido soportarlo, sin tu aliento en mi boca, condenado al aislamiento, sin deberla ni temerla, siendo un ciudadano responsable y trabajador, honesto y sin vicios.

Muy enamorado de ti mi Alma ¿y tú mi amor? Deja de lado eso y mejor hablar de nosotros, de nuestro amor, de poder tenerte conmigo y para eso quiero ir por ti este fin de semana. No voy a poder. Yo también tengo dificultades, mejor dicho, mi socia y yo. El negocio no va como quisiéramos. Tal vez en dos semanas más. ¿Estás de acuerdo amor? Ven a Villahermosa y hazlo con la debida discreción.

Mi vida, no hay posibilidades de discreción. Me localizan de inmediato. Los sinvergüenzas tienen orejas en todas partes. Reinita mía, no sabes lo desesperado que estoy con esta situación. Todos los días pienso en ti. Necesito verte.

A mí me pasa lo mismo cielo, pero...permíteme tantito. Tengo que dejarte. Acaban de llegar unas clientas buenísimas que siempre compran montones de ropa y con esa compra salvo el día e incluso la semana. Luego seguimos platicando amorcito.

He sabido de sus cabronadas pasadas. En la actualidad no me consta que las repita. Amalia siempre ha sido muy coqueta y al casarnos yo lo sabía, sin embargo la buena posición económica de mi suegro me aseguraba un futuro bienestar nada despreciable. No puedo quejarme. También las buenas relaciones políticas de su familia nos han ayudado mucho. Mauricio es uno de mis mejores amigos aunque un gran cabrón. Él fue quien me consiguió el cargo de director general con gran sueldo una especie de blindaje oficial aunque eso a los secuestradores les vale madre.

Él es buen amigo, la cabrona es mi mujer que le gusta jugar a la liberación femenina, y no pierde oportunidad de demostrar sus dotes de hembra fatal. De buena fuente estoy enterado de que con el pretexto de conservarse en buena forma, asiste con extrema puntualidad a sus clases de gimnasia, donde la atiende un chavo, su entrenador, con el que se entiende de mil maravillas según dice, y lo admira por lo bien formado de su físico. ¿Hasta dónde ha llegado con él? No lo imagino ni me importa ahora. Allá ella y su rollo. Con Alma de mi alma me basta. Es el amor de mi vida, y deseo conservarla a mi lado por el tiempo que me resta de vivir. Poco o mucho pero junto a ella.

El vuelo fue tranquilo, sin contratiempo alguno. Augusto sentía nuevamente la satisfacción de respirar el aire de su tierra en una fresca tarde y acariciar la cercanía de su amada. Extrañaba el verdor y el agua en abundancia. Aceptaba convencido lo difícil de su situación fuera del estado y de su empresa. Muy lejos de Alma, su realidad dorada a quien cada minuto deseaba más. No era nada fácil su vida en condiciones límite, siendo su mayor aliento el amor por ella, que lo conducía al ensueño y el disfrute del mundo.

No pudieron venir al aeropuerto por él y se vio obligado a pagar un taxi sin duda alguna. El vehículo cómodo y del año, avanzaba por la autopista a Villahermosa a velocidad moderada. De pronto a mitad de la ruta, se le emparejó una camioneta color negro, y de las ventanillas salieron varias armas de alto poder acompañadas de gritos en atropello. ¡Alto cabrones! ¡Párate buey o te lleva tu puta madre! ¡Rápido detente cabrón!

Nos cerraron el paso y al chofer no le quedó otra y se estacionó con la camioneta negra adelante y una más atrás. El pobre hombre quedó paralizado sobre el volante muerto de miedo y pálido como un cirio. Bajaron dos individuos de los vehículos, cubierto el rostro con pasamontañas y armas apuntando hacia el taxi, exigiendo a gritos que saliera el pasajero. No dieron tiempo de nada. Abrieron con brusquedad las puertas del carro y se fueron contra Augusto forzándolo a bajar a jalones de la ropa y de los cabellos. A base de golpes y patadas fue introducido al interior de la camioneta delantera, y puesto a ras del piso en el asiento posterior. De inmediato le vendaron los ojos con cinta canela, y con gritos de amenazas emprendieron la huida hacia el Arco Norte que recorrieron hasta la avenida Universidad en dirección al centro de la ciudad, sin tener ningún contratiempo. Un secuestro anunciado y con relampagueante rapidez.

Vidita, pasé las de Caín y casi me hago en los calzones en el piso de la camioneta, con las patas de los infelices sobre mí y la punta de una pistola puesta en mi nuca, y amenazas de muerte si intentaba alguna jugada. Sentí que enfilaron a lugar desconocido y en cuestión de treinta o cuarenta minutos de viaje, fue mi cálculo, se estacionaron en un lugar

polvoso, una construcción como se comprobó después, donde me bajaron a base de golpes en el cuerpo y en la cabeza, me hicieron caminar por un sendero empedrado hasta un sitio con olor a cemento fresco. Fui forzado a sentarme a ras del piso con orden de no moverme. Obedecí sin ninguna otra posibilidad. Pensé que si actuaba con obediencia, al menos conservaría la vida.

Una vez que el resto de la pandilla se fue hablando en cuchicheo, me dejaron con un cuidador que se me acercó poniéndome la punta de una pistola en la cabeza y dijo, si intentas algo raro, te doy un tiro y adiós. Nosotros no somos asesinos, solamente ladrones, pero a veces nos obligan a disparar. Como para alegrarme hijo de la chingada, pensé. A esas alturas ya había superado el miedo extremo. El cuidador no volvió a hablar. Pasado un tiempo se puso a silbar un corrido. El siguiente lapso se me hizo eterno hasta pasado no sé cuanto tiempo, comencé a escuchar gritos lejanos, balazos, y mi custodio emprendió la carrera olvidándose de mi persona. Pocos minutos después sentí que era levantado en vilo, me cortaron las amarras de las muñecas y pude quitarme la cinta de los ojos con gran sufrimiento por lo adherido de los vellos.

Al encarar a los recién llegados, me dijeron que eran agentes ministeriales y que estaba a salvo. Los plagiarios fueron detenidos y serían consignados. . Más tranquilo, subí a uno de los vehículos oficiales con muestras de haberla librado. Seguía vivo, lo más importante para mí.

A la par, lo que me has contado Alma de mi alma, al enterarte por la TV, hiciste una llamada anónima a la policía, y con los datos que les diste, localizaron a la banda de delincuentes y pudieron dar con el lugar donde estaba secuestrado, en la colonia Casa Blanca. Debo mencionar que Amalia y Mauricio se movilizaron por su lado para conseguir de inmediato el monto del rescate solicitado. Lo que les agradezco, pero fue tu llamada mi salvación y tú mi salvadora. Te debo la vida y te voy a pagar la deuda con el gran amor que siento por ti, vidita.

-Amor, debo decirte algo que no sabes.

-Dime reinita...

-Espero que comprendas y me perdones.

-¿Perdonarte qué mi vida? Yo soy el que está en deuda contigo.

-Cuando te diga lo que vas a escuchar, temo que cambies de opinión.

-No mi amor. No es tan fácil.

-Los chavos que te secuestraron eran amigos de mi difunto marido, el Mariano, ¿te acuerdas de él? Murió en el primer intento de secuestro que te hicieron...

-¿De veras? ¿Por qué no me lo habías dicho?.

-Te pido que no te exaltes ni grites. Este es un sitio público y hay mucha gente.

-Perdóname vida, pero no comprendo.

-Te advertí que no me perdonarías al saber lo que te he contado. Lo oculté todo este tiempo hasta ahora por pensar que no volvería a ocurrir...

-Mi vida, como has sido de cruel conmigo. Sabes que te amo y te amaré siempre y no fuiste sincera conmigo. ¿Por qué? ¿Por qué?

-Te vuelvo a pedir perdón. La pesadilla ha pasado. Es el momento de tomar las cosas con calma y si lo consideras conveniente, terminamos y adiós.

-Sigues siendo cruel conmigo. Sabes que te amo y no quiero perderte. No podría vivir sin ti. Abrázame. Abrázame fuerte que tengo ganas de llorar.

El juramento

Cumplía una sentencia de treinta años de prisión por varios delitos cometidos. Sin embargo, por su buen comportamiento y las súplicas insistentes ante la autoridad al jurar no volver a delinquir en su vida, su sentencia logró disminuirla a menos de quince años.

Llegado el día de quedar libre y por traidor, fue asesinado en su celda, cumpliendo de esa manera el juramento previo.

Otro secuestro

Don Enrique fue un hombre cabal, íntegro, muy trabajador, de buen carácter y de actuar decidido, intolerante hasta cierto nivel y aceptador de las buenas acciones, derecho en su actuación según opinión de los vecinos y compañeros de trabajo. Siendo muy joven heredó de su padre un pequeño comercio, hijo único, criado a la usanza tradicional, conducido en su educación inicial dentro de márgenes rígidos impuestos por la tradición y el costumbrismo familiar, tomando el ejemplo del desempeño en el trabajo de su señor padre, y en segunda instancia por la enseñanza obtenida en la educación primaria, la que afortunadamente terminó y no necesitó mayor instrucción para hacerse cargo del negocio heredado, que fue engrandeciendo con su dedicación a la fecha convertido en un gran supermercado, con enorme capacidad de almacenamiento y ofertando amplia variedad de artículos de muy variada procedencia y de la mejor calidad.

Se casó bastante joven con una señorita adolescente de buena familia, quien lo atrapó según confesión de él mismo, de carácter alegre, que con toda seguridad le endulzaría la vida, suavizando su dedicación al trabajo en el que se empeñaba para triunfar, puesto como principal objetivo en favor del bienestar personal y familiar.

La pareja se acopló de inmediato, no obstante el carácter fuerte si no brusco del señor, y de esa manera lograron la armonía en poco tiempo de convivir como tal, preservando las normas familiares previamente inculcadas desde las respectivas familias de origen. Desde luego aceptando la joven su papel de ama de casa y el acompañamiento de su esposo en plan de proveedor y sostén del hogar.

Todo marchó en buen plan durante muchos años con la realización aparejada del feliz desarrollo familiar, nada despreciable. Tenían

satisfechas todas sus necesidades. No les hacía falta motivo alguno de quejas, siendo la mayor felicidad para la pareja, la instauración de la paternidad con la llegada de sus dos hijos, niños inquietos y por lo mismo sanos, con diferencia de tres años en las edades.

El progreso familiar se prolongó durante varios años con el crecimiento paralelo de los dos niños quienes se hicieron adolescentes en franco proceso de educación contando con todo lo indispensable para su desarrollo, pero eso sí, sin lujos o excesos de por medio, aspecto que los jovencitos comenzaron a cuestionar con discreción, pues teniendo una posición económica semejante a la de sus amigos, mucho de lo que otros presumían, los hermanitos sentían carecer.

O sea, también aspiraban a vestir ropa de marca, no como la que su padre les obligaba a usar y vendía en su negocio, lucir alhajas y relojes de marca exclusiva y mayor valor que los adquiridos por sus padres, zapatos de última moda, irse al colegio en sus propios vehículos y todo lo relacionado con una imagen para no sentirse menos que los demás.

Nunca habían intentado plantearles a los padres abiertamente esos deseos porque conociendo su manera de ser, seguramente se negarían a complacerlos, sin embargo cada vez se hacían más presentes dichas intenciones a medida que los jovencitos se convertían en mayores de edad y estudiantes de licenciatura el mayor y de preparatoria el menor.

Ya no les importaba lo de tener dinero y ser discretos “niños ricos” debido a los tiempos violentos que se vivían en la actualidad, con una activa delincuencia desatada en sus acciones agresivas, con las terribles consecuencias de todos los días, una publicidad escandalosa en los medios de información, periódicos, televisión, redes sociales, e inducción de temor justificado en la sociedad, obligando al resguardo necesario y a la toma de medidas de prevención, situación que empeoró con la llegada de la pandemia del coronavirus, haciendo también su propia maldad.

En esas se estaba cuando ocurrió lo inesperado e indeseable. Un medio día de buena venta en el supermercado de don Enrique, se presentaron en el negocio, tres individuos con cubreboca que pasaron como clientes sin sospecha de torcidas intenciones.

A una de las cajeras le preguntaron dónde estaba la oficina del gerente diciendo que eran enviados de la compañía que surtía de abarrotes la empresa para entregarle unas facturas pendientes.

La empleada sin percibir malicia alguna, les señaló con el dedo índice de la mano derecha, la puerta de la oficina correspondiente, sin dejar de atender al cliente en turno. Seguidamente uno de los recién llegados permaneció cerca de las cajas y los otros dos se encaminaron con agilidad a la entrada del despacho señalado. Abrieron la puerta que no tenía seguro por lamentable descuido del dueño, con rapidez la cerraron tras de sí, sorprendieron a un señor de unos sesenta años sentado detrás de su escritorio, al que encañonaron y le ordenaron que entregara todo lo de valor en su poder incluyendo celulares, cartera, reloj, cadena y el dinero de la caja fuerte, de inmediato.

Don Enrique, sabiendo de asaltos anteriores de parecido corte, les solicitó a los delinquentes calma y les entregaría lo que le solicitaban, pero que no lo fueran a lesionar.

El señor después de desprenderse de todo objeto personal de valor, y con la amenaza del cañón de un arma de fuego, se dirigió al sitio de la caja fuerte. Luego de aplicar la combinación exacta, abrió la puerta y metió la mano para retirar no los valores, sino un revolver con la firme intención de frustrar el atraco, sin medir las consecuencias por el enojo que lo ofuscaba. El delincuente que daba las órdenes y muy atento a los movimientos de la víctima, con la rapidez de la experiencia en esos trotes, disparó primero al tórax del empresario que cayó bruscamente en el piso herido de muerte.

Acto seguido los asaltantes después de guardar en una bolsa los valores y ordenarle recoger el dinero de las cajas y los celulares, bolsas y carteras de los clientes en la entrada, a la persona que estaba de guardia, abandonaron el super abordando un vehículo donde escaparon, no sin antes amenazar al personal quedarse quieto o atenerse a las consecuencias.

La infausta noticia fue un duro golpe para la familia, los comerciantes compañeros del difunto, los vecinos, quienes de inmediato, después de lamentar el crimen exigieron en las redes sociales y llamadas con

insistencia a las autoridades, la investigación del asalto y la aplicación del castigo según la Ley a los culpables. También redoblar las medidas de protección a la ciudadanía así como el combate a la delincuencia en franco crecimiento y con impunidad absoluta.

El funeral por indicaciones de doña Delfi (Delfina) la viuda, se realizó con modestia y aunque la causa del deceso no fue el coronavirus, quiso que se le cremara y poner la urna con las cenizas del difunto, en un pequeño altar en la propia recámara donde habían vivido los mejores años de su vida en pareja. Una historia de amor y entrega durante los años que permanecieron juntos como era frecuente que se diera en épocas pasadas.

Los hijos del matrimonio, el mayor de ellos, Quique, y el menor, Quico, como familiarmente se les conocía desde pequeños, quedaron huérfanos de padre al final de la adolescencia época en que se agudizan las inquietudes por la vida y sus novedades, y en la que se sienten ganas de saltar el océano y comerse el mundo con la intención de fijarse metas ambiciosas y con justa aspiración, escapando de las limitaciones impuestas por los padres con rigidez agobiante que así lo sentían ellos.

Ese tipo de educación familiar autoritaria, la toleraron los jóvenes no sin algo de fastidio aparejado y en muy contadas ocasiones, con muestras de descontento que les acarrearán reproches inmediatos y sin derecho de réplicas.

Ya crecidos lo que más les dolía era que las reglas de conducta en general, las imponía el padre con la aceptación tácita de la madre. Por eso mismo no se atrevían a contradecir órdenes, pues el regaño o el castigo no se dejaría esperar, y no les resultaba nada grato cargar con las consecuencias de la rebeldía.

La madre por su lado sobre llevaba con tranquilidad el carácter duro de su marido sin que su conducta fuera del todo complaciente y recibir muy de vez en cuando alguna queja de sus hijos, actuando siempre de manera discreta, con el fin de preservar la convivencia al interior del grupo.

Muerto don Enrique, la señora Fina, que sabía del manejo de los negocios por inducción del señor, se puso al frente de la empresa y de todo

lo relacionado con las finanzas de la familia. Situación que los hijos unos jovencitos hechos y derechos, consideraron propicio para la superación de sus deseos de mejoría económica frustrada durante tantos años por la imposición paterna.

Sin embargo los muchachos no sintieron muy favorable el cambio en la jefatura familiar, pues la madre aceptadora de las costumbres de su esposo evitando derroches y excesos en el consumo diario, habiendo hecho el capital que poseían a base de trabajo y constancia permanente, siguió sin cambiar su rutina en el actuar de mucho tiempo, actitud que no fue del agrado de sus hijos, quienes sintieron un inmediato rechazo de continuar viviendo con más de lo mismo, o sea, con las carencias de siempre, en un ambiente mediocre y despreciable muy distante del estatus cómodo de sus amigos cercanos.

Recordaban los jóvenes con tristeza y disgusto la educación impuesta de estrecheces y privaciones con el fin de que apreciaran el valor del dinero logrado a base de trabajo, esfuerzo y limitaciones convenientes, como el padre aprendió de su propio padre, abuelo de los muchachos. Desde luego esos eran otros tiempos, pero los valores nunca deben perderse aseguraba como justificación de su proceder.

Siempre asistieron a escuelas públicas como cualquier hijo de pobre, pues deberían evitar ínfulas de superioridad y orgullo inútil y en cambio, apreciar la amistad de compañeros de recursos económicos limitados, y no verlos como seres inferiores. Esto, mucho menos.

Un tiempo después de la ausencia del padre, continuaron realizando sus deberes como era la costumbre, ahora según el criterio de la madre, es decir con la cotidianidad impuesta por el señor y continuada como una calca por la señora. Persistieron las limitaciones personales en todos aspectos, hasta alcanzarles el momento del fastidio, y ocurrir la rebelión de los jóvenes aunado al reclamo firme con la exigencia impostergable, de declararle a la madre la necesidad de un cambio en el ritmo de vida familiar con mayor apertura y libertad y menos limitaciones como las sufridas hasta la fecha. Pese a la insistencia, no lograron convencer a la señora con terquedad “montada en su macho” como popularmente se decía.

En el colmo del fastidio debido a las estrecheces económicas, Quique en plena educación universitaria inscrito en una universidad pública por supuesto, le solicitó a su hermano tener una plática en privado para discutir una idea que le daba vueltas en la cabeza, advirtiéndole que lo tratado en ese intercambio de opiniones debería ser un secreto entre los dos.

Poco tiempo después, un fin de semana, se dio el encuentro en un café del centro de la ciudad, en donde de entrada se estableció lo de la herencia del padre que pasó a manos de la madre de manera íntegra incluyendo las empresas, bienes raíces, cuentas bancarias, tarjetas de crédito, dinero en efectivo y unos unos tres millones de pesos guardados provisionalmente en la caja fuerte domiciliaria, producto de la venta reciente de un terreno de varias hectáreas a una compañía constructora para levantar en él un almacén de maquinaria.

Quique entonces en diálogo con su hermano, opinó respecto a esa situación no parecerle justo que ellos siendo los dos únicos hijos del matrimonio continuaran siendo tratados como sirvientes, pues también tenían derecho a un mejor nivel de vida y a ser partícipe de la fortuna heredada. Sin duda alguna ellos, como únicos hijos de la pareja y después de ser minimizados e incluso “maltratados” económicamente por siempre, ya era tiempo del rescate de la marginación crónica a que fueron sometidos.

A esos tres millones obtenidos en la última transacción comercial realizada por la madre, había que darle otros usos más allá del puro ahorro para futuras inversiones y el aumento del patrimonio familiar con el engorde de la cuenta en el banco. Ellos sí sabrían darle a ese dinero otros destinos más prácticos, más convenientes y lo demostrarían.

El joven de menor edad por un momento puso en duda lo planteado por su hermano, incluso señaló que no era correcto hacerle algo como lo propuesto a su mamá, recordando los buenos cuidados recibidos de ella y el cariño que siempre les había demostrado. Sin embargo, después de los argumentos contrarios a lo propuesto por Quique, el hermano terminó por aceptar lo planeado no sin antes preguntar:

-¿Y se puede saber los detalles de tu plan?

-Desde luego y en especial tú hermanito –asintió con seguridad Quique, agregando- ;Es muy sencillo pero pienso que es práctico y sin posibles daños para mamá. Te lo digo...

-Dime, te escucho.

-Mira, se trata de lo siguiente: debemos simular un secuestro y el secuestrado serás tú...

-¿!Yo!? ¡Estás loco cabrón!...

-No seas tonto. Todo será un simulacro y fuera de un pequeño disgusto para mamá y algo de incomodidad para tí, no será nada del otro mundo. Fíjate bien...La cuestión está en alquilar un cuarto de hotel en una ciudad del vecino estado de Veracruz durante unos tres días que calculo no dure más el movimiento, con suficiente dinero para tu estancia y subsistencia mientras se le hacen llegar los convenientes mensajes a nuestra madre anunciándole tu secuestro y ordenándole la entrega del dinero, el día, la hora y el sitio con el condicionamiento de no declararle nada a nadie, y la promesa de entregarte sano y salvo si seguía las indicaciones mencionadas sin intentar nada en contra por estar de por medio tu vida. Quico ante el maquiavélico plan solamente alcanzó a opinar con seriedad:

-Oye cabrón, le vamos a poner un buen susto a mamá...

-Tú no pienses en eso. El susto se le pasará rápido una vez que cumpla con lo pactado y te reciba sin un solo rasguño, vivito y coleando. Recuperará la alegría muy pronto y nada habrá pasado. Eso sí, yo creo que tendremos la necesidad de recurrir a la ayuda de otra persona, que tiene que ser alguien de nuestra absoluta confianza.

-¿Y en quien has pensado, si se puede saber? Porque esa es una decisión peligrosa.

-No te preocupes por eso. Yo he pensado en todo. Esa personita será mi novia Marisela a la que le propondremos por su apoyo una buena indemnización, desde luego previa advertencia de no ir con el cuento a nadie porque si nos descubren, nos pudrimos en la cárcel y adiós a la buena vida.

De inmediato, con aceptación mutua de lo acordado, iniciaron los trámites para la reservación del cuarto de hotel, se hizo la reunión con Marisela la novia de Quique, quien se negó de entrada incluirse en la perversa trama, pero su novio maquilló el asunto con necesaria y hábil labia insistiendo que con eso se podría hacer realidad la promesa de matrimonio lo más pronto posible, además de recibir ella una importante cantidad si se lograba concretar lo planeado, y desde luego con la advertencia de que si fallaban les iría muy mal seguramente.

La madre ignorando el abuso armado en su contra por los intrigantes y desalmados hijos, recibió poco después un sobre cerrado dejado por debajo de la puerta de su casa en donde le informaban el secuestro de su hijo menor con una escritura de caracteres cambiantes, indicándole de manera sencilla que estaban enterados de que guardaba una cantidad importante de dinero, alrededor de tres millones de pesos, y al mismo tiempo señalando la hora y el sitio de entrega de dicho dinero como rescate del joven y las señas de la persona que recibiría el envío.

La señora al darse cuenta que Quico no había dormido la noche anterior en su recamara y aun poniendo en duda que fuera cierta la amenaza previamente recibida, se dedicó a comunicarse con algunos amigos del joven y si se había quedado en alguna otro domicilio, obteniendo constantes negaciones.

Entre nerviosa y alarmada, sin declarar a nadie la desgracia que la atosigaba, termina por aceptar la triste realidad y decide con todo el dolor de su alma, superar la pesadilla que le acarreaba tanto sufrimiento, entregando de inmediato el dinero sin ser más valioso que la vida de su hijo por preservar.

En espera de nuevas indicaciones o muestras de la integridad de su hijo en un estado extremo de nerviosismo y llanto continuo y sin haber podido conciliar el sueño en ningún momento, sonó su teléfono celular y con la desesperación dibujada en su rostro estableció la comunicación con intensa ansiedad.

-Bueno, ¿quién habla?...

-Señora, disculpe la molestia, habla Marisela la novia de su hijo Enrique...

-Qué tal chamaca dime, ¿en qué puedo servirte?

-En mucho doña Fina y espero que la ayuda sea mutua. Con absoluta sinceridad le quiero confesar que este drama del secuestro de Quico, ha sido una mentira, un engaño urdido por sus hijos...

-¿Un engaño de mis hijos dices?...

-Quiero decir y acepto las consecuencias de mi participación aunque me pese decirlo, todo fue planeado por Quico mi novio...

-Pero qué estás diciendo chamaca, ¿es verdad eso que dices o me estás mintiendo para preocuparme?

-Todo es verdad pero no se altere. Le explico, sus hijos armaron todo el baile y a mí me jalaban después. Por mi amor a Quique y a pesar de considerarme con valores y principios inculcados por mis padres desde chiquita, convencida de mi honradez, acepté mi inclusión en tan desagradable asunto, pero el remordimiento no me ha dejado en paz en ningún momento, se lo juro y por eso la decisión de declararle mi arrepentimiento –agregando con ansiedad- :En esa argucia yo sería la persona de apoyo con el encargo de escribir los mensajes para usted y entregarlos en su casa y en el momento indicado, recoger la bolsa con el dinero del rescate.

-Increíble y malvado proceder de los tres...

-Ciertamente y estoy arrepentida de mi participación. Se lo digo con sinceridad y deseo hacer la reparación del daño que le hemos causado. Me explico: esto debe continuar y usted debe seguir en la onda, y cuando se comuniquen de un teléfono público, diga que ya puso el dinero en una bolsa resistente y sellada para evitar pérdidas, y pueden pasar por ella al sitio designado. Entonces me solicitarán pasar por la bolsa que usted habrá de llenar con periódicos y revistas acumuladas simulando pacas de billetes. Después yo les entrego la bolsa sin saber nada de su contenido. A cambio de todo lo dicho le solicito no me incluya en esta alboroto porque no quiero perder el amor de su hijo pues para mí es un buen muchacho y lo amo.

-Qué cosa tan terrible...

-Sí, pero puede no pasar a más y nadie debe seguir sufriendo. Será usted quien decida si procede contra sus hijos.

-Marisela, tú eres una chica sensible y nada tonta. Te doy las gracias por tu valiente decisión y tu honradez. Me has quitado un gran peso de encima.

-Señora, la agradecida soy yo por su comprensión y de hecho su perdón por el daño que le hemos causado.

-Gracias a ti hija, muchas gracias por tu sinceridad...

Es imaginable la reacción de enojo extremo que presentaron los hermanos al abrir la bolsa entregada por la muchacha al comprobar el engaño, siendo la primera sospechosa la misma Marisela, quien se defendió diciendo haber cumplido con lo pactado y no tener “vela en ese entierro”. Que investigaran con su madre lo sucedido, quien al enfrentarlos, dándoles una chinga de aquellas y mayores restricciones económicas, los puso a trabajar en el negocio como simples empleados.

Les aclaró que descubrió el engaño gracias a un agente viajero al decirle haber visto a uno de sus hijos en una ciudad de otro estado que de inmediato reconoció.

El crimen de don Enrique no quedó impune, ya que los delincuentes en uno de los siguientes asaltos cometidos posteriormente, debido a la inmediata activación del sistema de alarma, fueron enfrentados por la policía, resultando muerto uno de los tres asaltantes y apresados los otros dos. Se les recogió el producto del robo y se les decomisaron dos armas de fuego siendo una de ellas identificada como propiedad del señor, habiendo sido condenados a treinta años de prisión los inculpados.

Terrible intento

Ocurrió de un segundo al siguiente. Puedo asegurar que la duda fue instantánea. Algo increíble. Totalmente imprevisto. Nunca esperado ni imaginado. Si me lo hubieran contado, el interlocutor sería tildado de loco, ocurrente lo menos.

Tenía noticias de hechos parecidos dados con cierta frecuencia en mi ciudad, Villahermosa, considerada por algunos peligrosa e insegura, mas no que eso mismo sucediera en una gran ciudad como la Ciudad de México, donde la seguridad es garantía y la delincuencia se encuentra acotada, reducida a su mínima expresión.

Y la pregunta de la noche: ¿Por qué a mí?

Llegué a la capital en misión oficial con estancia de una noche, una sola noche y me toca a mí. La lotería del peor premio. El temor, la angustia y casi el desquiciamiento personal, sin embargo esto último no me atrapó y menos me inmovilizó, aunque sentía estar en total indefensión, entre la espada y la pared como suele decirse. La muerte en persecución de la vida. La eterna lucha.

Llegué en el vuelo de la noche, abandonando el aeropuerto a las 21 horas con 30 minutos. Después de pagar el importe del traslado, subí a un taxi que me llevó al hotel donde previamente había hecho reserva. En la papeleta de registro anoté nombre, dirección, teléfono, tiempo de estancia y algún dato más. No llevaba mayor equipaje: un maletín con ropa indispensable para el cambio y objetos de limpieza y aderezo, una lap, la cámara fotográfica para las necesarias evidencias de asistencia al evento al siguiente día. Nada del otro mundo ni de gran valor. Quizás pensaron que en la cartera revoloteaba la “lana” al por mayor, o bien que dentro del pequeño maletín se agitaran joyas de incalculable valor. Quien sabe.

Las 22:30 horas.

Después del indispensable baño y darle uso a la pijama, decidí encender la pantalla en el canal 2 y sentado en la cama ver y escuchar al manipulador número uno o dos de la TV privada.

No bajé a cenar pues había pasado a una tienda de conveniencia, así le llaman, comprando yogurt, leche, galletas, comidita ligera para evita el hambre y la sed.

Pasado el noticiero y sin ganas de soportar más las tonterías televisivas, decidí apagar la tele, las luces del cuarto y dormir porque me esperaba un intenso día de trabajo. Esto lo logré con facilidad por el cansancio y la tranquilidad de conciencia.

23:55 horas.

Suena el teléfono de la habitación. Esperé el segundo timbrado un poco extrañado entre vigilia y somnolencia.

-Don Rafael –alertó una voz fuerte, de mando.

Me pareció un tanto raro que me llamara por mi nombre una voz desconocida y continuó:

-...No quiero asustarlo...

-Ah caray y ¿eso por qué? –pregunté intrigado.

-Le comunico como es mi deber, que soy el comandante de un operativo que se está realizando en este hotel...

Insistí casi en plan de broma:

-¿Y yo qué tengo que ver con eso?

-Mire, hemos detectado a cinco cuerdas de aquí, dos vehículos cargados con droga y armamento de grueso calibre y creemos que se trata de un grupo delictivo cuyos integrantes se han refugiado en este hotel –y agregó con fuerza-: ¡Escúcheme bien!, queremos que todos los huéspedes salgan con vida de este trance, pues puede ocurrir una balacera y haber muertos.

Sinceramente, se me arrugó la piel.

Unos segundos después la voz continuó con el condicionamiento verbal y subiendo el tono:

-¡Estamos para protegerlos, téngalo en cuenta!

De inmediato me solicitó el número de mi teléfono celular y de esa manera poder estar en contacto conmigo. No tuve inconveniente en proporcionárselo, aunque con algún resquemor.

-¡Bien! –dijo la voz-. Ahora le voy a dar instrucciones que debe seguir al pie de la letra y no intente hacer otra cosa porque puede peligrar su vida. Debe seguir mis órdenes. Es para su protección.

Escuchaba atento pero a esas alturas con algo de temor inevitable.

00:05 a.m. Nueva llamada.

-Le comunico que se ha organizado el desalojo del hotel, de forma que saldrán los huéspedes uno por uno y sin escandalizar. ¿Entendió la instrucción?

-Sí...-afirmé sin mucha seguridad por la confusión inducida en mi mente.

Saltaron las preguntas sin respuestas posibles que me apretujaron. Imaginé lo peor. Atrapado y sin salida en esos momentos.

-Espere mi próxima llamada. Cerró el teléfono dejándome acotado por la maraña del temor obligado, el pensamiento en revolotear permanente, sin saber la decisión a tomar.

00:10 a.m., la siguiente llamada. Nuevamente la voz de mando del sujeto inicial:

-¡Le toca salir! –ordenó-. Hágalo únicamente con la ropa que trajo puesta, dejando sus pertenencias en el cuarto. A ver para el inventario, ¿Qué es lo que trae? ¿lap?...

Sí...

-¿Cámara fotográfica?...

-También...

-Su cartera. ¿Cuánto dinero trae?

-Unos tres mil pesos...

-¡Deje todo y salga del cuarto ahorita mismo! -agregó-: No se dirija a la administración sino a la salida de inmediato. Afuera le espera un taxi

que lo conducirá a otro hotel cercano a éste, donde pasará la noche y por la mañana regresará a salvo por sus pertenencias! ¿Entendió?

-Sí...sí...

-¡Dese prisa carajo!

Esta última afirmación me sembró en la realidad, no dimensionada hasta ese momento.

-¿Qué hago? Pregunta en silencio, un silencio cargado de temor mas no de terror, con un poco o un mucho de preocupación y de angustia

-A ver, me dije también en silencio. Que no me gane la desesperación. Debo valorar muy bien lo terrible de mi situación. Me ordenaron salir con la ropa que ya tenga puesta, irme a otro hotel, quien sabe cual, dejando todas mis pertenencias en el cuarto. ¿Será un intento de robo o será un secuestro? Por otra parte si me quedo en la habitación, pueden venir por mí y me va mal, pero si salgo, me expongo al rapto y la desaparición. ¡Vaya dilema! ¿Qué hago? ¿Qué haré?

Sin pensarlo más, con miedo pero no terror, repito, recibo la siguiente llamada en gritos y con amenaza.

00:15 a.m.

-¡Apúrese o voy a perder la paciencia carajo!

El tono de esta última llamada fue para poner el hilo de la vida a punto de corte.

De nuevo el auto consejo, calma, no te desesperes o estás perdido, esto también en silencio.

Sin pensarlo más, tomé la decisión de meter mis chivas en el maletín con la rapidez indispensable, me colgué la lap, enganché en el cinturón la cámara y el celular y con movimiento lento abrí la puerta de la habitación decidido a lo peor, golpiza o muerte. Con sigilo miré en ambas direcciones del pasillo. Estaba vacío. No sucedió nada. Apareció un botones que me saludó con una sonrisa y se fue.

Corrí al elevador y bajé a la administración con mis cosas a cuesta. Previamente, aún dentro del cuarto pude localizar a unos amigos a quienes les solicité apoyo urgente, por encontrarme en una situación

de peligro total, temiendo por mi vida pues sufría un terrible intento, de robo o de secuestro. Aceptaron mi ruego y en el elevador me dijeron que en unos minutos más pasaban por mí. Eso me tranquilizó un poco porque no sabía lo que me esperaba abajo.

Abajo, para grata sorpresa, no había nada raro en el lobby. Todo estaba en calma. Una pareja que cerca de la administración platicaba con moderación en sus voces y dos empleados detrás de la recepción intercambiando datos con absoluta tranquilidad. Esto es increíble dije en silencio.

Después de respirar profundo y recobrar parte de la tranquilidad, reclamé a los empleados de inmediato y con firmeza, el porqué de las llamadas intimidantes que recibí. Respondieron con indolencia que debí hacer caso de ellas, pues ocurren con cierta frecuencia, pero que la cosa no pasa a más. ¿Y el sustote?

Me ofrecieron cambiarme de cuarto y les reviré que había llamado a unos amigos y ya venían en camino. Iba a agregar “amigos federales”, pero temí alborotar el hormiguero.

Nueva llamada amiga. 00:25 a.m. Estaban a minutos de llegar, minutos que fueron para mi maltratada salud mental y orgánica horas, días, meses...

Por fin, una voltereta del ánimo con la llegada de mi salvación. Corrí en tropel a la puerta de cristal del inmueble, abrí con agitación la puerta trasera del carro de la pareja salvadora y les ofrecí un ¡Gracias! Estruendoso, catarsis liberadora y oportuna.

–Luego les cuento –logré decirles. Medité-. Me hicieron parir chayote, pero no se salieron con la suya, pendejos.

Señales de peligro

Los ciudadanos cada vez vivimos con más inseguridad y mayor temor. Se sienten señales de peligro con frecuencia de asombro. Corren decires, chismes, quizás verdades relacionados con sucesos terribles. Situaciones inéditas que nunca antes, hace apenas algunos años ni imaginábamos que fueran a ocurrir y por eso la escalada de miedo. Por la poca costumbre y lo agresivo de los hechos se ha vuelto inestable el ambiente social, Todos estamos expuestos al ataque agresivo, en más de una ocasión con saña, y a la pérdida irrecuperable.

Lo curioso es que nos advierten del peligro, no hacer esto o lo otro, y hacemos lo contrario o bien, actuamos con indiferencia. El futuro se torna incierto y tenemos que hacer algo o mucho con tal de revertir el estado de cosas actual que a muchos da de golpes. La delincuencia permea la paz social y arrincona a las personas.

¿Cómo creer en la autoridad si me contó un amigo, al ser asaltado haber logrado escapar, verdadera hazaña, y en la carrera descubre un policía, solicita su protección y este representante de la Ley, en vez de apoyarlo, también emprende la carrera y de paso le aconseja a la víctima correr más rápido? Esto ocurrió a plena luz del día, cuando se supone que la actividad citadina está al máximo y hay mejor resguardo público.

En otra ocasión, como a las diez de la mañana, una prima después de salir de la sucursal bancaria en donde retiró importante cantidad de dinero, después de caminar media cuadra, se le acercó un sujeto casi volando en sus tenis y le arrebató la bolsa y como la traía bien apretujada, no se libró de tremendo empujón que la incrustó en el piso con enorme rajada en la cabeza, un sangrado en cascada, la desesperación por el daño físico y moral, y la pérdida monetaria.

Me contaron también de un robo de vehículo, uno de tantos, ocurrido a las dos de la tarde, a un señor de edad avanzada, después de abandonar el lugar de su trabajo y al subirse a su carro, lo bajaron a punta de pistola y golpes, sin respetar sus años, pues los maleantes, drogados o malos por naturaleza, no tuvieron consideración alguna con la víctima.

Los robos domiciliarios antes, solamente ocurrían durante la madrugada o bien en ausencia de los dueños con el fin de no causarles daños pernales. Los maleantes eran más indulgentes e incluso esa actitud la agradecían los afectados, a pesar de las pérdidas materiales.

Ahora los asaltos se realizan a pleno día estén o no los ocupantes de las casas, y si los encuentran presentes peor para ellos, pues muchas veces los tratan con saña e incluso pueden llegar al crimen. Son inclementes y les vale.

Esto confirma que la criminalidad se ha vuelto diurna y la gente por eso mismo vive engañada ya que pregona el habla general que no es conveniente salir de los hogares después de las ocho de la noche por el peligro que se corre en las calles, y atrincherarse lo más cerrado posible.

Para comprobar lo anterior, me fui de parranda un sábado por la noche hasta terminar la fiesta a eso de las tres de la madrugada. En el estacionamiento casi desierto, abordé mi vehículo en semioscuridad y sin prisa. Cantando por las copas consumidas me dirigí a mi domicilio, con los vidrios del carro abajo y sin poner el seguro de las puertas.

Miraba pasar a las personas en su ir y venir perpetuo. Vehículos atrás, a los lados y delante de mí, sin que ocurriera nada raro. Quise advertir a mi mujer que cerrara bien la casa por lo prolongado de la “junta laboral”, pero consideré no ser necesario.

Con toda la calma del mundo, entré a mi garaje, me bajé mirando a todos lados sin observar nada extraño. Luego cerré el portón y todo tranquilo según suponía. Con esa experiencia llegué a la conclusión de que los ilícitos se están cometiendo durante el día y no por la noche, como todo mundo supone, porque los malvados también duermen.

Abrí la puerta de la entrada y al encender la luz noté algo insólito: toda la sala estaba revuelta, En el estudio, algo parecido, un verdadero

desastre. En el comedor los muebles tirados, la mesa patas arriba y el vidrio que la cubría, hecho añicos.

Corrí desesperado a las recámaras, a la nuestra pues los dos hijos se quedaron de fin de semana con los abuelos, para encontrar un desagradable cuadro: mi mujer tirada en el piso, amordazada y golpeada, el closet hecho una revoltura, los cajones de la cómoda en el suelo y sobre la cama amontonada ropa y un montón de objetos familiares.

Corrí junto a mi mujer, la liberé retirando las ataduras y la cinta canela que la enmudecía (ironicé: lo único bueno del ataque), y con la libertad de movimientos y el uso de la palabras, de inmediato me gritoneó:

-¡Desgraciado!, mira lo que ocurrió por no venir a comer...

No pudo seguir el reproche porque el llanto se le vino en avalancha.

Ya de lejos sigo creyendo en el cambio de horario del delito, debido a que el asalto a mi casa se hizo por la tarde y no en la madrugada.

El río

En su cauce, se deslizaba con alegría y fuerza.

En la orilla avanzaba lentamente y en silencio, el cortejo fúnebre.

El cadáver

Lo levantaron de la banqueta frente a su domicilio, muchos minutos después de ser rafagueado con armas de alto poder, por un par de individuos que se dieron a la fuga en una motocicleta. Como suele suceder en estos casos, variada gente se fue congregando alrededor del fallecido haciendo comentarios múltiples y dando opiniones con poco sustento.

Alguien con celular en mano habló de inmediato al 911 dando información del lugar y la hora aproximada del crimen, y algunos más con prontitud tomaron fotos y videos de los hechos ocurridos así como de la movilización de la gente.

Pasado un tiempo relativamente corto llegaron ambulancia y patrullas de la policía. Hicieron el levantamiento del cuerpo, después de comprobar la ausencia de signos vitales para trasladarlo al CEMEFO correspondiente. Colocado en la plancha, los encargados de las maniobras despojaron al cuerpo de sus vestimentas, colocándolas en un lugar destinado para su resguardo. Le fueron retirados objetos adicionales como reloj, cadena y un anillo, este tal vez de matrimonio.

También la cartera conteniendo tarjeta de identificación, alguna de crédito, billetes de baja denominación y varios papeles doblados.

Después de conocer el nombre del occiso y otros datos personales, las personas notificadas llegaron prontamente a identificar el cadáver. Los familiares que acudieron, aceptaron el parentesco correspondiente y estuvieron de acuerdo de que una vez hechas las diligencias de rigor, se le llevara a cremación.

De los asistentes, unos platicaban, otros lloraban y uno que otro tejía historias en conveniente cuchicheo acerca de la causa del asesinato. Durante el sepelio y previo a la cremación, se reunió un grupo mayor

de gente. En el velorio de la noche anterior, le actitud de los presentes como sucede en esos casos, era de lo más variado, incluso discutían con sorna y discreción, una probable liga del muerto con el narcotráfico y el crimen organizado, acompañado de la indispensable negación de tal infundio y el aseguramiento de que esa suposición resultaba inadmisibile, y mejor no referirse más a semejante posibilidad por simple respeto al ausente.

Se insistió incluso que no había sido ejecutado sino que por zalamero salió de su casa al escuchar gritos en la calle, y le alcanzaron las balas perdidas no escrituradas para él. Sucede con frecuencia pues los sicarios agreden parejo no importando a quien se lleven de corbata sin deberla ni temerla.

Pese a que se guardaba el comportamiento obligado en ese tipo de ceremonia no dejaba de sentirse intranquilidad y bullicio. Toda la noche el cadáver permaneció en la misma posición, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. En silencio y nada lo alteraba.

El duelo

Fue anunciado con varios días de anticipación, motivado por líos amorosos.

En el campo elegido para llevar a cabo el encuentro, se presentaron con puntualidad los contrarios y los jueces.

Se hizo el sorteo para la elección del derecho al primer disparo. El rival de la suerte, una vez en sus lugares, apuntó con el arma y disparó. La bala dio en el blanco y el contrario se desplomó herido de muerte.

El sobreviviente del encuentro en plan de suficiencia e imitando al charro del bar, se acercó a la boca la punta del arma para soplar el vaho escapando.

Frustró su intención el disparo.

La balacera

Por antojadizo me pasó.

Resulta que la mañana estaba fresca y decidí dar un paseo por la colonia. Poca gente en el camino, e igual, escaso bullicio.

Los vecinos aislados en el cruce. Una señora con su crío en su carreola. Más allá un señor entrado en años, deducido por la presencia de canas blanqueando su cabeza, sin poder adivinar su cara debido al uso del cubrebocas, de uso necesario en este tiempo de pandemia. Más lejos otro señor de elegante traje oscuro, corbata elegante, sombrero de ala corta y portando debajo del brazo un portafolio de tamaño mediano.

No faltaba el grupito de algunos jóvenes en franca algarabía sin pensar en el futuro en suelto desenfadado.

Caminé algunas cuadras y al pasar frente de una cafetería, se me antojó comprarme un café capuchino al que soy muy aficionado. Antes de eso me hice del periódico en el puesto de la esquina cercana. En la oportunidad compré también una revista de corte político y me instalé en la cafetería.

Llegado mi turno, la solicitud del ansiado capuchino con media carga de café, un sobre de endulzante artificial, y a la búsqueda de un sitio cómodo para sentarme,

Nos hemos acostumbrado a ese tipo de bebida aunque digan y redigan que resulta tóxico y da lugar a muchas enfermedades y hasta cáncer puede uno pescar.

Aquí estoy sentado en solitario en un ambiente templado, agradable y en el saludo de uno que otro amigo o conocido, con la intención de iniciar el periplo de la lectura periódico en manos.

No acostumbro a leer todo lo escrito, pues gran parte de ello con imaginarlo es suficiente, pues la temática en general contienen opiniones personales o bien sesudas propuestas que nadie toma en cuenta o las ignoran por parecerles sin pies ni cola.

Fuera de la charla en tono discreto, nadie evitaba la dedicación en lo de interés personal ya fuera en defensa o en contra de lo argumentado.

Transcurrido un tiempo empleado en la lectura del diario y consumido alrededor de medio vaso de café, en un momento impensable para todos los comensales de que se rompiese la tranquilidad, sonaron balazos muy cerca del lugar donde nos encontrábamos, iniciándose un escándalo mayúsculo, con gente agitada corriendo quién sabe hacia dónde, gritos de desesperación a voz desgarradora y solicitud de auxilio.

Con angustia no disimulada, toda la gente del café se tiró al piso con la intención de evitar una bala perdida y salvar la vida.

En un momento seguí el ejemplo del grupo y aterricé en el piso con parecida intención del resto de los toma cafés dominados por el instinto de conservación. Alguien dió oportuno avisó a la policía y minutos después llegaron patrullas con alarma abierta alborotando más el deteriorado ambiente.

Por fin se fue calmando la pesadilla y puede despertar entre las cobijas revueltas, sudando a mares, el pecho en agitación inevitable y la piel sudorosa y fría. En mi obnubilación alcancé a pensar: “Por poquito me toca...”

En el hospital

La madre con apremio y gran nerviosismo acertó dar con la dirección del hospital improvisado en un sitio anexo de una dependencia burocrática, dedicado en parte a la atención de enfermos de Cobid19, pero dada la necesidad de camas, también admitían pacientes con otro tipo de enfermedades.

Después de pasar los controles mostrando identificación personal y la necesaria revisión minuciosa, demostrando no llevar droga ni armas, fue conducida hasta una cama aislada en donde se encontraba internado su hijo a quien encontró acostado, con vendajes en varias partes del cuerpo, quejándose suave al moverse por limitado que fuera hacerlo.

La preocupada mujer al ver las condiciones en que estaba el hijo, soltó el llanto sin poder evitarlo. Le advirtieron que tenía que permanecer a un metro de distancia mínima de la cama sin intentar acercamiento mayor y aceptar las indicaciones de los custodios que vigilaban al herido. Se limpió las lágrimas y sin querer inducir el enojo del joven, se atrevió a decirle:

-Hijo de mi alma, ¿por qué no escuchaste mis ruegos, mis advertencias, mis súplicas? Tanto que te insistí con ellos, pero tú terco, obsesionado con esas malas amistades que te llenaron la cabeza de basura y media.

-Tranquila...madre...¡Ayayay!...

-No te muevas ni hables por favor. No te estoy reprochando nada, pero me causa tanto dolor, verte en las condiciones en que te encuentras, pudiendo haber evitado la desgracia. Te dije una y otra vez después que me confesaste que ibas a realizar un gran negocio, que no era tan fácil la cosa y ahorita te estarás dando cuenta de lo cierto de mis palabras, pero a costa de tu sufrimiento y el mío. De esa balacera casi sales

muerto. Por fortuna solamente saliste herido, muy mal herido, sin embargo todavía vivo.

-Madre...por favor...

-Tengo qué decirte estas cosas porque me nacen de mi corazón de madre y me atosigan el pecho, sin poder evitarlo. Tú sabías que después de haberse escapado tu padre con la sucia de su secretaria, nos dejó en el abandono total, sin embargo me hice fuerte y con rapidez me dediqué a buscar trabajo que logré conseguir gracias a unos amigos cuyo apoyo hasta hoy sigo agradeciendo. De acuerdo, ganando poco en un principio, pero conforme pasó el tiempo y se apreció mi manera de trabajar, y el empeño puesto siempre en la labor, a la fecha he logrado un ingreso que nos permitía vivir con alguna comodidad...

-¿Alguna comodidad dices?...Por favor madre, no seas optimista...

-Pues sí, y tú lo sabes. Me alcanza para pagar el alquiler del departamento y comprar lo indispensable para cubrir nuestras necesidades. Desde luego, nada de lujos.

-...Estamos en la miseria...también lo sé mamá...

-Pago tu escuela y cumplo tus gustos...

Se acerca a la señora uno de los custodios y le solicita abreviar la visita porque el tiempo se le está terminando.

-Sí señor policía. Será un ratito más y ya.

Al moverse el paciente sintió dolor y solicitó el servicio de enfermería para la ingesta del analgésico prescrito por el médico tratante.

Hijo de mi alma –condicionó la madre-, no estuvieras así si hubieras escuchado mis palabras. Te decía y te repetía que si te prometían ganar mucho dinero, te ibas a involucrar en algo ilegal, sucio y peligroso. Y como te lo dije, así ocurrió. El dinero a costaladas no se ofrece por trabajo decente y tú lo sabías. Jamás fuiste sincero conmigo diciéndome en los malos pasos en que andabas...

-...Ya madre...basta...

-Pues no me cansaré de recordártelo una y otra vez, y con esto que te sucedió, espero que te alejes de las malas compañías de una buena vez.

-...no es tan fácil...estando adentro salirse...

-Con voluntad se puede, es cuestión de decidirse...

Transcurren unos minutos de silencio con el reinicio del llanto de la madre.

Se acerca de nuevo el custodio para decirle a la señora que es el momento de la despedida, pues el tiempo se había agotado.

La madre aceptó la sugerencia diciéndole a su hijo que vendría a visitarlo todos los días y no se dejaría apabullar por la desgracia.

Un parpadeo del joven selló la visita. A la vez la mujer con un adiós de mano derecha concluyó la entrevista alejándose del sitio sin haber podido darle un abrazo y un beso a su hijo como tanto lo deseaba.

-Buenos días Gaby...

-¿Hola!, ¿cómo te va Rafa? ¿Terminaste la tarea?

-Sí, ¿y tú?

-También.

-¿Ya te enteraste de la última?

-¿La última noticia?

-Sí...

-¿Y cual es esa dichosa noticia? Dime, de qué se trata...

-Te cuento. Te acuerdas del bûey de Lacho, Lacho García.

-Claro, era compañero nuestro.

-Eso de compañero nuestro no lo comparto.

-¿Por qué? Estudia con nosotros.

-Tampoco es cierto. Tiene meses que no se aparece por la escuela. Desde la última ocasión en que estuvo a tantito de que lo expulsaran por faltista y flojo, y solamente las súplicas de la madre con el pretexto de una enfermedad fantasma, lograron salvarlo de que lo pusieran de patitas en la calle.

-Sí, lo recuerdo. Un tipo prepotente, soberbio, luciendo su cadena y un reloj de marca, carísimo según él. Todo el mundo se preguntaba de

dónde saca este bûey tanto billete si es un escuincle de diez y siete años como nosotros.

-Pues te sigo contando: hoy en el desayuno después de que mi papá dejó de leer el periódico, le eché una revisada rápida, ¿Y qué crees?, encontré una nota en la sección policíaca que decía que en un hospital improvisado por la pandemia del Cobod19, entró un comando de varios delincuentes y de inmediato abrieron fuego contra un herido y lo remataron...

-¿Y eso qué? Un asesinato más de los que se cometen todos los días como venganza entre cárteles, aunque es raro el asalto a un hospital...

-Lo importante es que el ajusticiado se llamaba Horacio García, o sea, Lacho García, el fanfarrón de Lacho.

-¡Diablos!, ¿enrolado en el crimen organizado? Increíble...

-Un adolescente como nosotros y buscando su desgracia...

-Y la encontró.

La cicatriz

-Eres un croco, bien carita –aseguró la chava e insistió-: Me tienes desarmada, hambrienta de ti. Te adoro mi amor. Estoy enamorada de ti como loquita.

Se justificaba la pasión de la joven, pues a su galán parecía no faltarle nada para ser un joven casi perfecto: cuerpo atlético, estatura entre media y alta, bien parecido, lindo decía ella, sonrisa espontánea, piel blanca velluda, ojos color verde, que a media visión semejava la de un tigre al acecho.

Dinero no le faltaba, pues además de pertenecer a una familia con recursos económicos abundantes, contaba con ingresos propios de un trabajo en el que desplegaba su habilidad y capacidad de contador público a punto de recepción profesional.

Se hicieron novios pocos meses antes, y aunque no solían tener encuentros frecuentes porque ella aún estudiaba, los pocos que tenían no iban a mayores acciones íntimas, pues la joven chapeada a la antigua, le aseguró a sus padres llegar “virgen” al matrimonio, con la entrega de su “tesorito” al hombre elegido como pareja, y después de la firma del acta del compromiso legal.

El novio aceptó el convenio sin reticencia y sin intentar cambiar de opinión al respecto, ya que su misma familia también era conservadora y muy “mocha”, o sea, muy religiosa.

Debido a la juventud de la pareja en un momento de exaltación erótica, se decidieron a pasarla mejor en un motel, dejando de lado las enseñanzas y costumbres familiares, con alguna duda y no convencidos del todo acerca de lo conveniente del paso por dar.

Durante el trayecto hacia el lugar elegido para el encuentro amoroso, ella se soltó alegando que al estar en compromiso serio, era como si estuvieran ya casados y así todo quedaría dentro de lo establecido y sin lamentar pecado alguno.

A pesar de los argumentos en favor de la decisión acordada, él joven seguía con alguna resistencia que lo inquietaba, sin embargo la pareja insistía en la felicidad que les esperaba y por ende en favor del destino anunciado: pasar una tarde-noche en un lugar privado y cómodo, siendo muy felices y conocerse más íntimamente.

El joven fue educado dentro de normas estrictas de conducta moral, que fueron siempre la guía de los miembros de su familia para una mejor convivencia, y sin haber pensado nunca, desviarse del “buen camino”, siempre en plan de recordatorio conveniente y no de autoritarismo repelente. Su carácter desde niño fue de ser una personita alegre y platicadora, amigable y con la intención de hacerse de muchos amigos, pero una desafortunada mañana, sucedió algo indeseable, un accidente imprevisto modificó su desempeño en el inicio de su adolescencia.

Habiendo la madre puesto a hervir en una pequeña olla agua para preparar café, el jovencito de trece años de edad, al intentar retirarla con el agua hirviendo, resbaló y parte del agua se vertió sobre su pecho y parte del abdomen provocándole intenso dolor que lo obligó a llorar a gritos, y alertó a sus familiares quienes de inmediato lo trasladaron a una clínica para su tratamiento de urgencia.

Afortunadamente se resolvió el problema con el tratamiento indicado, sin embargo le dejó huella al paciente, con la presencia de una cicatriz bastante extensa en el pecho y parte del abdomen, que le cambió la vida, pues sentía como un estigma la horrible cicatriz, cuando en el cuarto de baño se observaba desnudo en el espejo del lavabo.

Además, el defecto físico le cambió el carácter haciendolo de festivo a retraído y muy serio, o sea, su trato se volvió más limitado que antes del accidente sufrido, evitando bañarse en público como ocurre en las playas, a menos que cubriera la zona afectada con tal de no exponerse a la agresión o a la burla de los amigos que no lo bajaban de “lástima de carita” o “cómo te cambió el carácter búey”

Con el erotismo en ebullición la joven inició el despojo de su vestimenta hasta quedar en pantaleta y brassier. Toma de la mano a su compañero y lo lleva a la cama sin que opusiera resistencia.

-¿O quieres antes de acostarnos darnos un bañito rey?

-No...no...

-Como quieras. Yo también estoy deseosa de tenerte dentro de mí pero sin prisa por ser más excitante, más íntimo.

Se acostó el joven con suspiros persistentes, mientras la mujer comienza a desabrochar la camisa, retirarle los zapatos, los calcetines, bajarle los pantalones e iniciar las caricias de los pies, de las piernas, hasta tener la traza al alcance de sus manos no intentando el estímulo genital franco sino la caricia superficial limitada.

-Qué fuertes piernas tienes chamaco, bien velludas, sin embargo, suaves y tibias. Me gustan y ya las siento más.

La labor de exploración no se detuvo y continuó con los muslos y el retiro de la cubierta genital y al fin tener en sus manos el sexo de su amante en un tiempo lento y aceptado por ambos, ensoñando y en ocasiones llevando una mano a la cara y rodear el cuello.

El joven realizaba con limitación y suavidad, el desliz de sus manos sobre el cuerpo femenino a su alcance apretando ligeramente ciertas partes como los pechos, la cadera y el pubis, sin faltar el intercambio de besos intensos en franco abandono erótico.

Por fin vuela la camisa del joven, la pantaleta y el brasier de ella hasta que las manos de la chica en desesperado búsqueda se afana en resbalarle la camiseta al joven hacia la cabeza y lograr la desnudez completa de su pareja. Encuentra resistencia a dicha intención, pero logra repasar con sus palmas la piel del pecho encontrándola muy irregular y rasposa en amplia zona.

Ante la desagradable sensación, la joven retira sus manos asustada y confusa y exclama con desprecio:

-¡Que asco! Tienes la piel rara, roñosa como la de un cocodrilo o qué sé yo...

El muchacho al sentir el desprecio de la joven, de inmediato se bajó la camiseta e intentó abandonar la cama. Ella comenzó a darle de golpes con los puños en el pecho al tiempo que lo increpaba”

-¡Me das asco! Eres una porquería. Tu cara engaña.

-¡Cállate y deja quietos los puños o te arrepentirás!

La chamaca no hizo caso y recibió como respuesta que la tomaran por la cintura, la levantaran y aventaran contra la pared más cercana donde después del golpe en la cabeza y el cuerpo, cayó desmadejada hecha un ovillo con la cara cubierta de sangre y sin conciencia.

Nervioso el joven, con un instante de alarma y duda, decide de inmediato creyendo muerta a la mujer, vestirse, dejar el cuarto y escapar abandonándola a su suerte.

La nota roja del siguiente día y de mayor impacto, fue el descubrimiento de un cuerpo femenino con traumatismo craneoencefálico y herida de cuero cabelludo con sangrado profuso, sin embargo el rescate se hizo a tiempo para salvarle la vida, con el internamiento en un hospital identificándose a la víctima por los documentos que portaba en su bolsa.

Se iniciaron las investigaciones por ataque en tentativa de feminicidio, pero poco faltó para que se consumara. La familia a pesar de la trágica situación de la traumada, decidió guardar discreto silencio para que la noticia se diluyera en un anonimato conveniente, invirtiendo buena lana en los medios de información y policíacos.

Era necesario preservar la honorabilidad de la familia, en el medio social del que formaba parte, así también no dudar en impedir que se supiera quien había sido el agresor y menos difundirse más el lugar donde ocurrieron los hechos, lo contrario sería una deshonra imposible de superar para desastrosa opinión de todos, parientes, amigos y conocidos.

Las autoridades insistieron en la necesaria búsqueda del culpable hasta encontrarlo y ponerlo en manos de la justicia, pues era la novedad la protección de los derechos de la mujer y la prevención del feminicidio. Estaban seguros de poder identificar al agresor aún en contra de la resistencia familiar, y poner al culpable ante la justicia.

El tiempo diluyó el caso en ambas familias, cada una con sus razones, considerando el olvido un buen aliado, con el joven en el extranjero para continuar la etapa final de su preparación profesional, y la jovencita con la cirugía plástica de aliada y algo de psicoterapia, se estabilizara después de unas largas vacaciones fuera de la ciudad de origen yrecobrar la tranquilidad perdida.

La mata viejitos

Anita es un anciana (anciana tu madre reprocha con frecuencia), de alrededor de setenta años de edad, sobre lo que no le gusta discutir, de sonrisa espontánea. Dicharachera, viviendo en un amplio cuarto que en realidad son dos pequeñas piezas divididas por una pared que no alcanza el techo y se prolonga en el fondo como por arte de magia, en un cuarto de baño, una micro cocina y un patiecito de tres metros de largo, en donde cultiva tristes arbustos con el firme deseo de que algún día florezcan

Los vecinos le mostraban estimación y lamentaban que viviera sola, con la ayuda de vez en cuando de una mujer madura que la visita cada cuarto día, la ayuda en las labores domésticas y la trata de ahijada. A la señora nadie la visita de sus familiares, y dice estar a gusto así como está desde que su esposo la abandonó al irse a vivir a la unión americana con sus hijos.

Cuando se vio libre del viejo, se dio por bien servida, pues fue lo mejor que le pudo haber pasado, según sus palabras. La vida en pareja de los últimos años la califica de un “verdadero infierno”, por el carácter irascible del señor con las frecuentes discusiones que solían darse entre ellos, y en las que ella llevaba la peor parte, pues era frecuente que terminaran en golpes y lesiones sangrantes con la pobre mujer tirada en la cama o en el piso, adolorida más del alma que del cuerpo, maldiciendo la presencia del agresor, y pidiendo a la Santa Virgen, que de una vez por todas se largara de la casa y la dejara en paz, hasta la última vez que su deseo se cumplió.

Por lo amigable y su carácter suave y llevadero, nadie de los vecinos dudó de la explicación que la señora dijo, señalando el abandono del hogar de su marido, por haberse ido a vivir con sus hijos al extranjero,

aclarando que la remesa de dólares seguiría llegándole ahora en exclusivo para ella.

Pero habian cuestiones que no encajaban del todo en la historia contada, como por ejemplo el hecho de no haberse presentado alguno de los hijos para acompañar al viejo en el traslado, ya que su edad no le permitía realizar un viaje largo y cansado. Además los habitantes del vecindario en ningún momento vieron salir o despedirse ni solo ni acompañado al señor, habiendo desaparecido de un día para otro, como por arte de magia, como si se lo hubiera tragado la tierra literalmente. Y si le hubiera ocurrido algo grave y fulminante, nunca la señora solicitó ayuda de nadie, con el traslado rápido a una clínica o a un hospital. Nada de eso ocurrió como suele observarse en casos de emergencia.

Con el transcurrir del tiempo y el trato amable de la señora, el asunto se fue olvidando y la vida comunal retornó al desarrollo que venía teniendo por costumbre. Doña Anita en su rutina de siempre, sin alteración del carácter y menos entrar en conflictos con sus estimados vecinos.

Pasado algunos días de la “desaparición” de su marido sacó en una bolsa de basura negra unos fragmentos de huesos de diversos tamaños que explicó haber comprado en una carnicería para retirarles la carne, guardarla en refrigeración y utilizarla en la preparación de alimentos de consumo a largo plazo.

Llegó el camión de la basura y se llevó la dichosa bolsa con otras adjuntas de los desechos de la vecindad, sin nadie dudar de la justificación dada por la señora. El bullicio y la algarabía siguió en buen tono y cada quien a dedicarse a lo suyo. Las señoras a sus labores de la casa, o a su trabajo fuera de ella, y los señores al trabajo habitual. Los niños por su parte a las labores escolares, y los fines de semana, los mayores al destrampe o a la gûeva como le decían, sin dejar pasar las celebraciones de cumpleaños y acontecimientos similares, que eran organizados en forma comunitaria, excepto aquellas fechas muy especiales exigentes de la reunión exclusivamente familiar y con la cuatro paredes de la casa puestas por límite.

Don Plutarco, la pareja de doña Anita, pasaba de los ochenta años de edad, un hombre fuerte venido a menos, había sido liquidado por la empresa en la que trabajó más de cuarenta años con gran responsabilidad y nunca dio motivo de reclamo por incumplido, alcanzó a la hora de la liquidación un monto miserable que siempre le pareció muy injusto, lo que en parte motivó el cambio de carácter, después de haber llevado una vida de gran satisfacción con su esposa, siendo comprensivo y tolerante con ella, su trato cambió volviéndose una persona serie, agresiva, enojado por motivos mínimos y no teniendo en quien más descargar su ira, con frecuencia y sin darle tiempo a reclamos o defensa alguna, la agarraba en contra de su mujer, a quien en un principio maltrataba con palabras fuertes que con el tiempo se convirtieron en insultos, los que pasaron a ser agresiones físicas, las que en un inicio fueron aceptables pero que pasado algún tiempo se hicieron intensas, como patadas en las piernas, en las nalgas, golpes en el cuerpo, cachetadas en la cara, pescosones en la cabeza, que obligaron a la protesta de la señora, quien decía no merecer ese terrible trato.

-¿Qué te pasa Plutarquito? ¿Por qué me tratas así? Tú sabes que nunca te he faltado, en nada. Te he servido y amado muchísimos años. No merezco el maltrato que de un tiempo acá me das. Ya estoy vieja y debes tratarme como tal, con consideración.

-¡Que consideración ni que ocho cuartos! –recibía como respuesta la mujer- ¡Me fastidias, no te tolero!

-Si no me toleras, me puedo ir de tu lado...

-Vieja infeliz, tú no te vas a ningún lado mientras yo viva. Te aguantas junto mí hasta que me muera y cuidadito vuelves a repetir lo que has dicho, porque te rompo el hocico.

La vieja no respondió más, pero se le quedó prendido en el pensamiento la amenaza del señor, y desde ese momento la idea le dio vueltas en la conciencia como si fuera una oportunidad de liberación y poder acceder a otras oportunidades, en favor de una vida más tranquila y menos amenazadora, olvidando los momentos de sufrimiento de los últimos años al lado del enloquecido marido.

La maduración de la oportunidad fijada se hizo realidad después de la última maltratada que le aplicó su señor, y se salvó de quedar lisiada por el agotamiento y cansancio de don Plutarco. Esa vez no se quejó ni recurrió a reclamos, solamente aguantó la agresión con quejidos muy suaves y haciéndose una bolita tirada en el suelo.

En el agotamiento de sus fuerzas el viejo, se vio obligado al descanso y se acostó en la cama cuan largo y pesado era. Quedándose de inmediato dormido entre ronquidos estertorosos y respiración agitada.

La señora viendo a su marido en situación de indefensión y sacando ímpetu de los golpes recibidos, con cierta dificultad y dando pasos lentamente, se encaminó al patio, donde se armó del machete que utilizaba en el arreglo de sus plantas, y de vuelta a la casa, débil de fuerzas y sí con enorme intención de venganza, reverberándole el recuerdo de las últimas golpizas, levantó el machete con las dos manos y de un tajo en la cabeza de su marido se clausuró la vida, sin sufrimiento ni escándalo del sacrificado.

Casi no hubo sangre manchando las cobijas, lo que permitió la tarea de la señora una vez recuperada del esfuerzo, dividir en pequeños fragmentos el cuerpo inerte del viejo. Las vísceras las enterró en el patio junto con el cráneo, los pies y las manos. Los huesos largos los partió en mitades previo raspado de las partes blandas que llevó en bolsas de plástico al refrigerador para su conservación, y después utilizarlas en la preparación de sabrosos platillos como solo ella sabía cocinar. Como era mucha carne para su consumo personal, se permitió repartir algo a sus vecinos inmediatos, quienes agradecieron alegremente el obsequio.

Después de hacer dicha repartición se dio por bien servida de momento en su deseo de venganza por las múltiples ofensas de su exmarido, sin embargo sintió que algo le faltaba no dándose por bien servida con el logro, sintiéndose incompleta en su afán de venganza y se dijo: “Los infelices viejos se consideran con derecho a abusar y humillar a sus mujeres, y a ella le correspondía hacer algo con tal de que esa situación de abuso infame no continuara”. Así dejando pasar algunas semanas mientras concretaba el plan del renovado desquite, con el ánimo y la

tranquilidad recuperada, continuó con su vida cotidiana pero libre de la tortura del pasado y con el interés de llevarse bien con todos los vecinos.

Transcurría la vida cotidiana en términos de normalidad sin alteración aparente, llevando las relaciones amistosas por caminos de paz y ayuda mutua, doña Anita que en lo aparente se comportaba dentro de acciones comunes y corrientes sin nada raro que pudiera alterar el suave desliz del acontecer tradicional, de pronto y en un momento inesperado retoma de improviso, el dormido deseo de la venganza hundido en el aparente olvido, activándosele con intensidad de apremio, y pone en marcha la manera de persistir en actitud negativa, pero maquillándola con una fachada de bondad y una intención de apoyo ficticio a los viejos desprotegidos y olvidados de la sociedad o de sus familias.

La señora escoge cierta tarde-noche en donde la calma se hace presente en el ambiente vecinal, y no se ve gente en el medio que se vuelva estorbo inesperado, abandona su casa, recorriendo calles cercanas a su domicilio, caminando con parsimonia y poniendo atención en las personas con las que se cruza, y con mayor énfasis en los viejos indigentes, hasta topar con un anciano sentado en el quicio de una puerta a quien aborda con lenguaje suave y convincente.

-Buenas tardes donsito...

-Dígame –responde el aludido-, ¿en qué puedo servirle señora?

-Anita, me llamo Anita, y de usted ¿Cuál es su nombre?

-Me llamo Manuel...

-Oiga Manuelito, lo veo a usted muy cansado, como si le faltaran fuerzas.

-Es verdad. No he comido en dos días.

-¿No tiene familia?

-Ninguna señora...

-De verdad, su vida ha de ser muy dura sin un pariente que lo apoye –declara la mujer con una familiaridad pronto apropiada.

-Sí...

-Mire Manuelito, lo quiero ayudar y le ofrezco cenar en mi casa y después si quiere, puede descansar un rato.

-Me parece usted una persona caritativa y de buen corazón. También le acepto su invitación porque si no como de inmediato me puedo morir.

-Así es. Quien mejor que yo lo ayude a salvar el mal momento por el que está pasando. ¿No cree?

-Es usted muy bondadosa señora...

-¿Puede levantarse o le ayudo hacerlo?

-A pesar del hambre y cerca de los ochenta años, todavía puedo...

-Entonces vamos. Usted sígame. Yo también camino con cierta lentitud a estas alturas.

La pareja se dirige al domicilio de la vieja procurando no llamar la atención y menos entablar plática con vecinos indiscretos.

Después de la cena suficiente ofrecida por la mujer, el invitado dijo tener sueño, y como lo previamente planeado, se le ofreció acomodo en una cama, mientras la anfitriona se dedicaba a realizar algunos arreglos domésticos.

Lo acontecido después fue casi una copia de lo realizado con el marido unos meses antes lamentando la señora en reclamo justificado que según su cálculo, la actual víctima habiendo estado en indignancia extrema por el abandono familiar de mucho tiempo, poco carne pudo obtener para refrigerar y repartir.

Superado el necesario acondicionamiento y la indispensable tranquilidad, no dando lugar a sospechas de su criminal comportamiento, doña Anita, decidió descansar sin dar oportunidad a la alerta vecinal y su intención resultó correcta. Nadie sospechó nada y la vida cotidiana de todos siguió siendo la habitual: los alegres encuentros, los saludos, las sonrisas, los buenos deseos, las aisladas carcajadas, todo eso en buen plan y las habituales medidas de higiene anti Covid19.

Dos homicidios más ocurrieron en el lapso de los siguientes seis meses, sintiendo la señora en su venganza, haber olvidado la causa de su criminal actuación en absoluto anonimato, o sea, la práctica de

una cadena de homicidios sin reclamo alguno ni conocimiento de las autoridades correspondientes.

Como se puede comprobar, todo marchaba a conveniencia de la autora de los crímenes señalados, sin embargo por no recordar la causa de su proceder, lo realizado repetidas veces ya no le inducía satisfacción como cuando inició el proceso, y además los años le comenzaron a pesar en su cuerpo, disminuyéndole el ánimo y el entusiasmo con que inició su vengativa trayectoria por el camino equivocado.

En eso estuvo el motivo de su eventual fracaso, cuando en la quinta ocasión se presentó un desafortunado incidente. La bolsa tradicional de los restos óseos no resistió el furioso ataque de unos perros callejeros hambrientos que desgarraron la bolsa colocada con descuido y demasiado pronto en la banqueta para ser recogida por los trabajadores de limpia del gobierno, quienes en su momento juntaron la basura dispersa y vieron con duda de que fueran huesos de animales sacrificados, pues más parecían de un ser humano por encontrarse algunos no fragmentados.

Llamaron a la policía que se abocó a investigar la procedencia de la osamenta y definir quien fue la persona que la dejó fuera de la vecindad, y al dar con ella, entró la duda de que se tratara de una señora vieja, con cara de inocencia, quien siempre se había conducido con una permanente sonrisa y de manera muy considerada y dadivosa con las personas en su trato diario.

Las pruebas de laboratorio fueron definitivas al certificar que los restos orgánicos encontrados en la bolsa de basura, correspondían a un hombre de edad avanzada y el examen psiquiátrico practicado a la supuesta autora de su muerte, presentaba un trastorno mental de bipolaridad, por lo que debido a dicha patología y a su vejez fue internada en un hospital psiquiátrico público, ingresando a un programa de tratamiento médico especializado, con vigilancia permanente a pesar de su aspecto inofensivo y hasta cordial.

Con dicho diagnóstico la buena y mala de doña Anita, se libró de ingresar a un cereso exclusivo para mujeres.

Aún no se sabe nada de sus familiares que por referencias de dudosa veracidad declararon no conocerle más pariente que su marido, primera víctima de su lista fatal.

Un solo tiro

-Compadrito, no sabes el gusto que me da saludarte y poder platicar contigo. Tú te imaginas estar en este mugre calabozo, solamente relacionado con los recuerdos y siempre con la insistencia de caer en las peores vibras, las que más nos pegan y nos hunden...

-...

-Las que nos agobian y nos revuelven el ánimo y todo el resto de nuestro ser...

-...

-...los buenos ratos así como las personas, nos emperramos en no revivirlos, como si no fueran importantes, como si no pudieran mejorarnos la vida.

-Sí, así es compadre...

-Déjeme hablar compadre y se lo agradezco. De veras me hace bien. Es como si me estuviera confesando con usted, como si lo convirtiera en mi confesor y lo digo con absoluta sinceridad...

-Hable compadre. No se detenga. Estoy para escucharlo y con mucho agrado de mi parte si eso representa un alivio para su pena que no dudo es demasiado intensa.

-Cierto compadre, la he pasado muy mal, de la chingada desde hace tres noches cuando me volví loco e hice lo que nunca debí hacer.

-Usted siga que yo lo escucho con mucha atención y el respeto que se merece y no se detenga si ello le trae consuelo.

-Le sigo pues. Usted se enteró de la amistad que nos unía. Éramos amigos casi a carta cabal, y no digo mi mejor amigo porque sería ofenderlo a usted y a otros más...

-No se preocupe compadre, usted siga con la descarga anímica si eso lo tranquiliza.

-Pues verá. Usted sabe que yo he trabajado durante más de cuarenta años en la burocracia y conforme avanzó el tiempo, fui ganando posiciones hasta llegar a ser coordinador de servicio y alcanzando en ese nivel una buena paga. En el último cargo que desempeñé fue cuando lo conocí, hará unos ocho años. Me pareció buen muchacho y digo muchacho porque era unos diez años menor que yo. Presumía conmigo su juventud que no era tanto, pero a mí eso no me importaba. Lo que sí, era muy boca floja, dicharachero pues, o sea, no le paraba la lengua y era capaz de convencer con sus argumentos al más firme de convicciones...

-O sea, un tipo zalamero, entrón, mentiroso, en pocas palabras mitómano...

-Perdón compadre, ¿mito...qué?...

-Mitómano, imaginativo, el que platica mentiras con absoluta seguridad, y muchos caen en sus dichos.

-Ya, pues así me convenció de que siendo yo su jefe, quería ser mi amigo y a lo mejor, mi mejor amigo un día de tantos. No tuve inconveniente en aceptar su amistad, pues de plano lo sentí sincero y con buenas intenciones. En el inicio de la relación amistosa yo tenía más o menos quince años de casado por haberme amarrado crecidity a la fecha me heredan dos hijos entrando en la adolescencia por los que tengo qué ver y ahora en las circunstancias en que me encuentro, no sé cómo hacerle para seguir apoyándolos.

-No se preocupe tanto compadre. Usted es un hombre a todo dar, un buen hombre, y no faltará alguien que le tienda la mano, se lo aseguro.

-Yo eso mismo espero, y se lo ruego al Señor aunque hoy en día no me mire con buenos ojos. Cometí un grave pecado y veo difícil que el perdón se me conceda. Lo dice su enseñanza: "No matarás", es decir, no tenemos derecho a quitarle lo más sagrado a una persona, la vida, y esa es la mera razón por la que me encuentro bien entancado y aquí lamiendo mi desgracia. Ahorita lo comprendo todo bien, pero en aquél alevoso momento no medí las consecuencias de mi mala conducta. De veras

que me arrepiento pero ya ni llorar es bueno y no sirve de consuelo. ¿De verdad, usted me entiende compadre?

-Desde luego que sí compadre, lo entiendo y rete entiendo. Usted quiso lavar la mancha que sobre su honra había caído.

-Así lo pensé yo también, aunque dudo que todo el mundo justifique mi proceder, desagradable de por sí, y más que eso, horrorosa situación vivida. Sin embargo, no es posible que alguien tenga el suficiente aguante y justifique la ofensa que me enloqueció y responder con la inevitable rabia y el odio correspondiente. No concibo que una persona con sangre en las venas, con suficiente sangre corriendo por su cuerpo, no responda en forma violenta, maldiciendo su suerte...

-Compadre, tenga en cuenta que para mí su proceder fue el justo y deseo que le vaya bien en el juicio y que el juez que le corresponda, entienda bien su punto de vista, su opinión.

-No sé cómo venga la acusación, además existe tanta corrupción en el tejemaneje judicial, y más si no hay dinero de por medio, siendo capaces de torcer lo derecho y a los inocentes, que no es mi caso, los dejan sin sus derechos.

-Allí tiene en parte razón, pero a veces se puede caer en manos de un juez de recto proceder en su apreciación, y valore muy bien los pros y los contras de los asuntos a juzgar. Usted no se agüite y tenga fe en la mano de dios que ha de guiar la del juez al dictar la sentencia con la mayor justicia posible en su caso.

Después de unos minutos de silencio durante los cuales el compadre visitante permaneció callado como si ofreciera una concesión al malestar manifestado por el detenido, y de esa manera permitirle un suspiro y la limpieza de las lágrimas con el borde de la camisa distintiva del cereso receptor para luego continuar la plática, después de varios respiraciones profundas con intentos de equilibrio personal.

-En usted sí confío compadre porque siempre me ha demostrado su sincera amistad, y no es como otras personas que se dicen ser amigos y en momentos difíciles, como el trance en el que me encuentro, se dan la vuelta, nos dan la espalda “y si te conozco, no me acuerdo...”

-Mira compadre, esa gente a quien te refieres no son amigos, simplemente son unos farsantes, que en la buenas te festejan, te dan por tu lado, te llenan de cualidades, pero esas mismas personas en situaciones difíciles o francamente males, ni en cuenta te toman, nomás no las vuelves a ver, desaparecen de tu presencia como fantasmas, como si nunca te hubieran visto. Desengáñate compadre. Esa es la vida. Caminamos por caminos diferentes y disparejos, en los cuales motivos de tropiezos sobran y si tú sufres alguno y alguien se entera, esa persona puede actuar de dos maneras: se hace el loco y te ignora, o bien lo menos frecuente, te ofrece la mano con el corazón que lo motiva.

-Ahora sí le entiendo y sus ciertas palabras me confortan y me dan consuelo.

-Es como deseo que usted lo tome y permita que corra la bola y se alcance la decisión justa en su caso. Se metió en el problema y debe aguantarse como buen macho que es, como un verdadero hombre.

-Lo entiendo compadre, pero existen momentos tan duros en los cuales se siente uno doblarse por el peso de la carga y ni modo.

-Como usted quiera ver la situación, pero de que es delicada, lo es y no le queda más, una vez arriba del caballo, aguantar lo reparos como todo buen jinete.

-Usted lo conoció tan bien o mejor que yo. Cuando me dijo que quería ser mi amigo, el deseo lo tome como algo intrascendente, no le di importancia, pero a medida que pasó el tiempo y el trato se hizo más cercano, me dije, este muchacho se me hace sincero y tengo que aceptar su buena intención. Primero fue el trato laboral con el deseo de quedar bien con su jefe, yo mero, luego siguieron las invitaciones a tomarnos un café y charlar un poco. Entrados en más confianza llegamos a la invitación para comer en un restaurante un día de tantos pagando cada quien su consumo y así seguir a la par.

-Para llegar a ese punto de trato, ya había pasado un buen tiempo de identificación entre ustedes, ¿no es así?

-Desde luego compadre. Tu sabes que a mi no me gustan las confiancitas de buenas a primeras ni nada de eso. Mientras no estoy seguro

de la sinceridad de una persona, suelo apartarme de ella o bien aceptar la relación amistosa de lejitos por aquello de la dudas, y evitar caer en problemas.

-Irse con tiento en ese caso es lo mejor. Dice un conocido refrán, más vale prevenir que lamentar...

-Muy cierto. Pues llegó el día que me dejé llevar por el entusiasmo y lo invité a cenar a mi casa, metiendo la pata hasta el tronco, ¿en qué momento se me ocurrió? No lo sé y por no saberlo estoy en el hoyo en el que me encuentro. Pero le decía, el joven amigo aceptó la invitación de muy buena gana, siendo soltero y sin compromiso, situación que no supe valorar por idiota. La cena transcurrió en animada plática después de las presentaciones y la copita del aperitivo. Mi mujer, más o menos de la edad del invitado, se había arreglado como para asistir a una gran recepción. Se veía muy bonita, atenta y alegre, no siendo el tipo de reunión que solíamos tener con familiares u otros amigos. Ella lo tomó como un acontecimiento inusitado, fuera de serie, carajo y no era para tanto. El caso es que el convivio resulto agradable y los tres nos incluimos de manera espontánea, mientras los hijos se quedaron a dormir con sus abuelos. Entre risas y chistes para lo cual no tenía límites el invitado, acompañados por las necesarias copitas, no muchas, se fue la velada y llegó la hora de la despedida, sin haber reparado en la atención insistente del amigo hacia mi mujer, pues pensaba en una forma de agradecimiento y pasar como una persona sociable y espontánea, como incluso yo mismo lo había considerado conforme se fue afianzándose nuestra amistad. A esa primera reunión en mi casa le siguieron otras cada vez más frecuentes, sin sospechar intenciones deshonestas por parte del amigo. Sin embargo cada vez se polarizaba con mayor intensidad la relación entre el amigo y mi mujer, sin llegar a la demostración amorosa, por lo que yo seguía sin darle un tinte de enamoramiento al hecho, o la existencia de un franco deseo de ponerme los cuernos como vulgarmente se dice...

-Me está usted poniendo nervioso compadre. A lo macho le digo que usted fue muy confiado y valiente a la vez, al permitir el arribo de esa relación hasta un nivel intolerable...

-Ahorita yo así lo veo también, sin embargo para descargo y no siendo tan drástico en la apreciación, me iba por el lado de la amistad sincera, desinteresada. Uno que se pasa de burro o de ciego teniendo la evidencia delante de la nariz...

-Creo que le ha sido provechosa mi visita al quitarse de encima parte de su dolor y eso me parece, es ganancia para usted. Y después, ¿tardó tiempo en comprender las perversas intenciones del muchacho ese?

-Desgraciadamente me llevó tiempo compadre. Dicen y muy bien, que en robo de amores, el último en darse cuenta es el pendejo del cornudo.

-No diga eso compadre. Usted es una persona íntegra, una buena persona y no anda de malicioso con nadie y me consta.

-Por eso pasa lo que me pasó compadre, por no ser mala persona o por pasarme de bueno, da lo mismo y esa forma de ser mire a donde me ha traído, a la detención y a este calabozo, al destrozo de la familia y sin esperanza de cambiar las consecuencias terribles, ni a largo plazo.

-No se desaliente compadre y éntrele a no desechar lo bondadoso de la vida. Todos los problemas tienen solución si se enfrentan con seguridad y decisión.

-No es como usted la ve compadre. No es tan fácil...

-Pues ni tan difícil compadrito. Ya verá que con el paso de los días se irá aclarando el panorama. Ya lo verá.

-Con sus palabras usted me devuelve el aliento, la fuerza en la lucha que me espera. Me sentía desencajado, todo flojo, incapaz de superar mi desgracia y usted ha sido como un bálsamo sanador y doy las gracias al cielo por su visita.

-Eso me alegra muchísimo. No sabe usted cuanto me halaga lo que me dice. Pues es motivo de legítimo orgullo por venir de un gran amigo, y usted tiene la oportunidad de su vida de decidir lo más conveniente.

-Y usted tiene todo mi agradecimiento compadre...

-Nada qué agradecer y sí mi estimación eterna...

-Ya se acerca el final de la visita que quisiera se prolongara por más tiempo.

-Yo también y créamelo, me retiro muy entusiasmado deseándole de todo corazón que se enderece su suerte.

-Antes de despedirnos compadre, déjeme recordarle como buen postre de este banquete porque tal ha sido para mi su oportuna visita, algo que falta por decir.

-Mire compadre, mi mujer insistía que debería yo regalar o vender aquella arma pero sin hacerle caso de mi parte. ¿Cómo me iba a desprender de una pistolita tan buena siendo mi compañía durante tantos años, más de cuarenta sin haberla disparado jamás? Me felicitaban por tener ese pequeño y valioso revolver. Era una Smith y Wesson, cañón corto, cinco tiros, nueve milímetros sin haberla disparado nunca le repito, manteniéndola cargada, y con buen mantenimiento, sirviendo solo para darnos sensación de seguridad, porque ya ve de cierta época a la fecha anda suelta la delincuencia haciendo desmadre y medio. La disparé por primera vez ese maldito día de lo que me arrepiento aunque demasiado tarde. En realidad yo no tuve la culpa directamente, pues toda la trama la hizo quien llegó a decirse mi mejor amigo. Qué mejor amigo ni qué la madre. Perdón por la mala expresión pero no encuentro otra palabra menos fuerte. Él fue en su desatinada mente ideando el plan de su maldad...

-...

-Todos en la oficina sabíamos de los horarios de trabajo de cada uno de los integrantes del equipo. Cuando entrábamos y cuando salíamos. Cuando se solicitaban permisos para ausentarnos, el motivo de los mismos y el tiempo de duración. Esa vez se aseguró de que yo me quedaría en la oficina, mientras él podría salir sin problema a gozar de sus fechorías en mi domicilio y con mi mujer. Compadre, tarde me di cuenta, hasta que me llegó la corazonada o me ayudó la intuición, de ir a mi casa a medio trabajo y sin causar alteración en el buen desempeño del personal a mi cargo...

-...

-...atrapado por la sospecha de la traición e instintivamente como si adivinara el futuro, traía en la guantera del carro, la dichosa pistolita que le he mencionado. Con el odio reverberándome en el pecho y con

la razón a ciegas, arranqué mi vehículo y casi volando me dirigí a mi casa. De puro milagro no choqué o me detuvo algún agente de tránsito. Llegué a mi destino y como loco me embolsé el arma. Entré a la casa y me topé con una escena imaginada. No hice escándalo ni lancé reproche alguno, estaba trincado de enojo, de rabia, simplemente jalé la pistola de la bolsa de mi pantalón y disparé un solo tiro, uno solo que me sonó a cañonazo y de inmediato tiré el arma. Con desesperación escapé sin saber a quién le había tocado la bala. De eso me enteré después que me detuvieron. Lo demás ya usted lo sabe...

El reo vuelve a secarse las lágrimas escapando de sus ojos.

Sonó un silbato y una voz exclamó: ¡Visita concluida!. La despedida fue inmediata.

La balacera

Se la habían sentenciado: o colaboras con nosotros o te hacemos colaborar.

Era un agricultor de apenas diez hectáreas, con cuyo producto sostenía a su familia aunque subsistiendo con limitaciones, pero sin pasarla del todo mal. Ocurrió una tarde con el estacionamiento de una camioneta color negro con vidrios polarizados frente a la puerta de la casa, bajando del vehículo tres sujetos, uno de ellos con un arma de grueso calibre, tal vez con la intención de entrevistar al dueño de la propiedad. Tocaron en la puerta y el señor se hizo presente.

-¿Qué se les ofrece amigos? –preguntó con extrañeza.

-Muy poco y tú lo sabes porque te hemos enviado mensajes previamente -respondió uno de los recién llegados, nada mal encarado, al contrario, suave en el trato, sin la intención de inducir duda o temor.

-¿Y ese poco en qué consiste? Yo no tengo gran cosa en ofrecimiento. Quizás les pueda dar un vaso de agua o una taza de café que se amerita por la hora. Ustedes dirán cuanto tiempo van a estar.

-No se preocupe, seremos rápidos y no nos andamos por las ramas.

-¿Puedo invitarlos a pasar disculpando lo pobre de la vivienda?

-No es necesario –replicó el de la voz por parte del grupo.- Deje a la familia donde está. Aquí mismo le decimos el motivo de nuestra visita. Se trata de que tú el dueño de esta parcela, que consta de, ¿Cuántas hectáreas?

-Más o menos diez...

-Eso es y que nosotros queremos ponerlas a trabajar...

-¿Ponerlas a trabajar has dicho? No, no en eso estás equivocado. La parcela está siendo trabajada y con el fruto de esta tierra tenemos para vivir toda la familia.

-Sin discutir nosotros la haremos producir mucho más de lo que ustedes obtienen, y el producto se agregará a la cosecha de las tierras vecinas...

-Lo siento pero mi propiedad no está en venta...

-Nosotros te la queremos comprar...

-Te repito amigo, No vendo esta tierra por ser mi único patrimonio.

-Pues quieras o no, tu tierra pasará a manos de un nuevo dueño, nuestro jefe.

-¿Y como para qué la quieren, se puede saber?

-Para algo que deja mucho dinero. Es más, te la pintamos fácil, podemos hacerte socio de las ganancias y no te vas a arrepentir...

-Les digo...

-No se diga más. Carga con tus chivas y la familia y te haremos llegar el pago de inmediato...

-Están equivocados. De aquí no me voy a mover.

Lanza un silbido el de la voz cantante y baja de la camioneta un tipo de mal aspecto portando una AK47 con la que encañona al dueño del predio y amenaza:

-O aceptas la oferta o te enviamos a un lugar de donde no se retorna y junto con tu familia.

El señor duda un instante y dice:

-Está bien. Déjenme hablar con mi mujer que está en la cocina...

-Vale. Sin tretas...

Se acerca a buena velocidad al lugar de la discusión previa, tres camionetas con policías en las bateas y logotipo estatal, debido a la alerta de los vecinos de la zona. Los delincuentes sorprendidos se dispusieron para la defensa y se inició la balacera. Viendo estos la superioridad de las fuerzas del orden, de inmediato decidieron abordar su vehículo y

emprender la huida a toda velocidad dejando a dos compañeros baleados en el suelo y también al dueño del terreno, quien en la confusión del tiroteo, no logró entrar a su vivienda.

Calmado el ambiente se escucharon gritos y llantos de varias personas procedentes del interior de la casa. Con mucha cautela los policías fueron acercándose al sitio en donde estaban los caídos, dejando en una de sus camionetas a un compañero herido, sin decidirse intentar la persecución de los criminales.

En el juzgado la viuda admitió las amenazas previas hechas a su marido, e insistió en que siendo el señor muy terco y arraigado a la parcela por ser ésta herencia de sus padres, no iba por nada del mundo así fueran amenazas terribles, a ceder ante los apremios de los bandidos.

Por su lado la señora y sus tres hijos pequeños consideraron no poder volver a su hogar de siempre, y tendrían que recurrir incluso a la venta de su tierra, buscando alojamiento temporal con algún pariente cercano de preferencia.

Comentó también que sabía de amenazas contra otros propietarios vecinos con tal de hacerse de sus parcelas, con la intención de ampliar sus sembradíos y aumentar la producción de droga.

De manera inmediata la viuda encontró protección de parte de un vecino con quien llevaba buena amistad su difunto esposo, mientras le llegaba el pago de la indemnización prometida, pues se enteró de que las balas que le cortaron la vida al señor fueron señaladas por el peritaje balístico, haber salido de las armas de los policías, mismas que también abatieron a los sicarios caídos.

Le recomendaron no cansarse de insistir hasta lograr el pago correspondiente, sin faltar la persona que opinara lo inútil de su esfuerzo ya que la burocracia oficial es muy lenta en ese tipo de trámites, por el conocimiento tenido de personas frustradas en condiciones semejantes por la que ella estaba penando, quienes después de un tiempo largo no habían recibido su indemnización.

Pasado algunos meses después de la infausta balacera y prácticamente agotados todos los recursos económicos disponibles para el

mantenimiento de la familia, la mujer aceptó el consejo del vecino amigo quien sin pelos en la lengua le dijo clarito, que le quedaba el recurso de negociar con la delincuencia, sin necesidad de vender el predio cediéndolo a cambio de una compensación monetaria de manera regular, con la que podría solucionar su problema económico, y seguro le sobraría una parte para el ahorro.

Después de valorar su difícil situación, con prontitud decidió seguir dicho consejo , dejando de lado la terquedad de su difunto marido, y una vez realizado el acuerdo, previo pago de un buen anticipo, se sintió satisfecha y con el alma vuelta al cuerpo.

Pensó: “Perdona viejo querido, pero fuiste muy pendejo en no aceptar el ofrecimiento que te costó la vida”.

La herencia

En el café principal de una gran plaza se encontraron como previamente habían acordado, dos amigas con el fin de pasar un agradable momento en plática desordenada como era su costumbre.

-Mira amiguita, tú sabes muy bien que si tienes padres ricos, cuando mueren esperas recibir de herencia una buena cantidad de lana, con la que puedes librarte de múltiples deudas que te atosigan, hacerte de cosas que siempre has deseado, e incluso te puede sobrar para llevar una vida futura sin preocupaciones económicas, en vez de estar viviendo al día.

-Amiguita querida por lo que sé, a ustedes nunca les ha faltado lo indispensable

-Mira hermana, el hecho de que tengas para lo indispensable, no quiere decir que estés viviendo a gusto, y menos sabiendo que puedes vivir mucho mejor, estando dicha mejoría al alcance de tus manos, si no te toparas con necios impedimentos de mis viejos.

-De acuerdo pero nos han criado dentro de reglas costumbristas arraigadas en ellos, por lo que los padres son muy estrictos y piensan en el futuro como gastar lo justo, sin excesos y ahorrar lo más posible por si la suerte no les beneficia después.

-Tú lo sabes, yo nunca he estado de acuerdo con esa manera de llevar la vida, ni tampoco mi hermana aunque lo hemos tolerado a pesar de sentir que si se mejoran las condiciones de vida estrecha de nuestras familias, les podría sobrar muchísimo dinero y eso lo sabemos muy bien y no es cuento, es la verdad.

-Tus padres son mayores de edad, y seguramente con lo calculadores que son ya han dispuesto bien su fortuna para que en el momento que ellos falten, ustedes no carezcan de lo necesario y sobre todo, se encuentren cubiertas las necesidades de sus hijos.

-En eso estoy de acuerdo contigo amiga, sin embargo dada su manera de ser, quien sabe si de último momento se les ocurra incluir en el testamento además de mi hermana y yo, a otras personas que pueden no ser ni parientes.

-Mira, tus papás son muy prácticos y con toda seguridad tienen todo fríamente calculado. Tú misma sabes que no dejan nada para después y para eso son muy buenos.

-Pues eso espero y en especial, mi marido y mi cuñado, quienes aunque tienen un empleo estable, no están a gusto con lo que ganan y les resulta muy difícil ambicionar como empleados de papá, obtener mejoría en sus sueldos, por lo que ellos se encuentran también muy esperanzados en la fortuna que pronto hemos de recibir, y no estoy deseando su pronta muerte ni mucho menos, pero es lo esperado dado la edad que tienen y lo enfermizo que se han vuelto.

-Oye amiguita, por la sinceridad de tus palabras, hablas de una manera desconocida para mí. Percibo cierta frialdad nada frecuente en ti y perdona que te lo diga.

-Por favor querida amiga,- no quiero que me malinterpretes. No soy ni seremos unos malvados. Solamente estamos viviendo la vida con justo aprecio, con carencias indudables y sin salirnos un ápice de la realidad.

-Mira amiga, No sé en tu caso lo que puede ser justo o injusto, yo solamente te puedo decir que me considero una persona sensible y menos práctica, sin decir con ello que te juzgo mal. Simplemente te digo mi opinión y quiero que así lo consideres.

-Agradezco tu sinceridad amiguita, pero sin cambiar de tema cada vez mis hijos nos llegan con más exigencias y a nosotros se nos hace polvo el ingreso. Nos angustia esa terrible situación.

En el descanso del medio día, los esposos de las dos hermanas se citaron en un café cercano al sitio de su trabajo. A la hora acordada se saludaron y ocuparon una mesa en el lugar más discreto del local, aunque por la pandemia la asistencia de clientes era notoriamente escasa con el desaliento del propietario.

Uno de los recién llegados solicitó un capuchino, y el otro un café americano. Después de los primeros sorbos, iniciaron la conversación sobre el tema previamente acordado.

-Pariente, ¿y qué tal la chamba?

-Pues ahí aguantando, no queda de otra. Ya vez que siempre falta y nunca sobra.

-Lo mismo pasa conmigo. Ese tu suegrito es un negrero y no solo con nosotros que se supone somos parte de su familia y nos tendría alguna consideración el infeliz.

-Opino igual que tú. Nos trata como esclavos y no como lo que somos, sus hijos políticos. Sabe bien que de nosotros depende la felicidad de sus hijas.

-Ni eso lo conmueve. Pinche viejo tacaño. Tanto dinero que tiene y más que sigue acumulando.

-He pensado que tal vez un segundo frente le esté sacando la lana, pues ese tipo de gente exige más y tú lo sabes bien.

-A decir verdad, no le conozco nada al respecto pero todo puede suceder.

-Oye, antes de seguir soltando lágrimas mejor le entramos de lleno al asunto que más nos interesa.

-De acuerdo.

-Lo importante es definir la manera de sacarle más dinero al suegro.

-Por lo pronto pedirle un aumento de sueldo está de antemano descartado. Ni intentarlo con lo pichicato que es, ni intentarlo compañero.

-Tienes razón...

-Hablando en plata, ¿qué otra salida propones?

-No se me viene a la mente. Es difícil decidir pero hay que hacerlo.

-Te soy sincero. He pensado en algo descabellado pero efectivo. Podemos eliminarlo aunque suene muy duro.

-A mí también pero no es el momento de actuar con debilidades sino irnos por lo que mejor nos convenga y a lo seguro.

-Lo cabrón va estar en como lo hacemos y asegurar la herencia para nuestras mujeres. No hay que descartar que cuando menos la mitad de la fortuna pasaría a las manos de la suegra, pero el viejo tiene tanto dinero en inversiones, que la otra mitad sería super suficiente para las hijas y nuestro cambio de vida.

-Mi opinión es entrarle al asunto de una vez por todas y armar un buen plan, seguro y de buenos resultados.

-¿Envenenamiento en su oficina a la que tenemos acceso?

-No me suena. Habría dificultades. De inmediato no tendríamos ayuda de nadie. Los empleados son muy culeros y chismosos.

-De acuerdo, ¿y si optamos por contratar a dos sicarios para hacer el trabajo sucio?

-No me parece tan mala idea. Más bien me la considero sensata. Conozco a alguien que por una buena lana estaría dispuesto a hacer el arreglo sin mucho rogar, con la debida discreción y sin abuso.

-Me parece perfecto, ¿y como para cuando lograrías ese contacto y el acuerdo?

-Considero que no pasaría de una semana.

-Me suena mejor la propuesta. Una semana o dos no es nada comparada con el maldito tiempo de trabajo acumulado siendo verdaderos esclavos. En realidad sería una insustituible ganga para nosotros.

-Hecho y no se diga más.

-De acuerdo pariente.

-Eso sí. Debemos actuar con la mayor discreción. En especial nada de plática con las mujeres, capaz y nos acusen de intento de homicidio y nos quedemos sin chamba. Además debemos irnos con tiento porque si fallamos, la cárcel nos esperaría con las puertas abiertas y de la cual no saldríamos en muchos años y al salir no daríamos ni lástima a nuestras familias por pendejos.

-Por eso y más, nada de dar oportunidad de que nos cachen en la movida arreglada.

-Nada. Ni un cachito de oportunidad. No, nada.

Definido el atentado en contra del suegro esperaron dos semanas para que los encargados lo hicieran realidad. Uno de tantos días después, ocurrió el asesinato no solamente del empresario, sino también de la esposa acompañante en el trayecto de la oficina a su domicilio. Esta otra muerte hizo enojar a los dos yernos, pues lo pactado fue la muerte solamente del señor, aunque consumado el crimen, los yernos le encontraron el lado bondadoso a lo hecho, al pensar que muertos los padres, sus mujeres serían las herederas universales y ellos los más beneficiados.

La prensa y otros medios de información, le dieron al suceso suficiente cobertura, induciendo en el público receptor amplia condena al crimen, en especial en las redes sociales con exigencias múltiples de justicia para las víctimas y sus familiares, evitando la impunidad ante tan aborrecible crimen, siendo las víctimas personas de edad avanzada, muy trabajadoras, desconociéndose el motivo por el que fueron sacrificados mediante violencia inhumana.

Pasaron los meses y la investigación oficial no daba mayores resultados válidos, solo se sabía que los autores materiales habían sido dos personas viajando en una motocicleta, una de ellas portando un arma de fuego larga con la que disparó en varias ocasiones contra el auto de las víctimas. No se conocía nada, ni en sospecha de los autores intelectuales. El señor que tripulaba el auto, murió en el instante y fue encontrado sobre el volante con múltiples heridas de bala, y la señora acompañante fue rescatada herida pero aún con vida, muriendo posteriormente en un hospital privado.

Al enterarse del trágico suceso los yernos y las hijas, se movilizaron para el rescate de los cuerpos y su traslado al recinto correspondiente, y organizar el funeral y la cremación inmediata.

Una vez concluidos esos menesteres, acicateadas las hijas por sus respectivos maridos, se abocaron de inmediato a la revisión de todo lo que tenía que ver con los documentos de propiedades, cuentas bancarias y demás, sin evitar los comentarios y el inevitable entusiasmo de las herederas y en especial el inocultable regocijo de los dos maridos, quienes se cuidaron muy bien de no equivocarse en la perfecta representación de su papel de seres asombrados por lo inédito de los acontecimientos

y desde luego, condenando el terrible sacrificio de sus suegros. Fueron ellos los más interesados en agilizar los trámites a nivel de las autoridades correspondientes con el fin de lograr la identificación y la captura de los autores materiales, dejando en segundo término la detención del autor o de los autores intelectuales, como a los yernos les convenía.

Meses después la noticia se fue diluyendo por el poco interés de los herederos en el suceso, y lo agradable del cambio en su nivel de vida, gozando de la comodidad que tantos años habían deseado y se les había negado con persistente indiferencia.

La vida les sonreía a las dos parejas como nunca soñaron y siempre anhelaron. La investigación del crimen que les costó la vida a los padres, pasó a último término, debido al olvido conveniente del asunto, sobre todo tratándose de los yernos que todo indicaba que la habían librado para su tranquilidad.

En una ocasión tomando un café los dos cómplices en el lugar acostumbrado, en la plática surgió el tema del crimen de sus suegros con la impunidad agregada para su personal regodeo.

-En eso la hicimos muy bien. Todos nos beneficiamos. Nos cambió la vida totalmente y tú eres de la misma opinión, ¿no es cierto?

-Estoy de acuerdo contigo, pero a veces lamento lo ocurrido. Pobres viejos. Les llegó de pronto sin deberla ni temerla.

-Calmado compañero, lo pasado, pasado está y no es tiempo de arrepentimientos y lo debes tener bien claro.

-Pero...

-Pero nada. Ten mucho cuidado y no se te vaya a ir la lengua con tu mujer o alguien más. Sabes bien lo peligroso que puede ser para nosotros. Si se descubre la verdad, no la contamos y yo me suicidaría, pero antes de morirme, te parto la madre.

Quince años

Marisol es una niña alegre, ocurrente, buena hija, además hija única, a quien la vida le sonrío de continuo, obteniendo muy buenas calificaciones en el colegio estudiando tercer año de secundaria, estando por eso sus padres, orgullosos de su desempeño escolar y pronto a celebrar sus quince años de edad como un gran acontecimiento para satisfacción familiar y personal, organizándole un festejo digno de la chamaca.

La niña se regodeaba con la amistad que gozaba de muchos compañeros de su escuela así como también de otras instituciones educativas y sociales.

Faltaba apenas una semana para la fecha del cumpleaños, por lo que todos los integrantes de la familia se habían comprometido hacer el trabajo que le tocaba a cada uno, según la organización acordada del festejo, con gran entusiasmo.

A propósito de la familia de la quinceañera, debe decirse que la integraban el padre, la madre, la abuela paterna y los abuelos maternos, estos últimos viviendo en su propio domicilio. El señor toda su vida había sido comerciante y en la actualidad administraba un pequeño negocio en la central de abasto, siendo distribuidor de abarrotes y mercancías similares obteniendo buenas ganancias.

En dicha central ya se habían dado casos de venta de drogas, asaltos a clientes, amenazas a comerciantes y cobro de piso, agresiones y robo de vehículos. Don Fernando, nombre del padre de Marisol (Mari para los amigos), en aislada ocasión, recibió una llamada con la advertencia de alguna “visita”, escrita en un papel de estraza, sin mayores indicaciones, sin que el señalamiento se repitiera en una siguiente ocasión, por lo que no le causó temor y pronto se olvidó del asunto.

Como estaba muy próxima la celebración de su hija, procuraba que el desarrollo de dicho festejo se fuera dando de manera ordenada y con todo a su tiempo, sin reparar en gastos necesarios, contando con la aceptación de amigos de su hija para intervenir como chambelanes, y como damas las buenas compañeras. Los padrinos fueron designados justo a tiempo. Se contrató un buen conjunto musical con excelente cantante y moderno repertorio, y respecto a los invitados, se limitó el número de probables asistentes debido a la actual pandemia como parte de las medidas preventivas establecidas por las autoridades sanitarias.

Por su lado Marisol no cabía de felicidad al platicarles a compañeras y amigos con abundancia de detalles, todo lo que se venía realizando con motivo de la llegada de su cumpleaños, y ellos por su parte de manera maliciosa, le “daban cuerda” con tal de que no se detuviera en la descripción que tanto la ponía a gozar y mucho la entusiasmaba.

Como todas las chicas eran de edades cercanas, también soñaban en el día que a ellas les tocara cumplir la anhelada edad, y ya se veían como estrella principal en la ceremonia religiosa en la iglesia seleccionada, rodeadas de familiares y amigos frente al sacerdote y su séquito oficiando la esperada misa, y luciendo la festejada con orgullo, el atuendo elegido para tan memorable fecha.

En reuniones informales fuera de clases salían a relucir las dudas, las preguntas, las multiplicadas respuestas, todo el intercambio de palabras motivado por el soberbio acontecimiento tan esperado y deseado por la futura festejada, quien a su vez y con tal de estimular la animación colectiva y más allá la envidia de las presentes, daba la oportunidad de que la agitada plática persistiera incluso con demasiado interés. Era el juego de las opiniones multiplicadas, desde luego arrebatiéndose con vehemencia el uso de la palabra.

-Hay hermanita te veo tan alegre y muy feliz por tu cumpleaños, tanto que quisiera estar en tu lugar.

Otra:

-Ojalá mis padres se entusiasmen como lo están lo tuyos una vez que a mí me toque el turno.

-Seguramente lo estarán. No lo dudes. Para ellos es algo único y también para toda la familia. Te lo aseguro amiga.

Que tus labios digan la verdad chamaca, y más si ven lo que está sucediendo con toda la algarabía que hay en tu casa.

-Todo porque tú te lo mereces. Lo has ganado bien.

-A todas les llegará el turno y lo vivirán como loquitas,,,

-Eso espero y me pongo muy nerviosa de mirarte tan feliz. Dichosa tú.

-Les aseguro que lo que yo vivo en estos momentos, también lo van a disfrutar ustedes amiguitas.

-¡Viva Mari! ¡Viva la quinceañera!

Todas las amigas festejaban el próximo onomástico con la aspiración insoslayable de que en tiempo no dilatado a ellas también les festejaran sus quince años, sin representar envidia por lo que en esos días le acontecía a Mari, o quizás a una que otra sí la inquietaba que su propia fiesta no resultara tan espectacular como la planeada.

El señor padre de la jovencita no se acababa la satisfacción de ver a su hija convertida en toda una bella damita, lamentando por un momento también la realidad de que fuera a cumplir quince años “tan pronto”, teniendo aparejada la dicha de poder ofrecerle una celebración como ella lo merecía, pues en ninguna época había dado motivo alguno para hacer renegar a sus padres el haberla traído al mundo.

A pesar del trabajo que representaba la organización del acontecimiento, la sincera intención del señor era que todo saliera perfecto, sin dudas, tropiezos o quejas. Él era por carácter tendiente a la perfección siempre. Repasaba una y otra vez el programa a desarrollar a lo largo de una semana y con especial detalle el momento de bailar el vals escogido.

A cargo de la cuidadosa selección de la vestimenta de chambelanes y damas, estuvieron abocadas con gran dedicación, la madre y las abuelas que no se dudó serían las más indicadas, escuchando otras opiniones, de tías y amigas de la familia con deseos de “meter su cuchara” en tan trascendental asunto.

El ajeteo no cedió paso a pausa alguna hasta que llegó el día anunciado para realizar la celebración. Un nerviosismo no disimulado se notaba en la movilidad y la cara de preocupación de las personas incluidas, interesadas y satisfechas por el trabajo hecho, con el esmero que en ello ponían sin dejar escapar detalle alguno.

El festejo transcurrió como se había planeado bajo la estricta vigilancia de don Fernando. La ceremonia religiosa solemne. El retorno a casa sin incidentes y la fiesta desatada en el domicilio al ritmo de música tropical y moderna por exigencia de la chaviza. Desde luego sin mucha estridencia para no inducir reclamos vecinales.

Por supuesto se propuso cumplir con los cuidados preventivos exigidos por las autoridades sanitarias debido a la pandemia que maltrataba a la población, pero al calor del ambiente y las felicitaciones y pasado un tiempo ante el estímulo de bebidas embriagantes, se fueron relajando esas medidas, sin la protesta de nadie, ya que a casi todos, avanzado el jolgorio, solamente les interesaba la diversión y pasar la noche lo mejor posible.

En un momento de mayor bulla, cuando los ánimos se desbordaban de abierta felicidad, se escucharon golpes en la puerta principal cerrada para evitar reclamos por aislados que fueran.

El dueño de la casa se alertó y le dijo a su esposa no tener idea de quien estuviera tocando de manera impertinente, pues aunque se escapara al exterior algo de ruido, estaba muy amortiguado sin causar incomodidad a los vecinos.

El señor se paró de la mesa principal donde se encontraba sentado con su familia y extendiendo la mano en señal de tranquilidad, le dijo a su señora:

-Tengan calma. Voy a ver de qué se trata –y recomendó-: Sigán con la fiesta y en un tiempito regreso.

Al abrir la puerta se encontró con tres sujetos desconocidos con pinta de jóvenes y mascarillas puestas, portando armas de alto poder y exigiéndole que se hiciera a un lado, porque “esto es un asalto”, así le dijeron.

El señor en vez de obedecer intentó detenerlos y solo consiguió que uno de los asaltantes lo encañonara y disparara el arma que portaba. Al estruendo del disparo se armó tremendo escándalo, mezclándose gritos y llantos que los recién llegados intentaron acallar con órdenes y amenazas, y a la par exigieron todas las pertenencias de valor de los presentes de manera inmediata o se atuvieran a las consecuencias.

Después de cometido el asalto, uno de los delincuentes, al parecer el cabecilla, ordenó: ¡Vámonos a las motos! ¡Jálenle! , dejando tirado en la entrada de la casa al señor herido. Antes de retirarse uno de criminales se fijó en la quinceañera y dijo riendo: “Este culito me lo llevo”, y cargó con el motivo de la celebración.

En cuestión de segundos los bandidos desaparecieron y se truncó el festejo con el asombro de familiares e invitados, el llanto intenso de las damitas, los gritos de las señoras y las solicitudes de auxilio de los señores frustrados por el atraco de que fueron víctimas. Mientras tanto, el señor balaceado en el pecho, presentaba respiraciones estertorosas en espera de la solicitada ambulancia y su traslado a un hospital con la asistencia de los paramédicos. Desafortunadamente, después se supo, el hombre falleció durante el traslado.

Los delincuentes con la cumpleañera a lomo de moto se hicieron ojo de hormiga, diluyendo sus figuras en la distancia y reduciendo a silencio el tronido de las máquinas.

Después de un viaje con duración de una hora aproximadamente, se estacionaron frente a un portón, bajando uno de los malhechores abriendo las hojas de la entrada. Metieron las motos y volvieron a cerrar la puerta de lo que parecía un almacén abandonado.

Procedieron de inmediato al recuento del botín obtenido, nada despreciable, quince celulares, muchas carteras conteniendo en su interior cantidades importantes de dinero, tarjetas de crédito y débito, joyas variadas en aspecto y calidad, pero lo más celebrado por ellos es haberse traído a la cumpleañera, una joyita envidiable, insustituible.

-¿Qué les parece mi adquisición de belleza? -preguntó el delincuente raptor a sus compinches.

Al unísono y con la rapidez del rayo, lo alcanzó el reclamo.

-¿Qué dijiste tarado? Esa lindura es propiedad de todos, y si no te gusta ya puedes agarrar tus pertenencias y largarte.

-Okey...Okey..., nada de pleitos entre nosotros. Somos socios y como le interrumpimos su fiesta a la niña, es justo que aquí le armemos una más chida. ¿Qué opinan ustedes?

-Es lo justo y para eso contamos con el equipo necesario.

De una cómoda maltratada sacaron botellas de licor, de agua mineral, cocas, vasos y de una pequeña nevera una bolsa de cubos de hielo. Así comenzó un nuevo tramo de sufrimiento para la chica raptada a quien al son de música de celular hicieron bailar y le fueron arrancando las vestiduras entre manoseos, consumo de tragos y carcajadas. La niña en pleno llanto caía y era levantada con lascivia y brusquedad hasta ser víctima de una violación multitudinaria.

El ataque a la desgajada damita terminó con el derrumbe orgánico de ella por agotamiento, después de haberla obligado a bailar una pieza de vals interminable, alternándose como parejas los delincuentes y recurriendo a golpes para evitar la extenuación una vez intoxicados hasta el fondo los chambelanes de ocasión. A pesar de los ruegos de la chamaca, cuando caía al suelo, los delincuentes intoxicados por el alcohol y la droga, recibía como respuesta mayor maltrato, siendo obligada a levantarse jalada de los cabellos y el cuello, sin tomar en cuenta las muestras de sufrimiento y dolor, hasta el cese de toda actividad vital de la víctima.

-Oigan borrachos, ésta ya no se mueve y no la escucho respirar. ¿Estará muerta?

-Déjame ver –solicitó otro de los presentes haciéndola de paramédico.

Después de cerciorarse de que la chava no respiraba ni se le sentía pulso en las muñecas, aceptaron su fallecimiento sin ninguna pena.

Para estar seguros de su muerte, el joven de la voz cantante sugirió a otro de sus compinches, para asegurarse de que no habría posibilidades de denuncia si se le dejaba viva, “pégale un balazo en la cabeza”.

Tres días después del asalto a la festividad y de la muerte del señor Fernando, de viajar por las redes sociales, la TV, los periódicos la nota de la desaparición de la joven quinceañera, unos patrulleros encontraron una gran bolsa negra en la cuneta de una carretera vecinal, con fuerte olor del contenido a putrefacción. Los estudios periciales concluyeron que los restos humanos presentes en su interior pertenecían a la adolescente raptada.

Se abrió una carpeta de investigación por el doble homicidio (uno, feminicidio) y capturar a los responsables, sin embargo después de seis meses de truncada la fiesta de los quince años de Mari en forma inhumana y cruel, no se sabe nada de los asesinos.

Emilio “Cuero”

Se llama así, Emilio, y de cariño y reconocimiento le apodan “Cuero”, sabrás por qué.

Ese joven tirando a maduro, pues cuarenta años lo recomiendan, ha llevado una vida podríamos decir interesante, si no azarosa. Siendo muy jovencito abandonó los estudios que trunció al terminar la prepa. Su intención era cursar la carrera de licenciado en Derecho, pero no le alcanzó el ingreso pues su padre lo abandonó a su suerte y tuvo que buscar chamba. Se dedicó a la “política” según él mismo presumía afiliándose al partido oficial para no errarle e ir a lo seguro, y como buen comunicador natural logró ingresar como secretario de un “mandón” en la estructura partidista.

A partir del buen paso logrado, con lo inteligente que era y así lo aceptaban sus compañeros, comenzó su carrera de ascenso en la estructura del partido de forma exitosa e ininterrumpida.

Mostraba mucha habilidad en su trato con todo mundo y en especial con los jefes, mediante el conveniente halago sin llegar al extremo de la adulación empalagosa y torpe, sabía que de esa manera los dividendos le llegarían, aunque no inmediatamente, sí tarde o temprano.

Pero esa no era su principal moneda de cambio. Tenía otra más importante y eficaz, su porte, su atrayente figura que dejaba con la boca abierta a las mujeres y en posición de envidia y enojo a los hombres, y según los comentarios de ellas, se entregarían a él en cuerpo y alma aunque no las perdonara en confesión ningún cura.

Por eso mismo desde pequeño lo calificaron de ser un niño muy bonito y a cierta edad durante la adolescencia le colgaron el mote de “cuero” y con exageración de “cuerazo”

De esa manera se referían a su persona con mucha frecuencia aunque su nombre de pila fuera otro, Emilio, y en contadas ocasiones se referían a él como Emilio “Cuero”, parodiando el nombre de un antiguo galán del cine mexicano llamado Emilio Tuero.

Los años lo obligaron a la aceptación de ese tipo de trato sin tomarlo como ofensivo o burlesco. Al contrario sentía orgullo y con justo señalamiento sobre todo si la designación escapaba de la boca de una mujer y con mayor intensidad, como un verdadero pavorreal, cuando el señalamiento procedía de una dama bonita, hecho que ocurría con bastante frecuencia, acompañado de una sonrisa de satisfacción plena como respuesta de agradecimiento inmediato de su parte.

Esa situación con alguna frecuencia le había ocasionado inconvenientes e incomodidad, por no faltar la chica inquieta quien olvidando su compromiso de pareja se le insinuaba más allá de los límites tolerados por la relación de amistad, sin embargo y para conservar la integridad de su físico siempre se escurría por el lado del chascarrillo o la broma oportuna y salir bien librado del problema.

Hubo ocasión de renegar de su físico por no ser el causante de los atributos de su cuerpo, ni tampoco culpar a sus padres de la dotación excesiva que le otorgó la naturaleza.

Emilio “El Cuero”, además de su buena presencia se sabía poseedor de habilidad relacional y de inteligencia despierta, que supo aprovechar para escalar con relativa facilidad los ascensos en la estructura burocrática partidista hasta llegar a ocupar la presidencia regional del partido convirtiéndose en relativamente poco tiempo en candidato a presidente municipal hecho todo un joven maduro, con experiencia política y administrativa.

Llegó el tiempo de elecciones y con un equipo de campaña amplio, la ayuda de unos cuantos “mapaches” experimentados en esas transas y el apoyo de los organizadores del proceso, el “Cuero” logró el triunfo con un porcentaje de votos jamás antes alcanzado en elecciones previas, por lo que no hubo objeción ni reclamo alguno. Posteriormente se corrió la voz entre unos cuantos descontentos de no haber faltado los tradicionales enjuagues y trampas de costumbre como relleno de

urnas, eliminación de boletas dizque falsas, acarreo de votantes, pero lo más llamativo del evento fue la presencia mayoritaria de mujeres de todo tipo, quienes declaraban su apoyo incondicional al candidato, gritando vivas y porras aun cuando estuviera prohibido, y sin hacer caso a la petición de silencio de los maridos de mujeres casadas, alegando el derecho de ellas a manifestarse. Insistían en:

-¡Somos libres! ¡Estamos en el siglo XXI! ¡Casadas pero no esclavas!
¡Ese tiempo ha pasado!

Y consignas parecidas.

Habían tomado muy en cuenta entre tantas promesa del candidato, una especial, la de haber llegado el momento de la emancipación del sector femenino y la aceptación de sus derechos legítimos de una vez y para siempre.

Eso mismo quedó demostrado en el cómputo de las boletas electorales habiéndose encontrado que la población femenina había contribuido con el 70 por ciento de la votación. El candidato al saber la noticia de su triunfo, sintió gran satisfacción, y mayor fue su gusto al valorar las condiciones en que se dio, siendo la participación de las mujeres el factor definitivo en el gane.

Desde luego, poco había cambiado la tradicional forma de realizar elecciones con permanente logro favorable al partido en el poder de muchos años atrás, sin faltar la fiesta popular de la celebración en la plaza principal.

Nueva celebración ocurrió después de la toma de protesta en el recinto oficial del ayuntamiento junto con todos los integrantes del cabildo, de nueva cuenta con el mayor entusiasmo del contingente femenino, sin poder dudar de su popularidad entre dicho sector, pues de que era popular Emilio el “Cuero”, nadie lo ponía en duda.

Adelantándose a disposiciones de más alto nivel, el nuevo presidente decidió que sus inmediatos colaboradores fuesen damas y de preferencia, guapas y de buen ver, ocupando cargos como la Secretaría particular, la ‘Secretaría del cabildo, la Tesorería, asesores y de allí para abajo hizo la distribución de asientos oficiales entre los varones. También y con tal

de darles oportunidad a las señoras esposas de distinguidos ciudadanos, consideró conveniente la creación de varias comisiones en vez del tradicional y mal visto DIF, nombrando oficiales del cuidado de la niñez; de los ancianos; de los discapacitados; de vigilancia del presupuesto, y otras que se fueran considerando sobre la marcha, con la justificación de que había sonado la hora de las mujeres y como un punto toral en las promesas de campaña. Además en cada comisión, la persona designada tendría tres ayudantes, de tal forma que en caso de ausencia de la oficial, con prontitud para no entorpecer las actividades administrativas sería sustituida de inmediato por la colaboradora más responsable y desde luego con la de mejor imagen.

Teniendo un grupo de colaboradores de buen nivel, se esperaba que al término del trienio, Emilio entregara muy buenas cuentas a las nuevas autoridades por intuición natural.

El Presidente municipal con su buen porte alabado por muchas mujeres y unos cuantos varones librepensadores siendo justos, había llevado una vida con bastante libertad y discreción, en especial en la relación erótica con mujeres quienes se peleaban su cercanía, no obstante ser casado y con dos hijos adolescentes.

Para evitar habladurías y no pocos chismes que suelen volar más rápido que un cuete supersónico y no inquietar a la madre de sus hijos, decidieron de común acuerdo fijar el domicilio familiar en la capital del estado, con visitas semanales del marido, siempre y cuando su trabajo se lo permitiera.

Hecho ese compromiso intrafamiliar, no debería en el futuro surgir problema que pusiera poner en inestabilidad o franco peligro la integridad del núcleo familiar.

Todo marchaba a pedir de boca, caminando sin tropiezo alguno como fue planeado por el Presidente. Su agenda después de varios meses del ejercicio del poder a todo lo que daba, de lunes a viernes y con menor intensidad sábados y ciertos domingos, era un ejemplo de responsabilidad y dedicación para todo el personal del cabildo. Tenía reuniones diarias si así lo ameritaban los asuntos pendientes con todas sus colaboradoras incluyendo las oficiales de las comisiones de nueva creación, de manera individual y a puerta cerrada con seguro.

Nadie se quejaba y no se daban dudas en relación con el trabajo realizado por cada una de las colaboradoras designadas en los principales cargos públicos.

Muy aisladas situaciones por mal entendidos en el trato del Presidente con alguna subordinada, se tomaba más bien como una muestra de agradecimiento y lealtad para con su jefe de parte de la señalada.

Pasó más tiempo en el ejercicio del poder y Emilio y sus colaboradoras, se apreciaban y agradecían con mayor frecuencia e intensidad sus lazos de amistad, siendo en ello la práctica de la relación discreta, sin dar pie al reclamo o al reproche y mucho menos a la agresión, pues con el jefe esa situación no progresaba sea por temor o celos de los probables afectados o resentidos.

Desde luego como en todo grupo amplio de trabajo, no faltaba la oportunidad de la envidia, la crítica, la calificación incisiva y en ocasiones agresiva. Las colaboradoras se esforzaban en llevar bien la fiesta con tal de no ser objeto de llamadas de atención, y si estar a gusto y cerca de su jefe, el bien plantado y complaciente jefe, y ofreciendo resultados satisfactorios en el desempeño de sus encomiendas.

El Presidente a pesar de su carisma y el carácter bonachón y ocurrente, no escapaba a la crítica, pues era algo insólito y nadie lo podía explicar que la gran mayoría de sus colaboradores y asesores pertenecían al sector femenino, algo nunca antes visto aunque se alegara que había sonado la hora de las mujeres en este siglo y no habría marcha atrás en ese reacomodo gubernamental.

Sin embargo las críticas surgían con insistencia aunque con cubierta de discreción, en todos los sitios de reunión de las personas. En conversaciones de mujeres era el tema del Presidente y su vocación feminista infaltable, sobre todo por el grupo cercano a él y encargadas de las comisiones de nueva creación. Y cierto, en lo cotidiano ocurrían situaciones de llamar la atención por decirlo de alguna manera, aunque se justificaran con la exigencia de la buena administración y la entrega al jefe de los resultados de acuerdo con lo considerado en el programa de trabajo. La buena relación entre los funcionarios sea como fuere se mantenía.

-Sarita, amiga ¿cómo estás?

-Amiguita te confieso que nunca en mi vida me había sentido mejor, tan útil haciendo una labor que me gusta y me hace sentir una mujer realizada, completa.

-¿El trabajo en sí o las reuniones con el Presidente?

-A decir verdad –y soltaba su verdadero sentir-, y te soy sincera, las dos cosas.

Perdida la reticencia, la compañera solía mencionar lo propio:

-Quiero decirte que a mí me sucede algo parecido...

Comentarios de semejante corte saltaban de boca en boca desde luego, siempre con la discreción exigida para no inducir suspicacias que pudieran dar origen a incidentes desagradables o chismes de mal gusto.

En ese tenor transcurría el tiempo como en general suele darse en el devenir de la vida cotidiana de las pequeñas ciudades, sin embargo lo que se temía sucediera, sucedió. Al principio se dudaba de que aquello fuera cierto, pero los rumores crecieron y comenzaron a impactar en la sensibilidad de maridos y novios de las colaboradoras quienes al ser interrogadas sobre las dudas que saltaban entre el vulgo, sentían llegarles también a ellos, aunque de primera intención se negaban a aceptar tales infundios que intentaban manchar su dignidad y buen nombre, incluso sugiriendo buscar entrevista con el Presidente con miras de aclaración y poner freno a las malas lenguas, situación que no pasó de amenaza, ya que sabían con quien se enfrentarían.

Todo era calma obligada en la vida diaria de la comunidad hasta una mañana imprevista con la aparición de una narcomanta colgada en el frente del mismito palacio municipal –Qué falta de respeto para la autoridad dirían los pobladores-, en donde se podía leer un mensaje escrito de manera irregular lo siguiente:

“Hemos tomado posesión de esta región después de haber eliminado a nuestros enemigos.

No se opongan a nuestras órdenes por el bien de sus familias”

Los Caballeros de la Cruz

Enorme alarma invadió a todos los vecinos quienes se vieron obligados a refugiarse en sus casas por otra amenaza agregada a la representada por la pandemia en desarrollo, causante de varias muertes contándose entre ellas familiares y amigos de mucho tiempo y en verdad lamentables decesos.

Sin embargo y con toda la mala carga representada por tremendas amenazas, los agraviados maridos y parejas de las funcionarias del gabinete municipal, conservaron en su interior la estaca de los celos mantenida por los persistente rumores relacionados con posibles infidelidades a partir del edil municipal, el famoso Emilio “Cuero”, que siendo la máxima autoridad debería poner el ejemplo de ética y respeto en el ejercicio de sus funciones.

Previa comunicación de los varones agraviados, decidieron reunirse en lugar y fecha programados para discutir lo más conveniente a realizar con la finalidad de quitarse de encima de una vez por todas, los agravios que tanto estaban pegándole a la estabilidad y la buena integración de las familias afectadas por la cuña perversa que representaba las acciones que se decían ocurrían por parte del munícipe y sus mujeres.

El plan propuesto y aceptado por unanimidad resultaba algo sencillo sin desechar los probables inconvenientes imprevistos. Consistía en eliminar al Presidente mediante el ofrecimiento de buena suma de dinero a algunos sicarios ya asentados en el medio y dedicados al cobro de piso y a las extorsiones de comerciantes y empresarios. Dicha suma de recursos se reunió con la colaboración voluntaria de los asistentes a la reunión convocada sin medir más las consecuencias.

Sin embargo los conspiradores no contaron con la intervención siempre posible de los llamados “orejas”, entre ellos guardaespaldas del Presidente, quienes más pronto que inmediato informaron del complot a la supuesta víctima.

Ni tardo ni perezoso el edil condenado a muerte una vez enterado de la sentencia que pendía sobre su cabeza, se dio a la tarea de organizar la fuga y llegar a la capital para enterar a las autoridades superiores, en especial al señor gobernador, de la conjura orquestada por algunos

peligrosos ciudadanos que se decían agraviados por rumores mal intencionados y desde luego mentirosos.

Como en cualquier comunidad relativamente pequeña todo se sabe, la huida del edil aunque armada con sigilo indujo una persecución en plena carretera de la comitiva oficial y los sicarios alquilados. Como la camioneta donde viajaba el Presidente, estaba blindada y los custodios bien pertrechados con armas de alto poder, lograron aguantar el embate hasta que fueron auxiliados por la policía estatal quienes hicieron escapar a los atacantes, no sin dejar tres personas muertas y luego se supo, tres heridos que huyeron del lugar de la balacera. Las noticias de los hechos ocurridos llegaron a la cabecera municipal de manera irregular incluyendo la muerte del edil entrada la noche

Esta inicial noticia provocó un escándalo mayor en todas las colaboradoras del funcionario con sufrimiento, llanto y lágrimas en abundancia, y en mujeres más fuerte de carácter y de rostro rígido, separación de labios y mirada de incredulidad.

En cambio en el gremio de los inductores de la desgracia todo era felicidad y exclamaciones de su triunfo y de la venganza ejecutada. Los brindis en clandestinidad no fueron de esperarse y los gritos de euforia se multiplicaron:

- Por fin nos deshicimos del hijo de la chingada del “Cuero”...
- Lo mandamos a acostarse con su madre al infierno...
- Bien valió la pena invertir nuestro dinerito en la faena.
- Hemos quedado a gusto y a otra cosa mariposa...

Los medios de comunicación el día siguiente fueron más explícitos en el recuento de las personas muertas y heridas, dándose la orden de parte del gobernador, de cuidar con buena protección a los heridos en los hospitales, con especial dedicación al presidente municipal, herido sin estar en peligro su vida.

Esta última noticia cambió radicalmente el ambiente en la comunidad de la cabecera municipal. El sector femenino de funcionarios públicos dio publicidad a una invitación para toda la ciudadanía en general a reunirse en la plaza principal y celebrar con gran algarabía el

salvamento de su máxima y querida autoridad, terminando las muestras de dolor y congoja de la noche anterior.

En contraparte, los enojos y exclamaciones de odio y rencor de los machines, se multiplicaban y no pasaban a creer la falla de los delincuentes contratados, y lo peor, la pérdida de su lana sin posibilidades de recuperar un solo peso. Hasta el llanto les llegó a algunos, con exclamaciones frecuentes del tipo siguiente:

-¡Qué suerte del hijo de puta!...

Somos chavos

(Y aquellos tiempos...)

Nos juntamos todas las tardes en alguna calle de la colonia. Como decir, nos hacemos dueños del campo. Cada quien en su onda. Unos en bicicleta, otros en patines, algunos a pie, en equipo con los balones de boli, de basket o de fut. Echando desmadre no falta vecino que se queje. Sin embargo nosotros seguimos y dejamos la factura a los papás. De todas maneras, ellos nos la cobrarán tarde o temprano y a nadie le importa.

Somos chavos y nos gusta la diversión. En ocasiones nos quieren frenar sin dejarnos. Sabemos de nuestros derechos desde las clases en la escuela. No faltan las discusiones por la diferencia de criterios como dicen los rucos. Incluso a veces llegamos a las peleas, los golpes, las patadas, y uno que otro sale descalabrado. Tú sabes cómo es eso. Somos chavos.

Los antiguos se quejan de todo: de vidrios rotos, del griterío, de la destrucción de bardas y pastos, de las pintas, de faltas a la moral y de cuanta mamada se les ocurre. Nosotros como que no escuchamos. Nos hacemos los tontos y seguimos en nuestro rollo. A un amigo un pelotazo lo puso a dormir un rato y al despertar el muy gûey, no sabía dónde se encontraba ni quien era. Quedó como loquito. La buena fue que se recuperó pasado el tiempo. Otra vez, de un batazo se le abrió el coco a un imbécil por descuidarse, y surgió la desesperación ante tanta sangre por más intentos hechos para detener la hemorragia. En la ayuda todos resultamos salpicados y hasta la madre le mentamos al bûey después de que le salvaron la vida en la clínica.

Hay tardes de romper vidrios por puro gusto, de ventanas, carros, de lo que sea, al fin que los papás aguantan vara con los destrozos, aunque nos puteen después. Se enojan de momento y seguimos siendo los consentidos. Son bien alcahuetes también.

Una ocasión por no fijarse, un chavo por tantito se muere al ser atropellado por un loco del volante. Sucedió que siendo portero, se aventó a detener un balonazo muy separado de su zona y fue a caer en la defensa del carro que lo mandó de nuevo a la portería con todo y balón. Fracturado del brazo dijeron los doctores. Estuvo ausente cuatro semanas nombrándose un portero suplente.

Ya en confesión, la droga también nos llegó. No faltó alguien que nos convenciera, y no nos hicimos del rogar. Después de probar, el comprobar y aprobar. Más de uno se ha puesto bien pacheco. y alguien del “pasón” casi se muere. Nadie es culpable. El que se abre lo madreamos, porque somos chavos. Nos gustan las emociones fuertes y las buscamos tanto que no han estado ausentes los embarazos no contabilizados de chavas con furia de hormonas a flor de piel, por no decir, bien pendejas con soluciones radicales a cargo del gasto familiar,

Ni modo. Tenemos astucia y nos basta. Sin embargo, los papás “¿qué les pasa cabrones?” “¿Por qué no miden el peligro nunca?” Y nosotros: No sabemos lo que hacemos, somos chavos.

Villahermosa, Tab. Oct. 2021.



Lic. Guillermo Narváez Osorio
Rector

Dr. Luis Manuel Hernández Govea
Secretario de Servicios Académicos

Mtro. Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Director de Difusión Cultural

Mtro. Fredys Pérez Ruiz
Jefe del Departamento Editorial Cultural



Esta obra se terminó de editar el 16 de diciembre de 2022. Impreso en Ideo Gráficos S.A. de C.V. Juan Álvarez 505 Centro, Villahermosa, Tabasco, México. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor y del Departamento Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y el Fondo Editorial Universitario.



UNIVERSIDAD JUÁREZ
AUTÓNOMA DE TABASCO

“ESTUDIO EN LA DUDA. ACCIÓN EN LA FE”



Santander



COLECCIÓN

MANUEL SÁNCHEZ MÁRMOL

Narrativa y Estudios Literarios